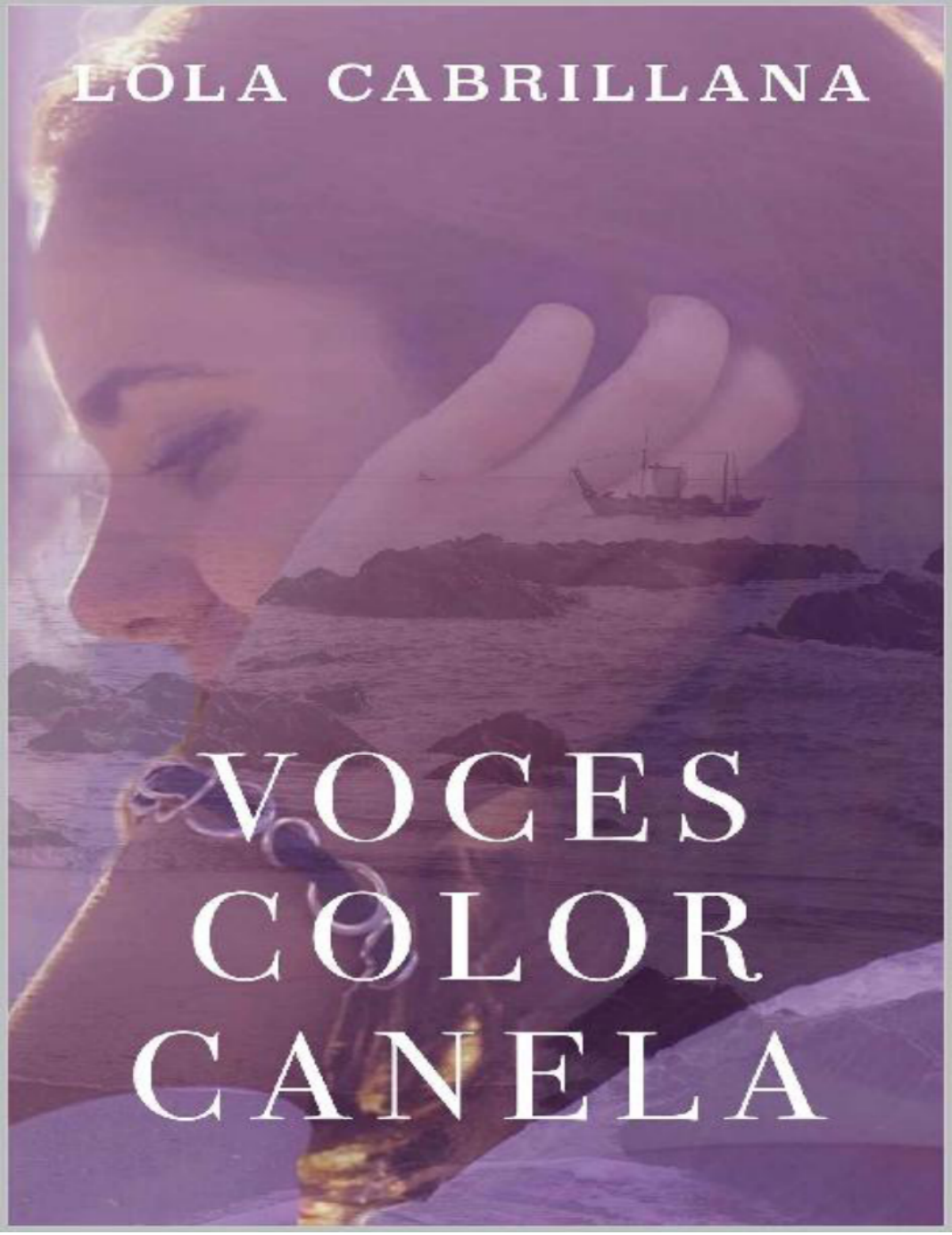
LOLA CABRILLANA



VOCES COLOR CANELA

Voces color Canela

LOLA CABRILLANA

A Susana,

Que dedicas tu vida a empujar la mía para que sea, simplemente, feliz.

No puedo quererte más.

PRIMERA PARTE
ELLAS

CAPÍTULO 1

Cristina
el peligro de decir las cosas a medias

En mi familia, las discusiones por la defensa de nuestras costumbres son brutales.

Los que no quieren romper las tradiciones, se encuentran de frente a los que queremos avanzar y crecer sin vernos atados a un patrimonio ancestral, que no se adapta a nuestros días.

En mi bando, aceptamos las costumbres heredadas, en la medida que no pisotean la dignidad de nadie.

El contrario, aboga con vientos huracanados por las tradiciones, sin importar lo que arrastre.

A los dos equipos nos une una cantidad ingente de sangre caliente. La misma que nos empuja a luchar por nuestras ideas hasta el final.

Una sola chispa puede organizar una disputa que arderá durante horas antes de apagarse.

Si es que lo hace. Algunas llevan una decena de Nochebuenas dando vueltas, un buen número de cumpleaños haciéndose un hueco y un par de bodas siendo defendidas después de la barra libre.

No siempre es la edad la que divide a los participantes de ambos bandos. Eso facilitaría las cosas con premisas cargadas de “la culpa la tiene la pasividad de la senectud” y “la pasión de la juventud”.

Se entremezclan las personas jóvenes que se aferran a tradiciones ancestrales, impulsados por la comodidad y facilidad que les promete, y miembros de avanzada edad que evolucionan a un ritmo rápido, abriendo los ojos a los nuevos tiempos con una carga importante de sentido común.

La última disputa fue en un cumpleaños.

Mi prima Marina, maestra y abanderada honorífica de causas perdidas, se enfrentó, ella sola y sin más armas que su palabrería, al regalo de cumpleaños de nuestro sobrino de cinco años.

Un regalo muy peculiar, y adecuado para tan tierna edad.

Una fabulosa pistola de balines. Reluciente. Negra, con un brillo que parecía recién pulida.

No le cabía al chiquillo en la mano. Necesitaba de la fuerza de ambas para dominar el endiablado juguete.

El moratón del primer disparo no dolió. Lo recibió el generoso tío que se había gastado la mitad de su sueldo en conseguir las balas supuestamente inofensivas.

El destino tiene a veces una forma muy simpática de mostrarnos los errores cometidos.

A mi prima, aquel artilugio, le pareció inaceptable.

Repartió argumentos, desplegó sus encantos y creó discursos llenos de dramatismo. En el campo de batalla, lo único que funcionó fue, en estraperlo, el cambio de la pistola de balines por un libro.

Un atractivo regalo presentado en brillante papel de plata.

No era un libro cualquiera, era un ejemplar original y diferente que había comprado una y otra vez, para regalar siempre, en la pequeña librería donde trabajó hace años.

Un cuento de un ratón y una luna con doble texto, uno visible con luz y otro que solo se podía leer en la oscuridad más absoluta.

Sus letras fluorescentes fascinaron al chiquillo que se olvidó de la pistola de balines, aceptando el cambio con agrado.

El juguete maldito quedó olvidado en la guantera de mi coche.

Sacarlo de la casa sin ser visto por sus fieles defensores, se presentó como una misión complicada.

No entraba en nuestros bolsos, e ir con un arma tan parecida a una real en una bolsa de plástico, tampoco era un plan muy apetecible.

Suerte que las fiambreras siempre estaban invitadas a nuestras fiestas familiares. Lo normal es que sobrara una gran cantidad de comida que nos llevábamos a casa para el día siguiente.

El invitado que no proporcionaba los recipientes para transportar las sobras, cocinaba al levantarse con la consiguiente resaca. A nadie se le olvidaba traer los envases.

Metimos la pistola en una fiambrera espaciosa. Y la llevamos al coche, como si estuviéramos cometiendo un delito.

Que se quedara a vivir en mi inhóspita guantera fue fruto de la casualidad, y de la mala memoria que compartimos por genética. Allí descansó en paz, enterrada bajo capas de recibos de gasolina y de supermercados varios.

Nada tendría de especial esta historia, sin los hechos que acontecieron una mañana de octubre.

Un capítulo olvidado de nuestras reuniones familiares, se convirtió en el clímax de una fascinante madrugada.

Mi hermano y yo trabajábamos en el mismo tablao. Él tocaba la guitarra y yo bailaba. También podemos hacerlo al revés, con el mismo aplomo. Pero a los extranjeros les gusta más mi vestido de faralaes dando vueltas en el aire que el arte de los pies de mi hermano. Que dicho sea de paso, es inigualable.

Nos llevamos muy bien. Mérito acérrimo suyo. Sabe torearme hasta

en las plazas más difíciles.

En el reparto en el saco amniótico se llevó la ración de paciencia de los dos, sin compartir conmigo la parte correspondiente. Cierto es que me facilita mucho la vida. Siempre se sitúa detrás de mí, sin grandes jaleos. Sin su apoyo no hubiese caminado en mi vida ni la mitad de segura.

Al terminar la temporada de verano nuestro volumen de trabajo baja de intensidad.

Es el momento que aprovechamos para hacer un viaje. Siempre en mi coche. La mayoría del tiempo conduzco yo, pero en cuanto la fatiga me visita, mi hermano coge el timón.

Teníamos una espléndida semana de vacaciones por delante. Partimos a las cinco de la mañana, con la tranquilidad de ir en la carretera solo nosotros, dos pequeñas maletas y un destino por decidir.

Iríamos a un parque de atracciones, eso lo sabíamos, pero no acabábamos de ponernos de acuerdo a cuál. Las emociones fuertes, que nos separan del suelo y nos suspenden en el aire, nos fascinan a los dos.

La música flamenca de la radio, nuestros ánimos más alegres que castañuelas en bulerías, y la perspectiva de siete días sin trabajar, configuraban el comienzo del viaje, en una madrugada negra como el hollín.

Mi hermano quería ir al parque de atracciones de la Warner, por cercanía.

En cambio mi preferencia apuntaba más al norte, a PortAventura. Una semana era tiempo de sobra para pasar unos días en la zona.

En plena negociación, en la oscura carretera de Sevilla, sentimos como un coche se pegaba indecentemente a nuestro maletero.

La guardia civil nos echó las luces deslumbrándonos. Con señas nos indicaron que nos detuviésemos en el arcén. Un silencio sobrecogedor se acomodó entre nosotros.

Es ver a la Guardia Civil y no controlarme. Sufro un nerviosismo que no tiene base científica ninguna, pero que a mí me recorría de arriba abajo con una sensación centrífuga muy desagradable.

Ocurre en mi familia desde generaciones ancestrales.

Este Cuerpo de Seguridad del Estado nos crea una inquietud difícil de describir. Mantenerlos lejos es vital para un estado de vida sosegado y sin grandes sobresaltos.

El guardia civil asomó la cabeza por la ventanilla y nos preguntó, después de darnos las buenas noches, a dónde nos dirigíamos.

Y nos lucimos más que en nuestros espectáculos.

Yo contesté que a PortAventura y mi hermano que a la Warner.

A la misma vez.

Ya la habíamos liado.

Ni cantando flamenco nuestras voces se unían tan sincronizadas.

Con una linterna pequeña, y media cabeza metida por la ventanilla, iluminó todo el interior del coche.

El señor, de manera muy seca y manida, me pidió la documentación del vehículo.

Madre del amor hermoso.

En ese momento apareció en mi mente, con vida propia, la pistola de balines.

Dos segundos me sobraron para calcular que si sacaba los papeles y la pistola se caía, o simplemente esos señores la veían con la linterna, que con lo chiquitilla que era podía iluminar hasta el último rincón, las consecuencias serían irremediables.

No me daría tiempo a explicar la historia completa.

Así que hice lo que tenía que hacer.

Una declaración en toda regla.

Les dije a los señores que iba a coger los papeles. Pero que en la guantera había una pistola.

La palabra "juguete", que en mi cabeza se pronunciaba inmediatamente después de pistola, no llegó a salir de mi boca.

No me dio tiempo.

Yo quería decirla.

Era mi intención. En tres segundos estaba fuera del coche, con las manos puestas sobre el techo y las piernas abiertas. Mirando de frente a mi hermano que resoplaba pálido en la misma posición que yo.

Sus ojos brillaban.

La noche cerrada no nos dejaba ver nada de lo que había alrededor. El paisaje parecía cortado de cuajo, y cercado en negro, como escenario de una película de terror. Olía a tierra mojada, a retama agria y humedad.

El miedo era compartido por los cuatro. Y se acentuaba por el hecho de estar en un descampado en medio de la nada.

No percibimos muy espabilados a los señores de verde, la carrera uniformada no les había "iluminao" demasiado en el camino de las situaciones difíciles.

Se preguntaban el uno al otro, mostrando inseguridad.

Mis manos sobre el techo del coche temblaban tanto que no era capaz de mantenerlas quietas. Ni tocando la caja se movían tanto.

Mi imaginación, que corría como las balas, me ofreció cientos de opciones donde, si no conseguía dominar el temblor, no saldría bien parada.

El moreno de la cara de mi hermano se esfumó para presentar una palidez que no había visto en mis veinte años a su lado.

Lo miraba, me miraba.

Intentaba saber que me decía con la mirada. El buscaba las mismas

respuestas en mí. En este diálogo de besugos mudos, su miedo y el mío, hechos un nudo, no ayudaron a gestionar soluciones.

Enmudecidos con la certeza que dijéramos lo que dijéramos, empeoraríamos la situación.

Dos segundos de silencio. Se escucha una voz que pide refuerzos. Los ojos de mi hermano se abrieron como platos.

Necesitaban pedir refuerzos.

Pensarían los pobres hombres, que lo importante allí, era no perder la custodia de ninguno de los dos ni un instante, fuera a ser que tuviéramos armas de destrucción masiva en el maletero.

O superpoderes para deshacernos de las pistolas que nos apuntaban. O un cadáver escondido, que habíamos matado previamente con la pistola de balines. Vete tú a saber.

La chica que llegó en otro coche, el de refuerzo, me registró con esmero.

A la muchacha no le quedó la menor duda que no tenía nada encima.

Mi cuerpo no había sido objeto de tanto paseo ni en mis años de instituto.

En el mismo momento que cogieron la pistola de balines, se dieron cuenta que era de juguete.

Que gracia les hizo.

No paraban de reír, pero mira por donde a nosotros no nos hacía ni “mijita” de gracia.

El mal rato de los refuerzos, de las manos arriba y el escaneo corpóreo, nos había cambiado el buen humor que traíamos por una mala leche concentrada, que se podía verter en un jarrillo de lata.

A trozos desordenados, contamos la historia de mi prima, la pistolita y la madre que la parió.

Cuanto más reían ellos, más vergüenza tenía yo.

Nos invitaron a una tila en una venta cercana.

La tila pasó al vinito, y desembocó en una fiesta improvisada. Intentando calmarme y disculparse, la confianza se abrió paso. Cuando los señores terminaron su turno, demostraron ser unos entendidos del arte y el flamenco. Sin el uniforme era yo capaz de verlos más cercanos.

Hasta el tercer vaso mi tensión no se disipó y me uní al festivo sarao.

No puedo resistirme a dejarme llevar por una juerga donde se vierta el vino y la música a partes iguales.

Yo tenía el pulso, de los nervios acumulados, como para robar panderetas

Tuve que sujetar el vino con las dos manos, para que el suelo no se emborrachara antes que yo. Bailando llegó el día y con él continuamos

nuestro camino.

Al final los tres, mi hermano, la pistola y yo, pasamos por los dos parques temáticos.

Disfrutando de esa semana que empezó accidentada y terminó con un regreso acelerado.

Una propuesta laboral, que de un zarandeo nos cambiaría de lugar en el mundo. Nos llevaría a cruzar el charco, llevando nuestro arte y alegría, como único equipaje.

CAPÍTULO 2

BEATRIZ
LA FORMA INCORRECTA DE GUARDAR

Antes de conocerlo yo guardaba.

No es que me sienta muy orgullosa de esta parte de mi vida. Caer es muy fácil cuando las necesidades aprietan el monedero y las facturas se amontonan en el cajón. Para colmo, todo tu alrededor, se empeña en demostrarte lo fácil que es ejecutarlo y salir impune.

Siempre he vendido en el mercadillo, desde que era niña. Teníamos un puesto fijo los domingos. Estaba muy bien situado, en la parte central. Mi abuela se lo dejó a mi madre y sería la única herencia que me dejaría mi madre a mí.

Mis bragas eran conocidas por ser las de mejor calidad de todo el mercado. No es que lo diga yo, puedes preguntar a cualquiera.

Mujer que paraba en mi puesto, mujer que salía con muda limpia.

No vayas a pensar que soy de esas que grita como una "condená" a toda la que pasa. Tengo otro estilo. Mi puesto es bonito, con la mercancía bien "plantá". Y en cuanto se acerca una señora, ahí estoy yo, para ponerle por delante lo que ella no sabe que necesita.

Las bragas no me daban para pagar el alquiler.

Ganas dinero sí, pero tienes que volver a emplear en mercancía. Y el margen de ganancia es muy pequeño. No daba para sobrevivir.

Así que o me bajaba las bragas y me dedicaba a la prostitución o guardaba. Lo primero era para mí impensable.

La primera vez que guardé los nervios me comían. No podía estarme quieta. Y eso que me dieron a guardar dinero. Tenía que esconder en casa una pila de billetes de los grandes.

No había visto tanto dinero junto en mi vida.

Que la policía viniera a mi casa y me llevara detenida era una idea que no me dejaba ni respirar.

Pensé en los escondites perfectos. Dividí el objeto del deseo en tres partes más o menos iguales.

Una parte la metí dentro de una bolsa de guisantes en el congelador. La otra dentro de una zapatilla de estar por casa que llevaba puesta. Y la última parte estaba en un doble fondo en un paquete de detergente para lavar la ropa.

Antes de encontrar los escondites perfectos los guardé y saqué tantas veces, que estaba segura que no me iba a acordar del último sito dónde los había guardado. Me hice un pequeño mapa, por si acaso. Luego escondí el mapa y no lo encontré.

El chico que vino a recoger el dinero tuvo que esperar media hora a que encontrara el tercer montón, que tenía bajo mis pies.

Tengo que reconocer que la angustia se me pasaba cuando podía pagar con desahogo mis deudas.

A los pocos meses me ofrecieron doblar los beneficios si guardaba una bolsa de pastillas.

Caí y dije que sí.

Un par de "guardaos" más y lo dejo, me dije a mí misma.

Para que nos vamos a engañar. A todo se acostumbra una.

La posibilidad de poder pagarme un alquiler fuera del barrio, me lanzaba veloz por el objetivo. Necesitaba alejarme. Quería vivir en un pueblo costero, cerca del mar. Allí vivían mis amigas y cuando las visitaba sentía que era mi sitio.

Me fui cuando la suerte jugó de mi lado y me libré de una buena.

Tenía ahorrado lo suficiente para pagar un año de alquiler. Con lo que sacaba del mercadillo iría tirando.

Con 20 años ya estaba fuera del barrio. Me sentía orgullosa de una parte de mí. De la otra no quería acordarme.

Mi nuevo sitio olía a mar, a lejía y a limpio. Algo totalmente nuevo para mí.

Tener un vecino que me cortaba la respiración cuando lo veía, fue el aliciente perfecto para adaptarme a mi nueva vida.

Era moreno, alto, con un semblante simpático, de esos que al mirarlo no puedes dejar de sonreír.

Siempre iba con prisas. Me saludaba de forma cercana. Notaba como me miraba cuando me alejaba. Sabía que tenía posibilidades. Era algunos años mayor que yo, pero no me importó.

No fue fácil. Tuve que bajar y subir cientos de veces para coincidir con él en el ascensor.

El señor mayor que siempre estaba en la puerta del portal pasando el rato, tuvo serias dudas si era mi vejiga o mi cabeza la que tenía incontinencia.

Le sacaba conversación cada vez que, por casualidad, nos encontrábamos.

Un día tomamos algo, al otro repetimos, y poco a poco me lo fui trayendo a mi terreno.

Me lo traje tantísimo que nos casamos a los 12 meses justos de conocernos.

Tuve una boda como Dios manda. En una caseta de la feria, que lució espectacular para la ocasión.

Mil farolillos de colores hicieron de techo. Sillas y mesas dieron paso más tarde a una zona para bailar. Mi padre y mi padrino no escatimaron en gastos. No faltó de nada. Los invitados comieron y bebieron hasta reventar.

El broche final lo pusieron mis amigos Cristina y Raúl, que bailaron y cantaron dejando a los asistentes boquiabiertos. Hasta mi suegra, que no encontró nada de su agrado, felicitó a los artistas por su actuación.

Nos llevábamos muy bien. No discutíamos demasiado y no teníamos que esforzarnos por hacernos felices.

Siempre he sabido que donde mejor sintonía teníamos mi marido y yo era en la cama. Para mí, que él había tenido una vida muy insulsa en ese aspecto. Al conocerme descubrió todas las posibilidades en una gama amplia de actividades variadas dentro y fuera del lecho conyugal.

Las reconciliaciones eran muy fáciles, en el momento que nos íbamos a dormir.

Después de casada, seguí ayudando a mi madre en el mercadillo. No es fácil montar y desmontar un puesto sola. Hay que cargar cajas, sacar mercancía y volverla a guardar.

Desde que lo conocí, mi marido trabajaba reparando ascensores. Tres turnos de noches a la semana. Y otros tres turnos de día, 12 horas seguidas. Descansaba un día a la semana que a veces coincidía con el que trabajaba yo en el mercadillo.

No entendía mucho de lo que me contaba. Me hablaba de motores y mecanismos que me sonaban a chino. Lo único importante es que era feliz.

Mis amigas me envidiaban.

Lo mismo me sorprendía con una cena romántica, que me regalaba un bono de un spa para disfrutarlo con ellas.

Los detalles eran constantes. Eso me llenaba de vida, conseguía que las mariposas siguieran revoloteando en mi estómago con frecuencia.

Cuando llevábamos dos años de casados, tuvimos un importante cambio.

Una mañana de lunes vino muy contento. Me dijo que le iban a subir de puesto y que ganaría mucho dinero. Pero que trabajaría más. Además de atender a las urgencias, organizaría los turnos. Lo veía pletórico. Su sentido del humor cambió. Siempre estaba feliz, sin cansancio acumulado, con ganas de reír y sin pereza por hacer cosas.

El sueldo creció de forma tan exagerada, que nuestro nivel de vida subió de manera llamativa.

En contraportada, nuestra vida social con sus amigos se apagó. Dejamos de salir con sus compañeros del trabajo.

El poco tiempo que tenía me lo dedicaba a mí. Y a gastar el dinero

que ganaba.

Imaginé que poner los turnos, no era plato de buen gusto, no podía contentar a todo el mundo.

Al ser el jefe los compañeros no le respondían igual.

Siempre había problemas que no se resolvían, que sin querer te obligaban a tomar distancia.

Tampoco insistía mucho en el tema, lo veía contento con su puesto, y eso era lo que importaba.

Al poco tiempo nos compramos una pequeña casa con jardín. No estaba lejos de la ciudad, pero lo cierto es que yo me sentí aislada. Lo tenía más difícil para ver a mis amigas, que vivían a casi media hora en coche.

La casa tenía dos plantas. Era pequeña, aunque suficiente para nosotros dos.

En la planta de abajo estaban la cocina, el salón, el lavadero, un aseo pequeño y un patio que llené de flores. En la de arriba, dos dormitorios compartían un enorme cuarto de baño.

La comunidad contaba con una piscina de gran tamaño que nunca utilizaba nadie.

Todo era ideal, perfecto hasta el día que encontré el *ticket*. Un puñetero *ticket* que cambió mi vida.

Estaba barriendo.

Él insistía en contratar a alguien que me ayudara con las tareas domésticas. Siempre me negué. Defendía que mis cosas son mías y las limpio yo. Además el aburrimiento me comería las entrañas. Prefería estar ocupada.

El papelito estaba doblado sobre sí mismo. Justo en el filo del sofá.

No le presté atención. Lo cogí y lo puse encima del mueble del salón.

Hasta que no limpié el polvo, al día siguiente, no lo volví a ver.

Era el ticket de un televisor. El televisor costaba un dineral. Me extrañó mucho. No habíamos comprado ningún televisor con la fecha del *ticket*. El nuestro era relativamente nuevo. De la misma marca y el mismo precio. Eso me llamó la atención.

Mi primer pensamiento intentó adivinar dónde pensaba poner mi marido ese televisor. Si ya teníamos uno en el dormitorio.

Y otro en el salón.

La idea se me quedo barruntando en la cabeza.

Un televisor de ese precio no se podía poner en la oficina.

Llamé a mi amiga Pilar. Ella siempre sabe qué hacer en estas situaciones.

En menos de media hora estaba en mi casa. A mi amiga le dio el asunto mala espina.

Es mucho más resolutiva que yo. Se acordó que una amiga suya

trabajaba en la cadena de almacenes que había emitido el *ticket*.

La llamó. Le pidió que mirara a qué dirección estaba la entrega de ese televisor. No le llevó a la muchacha ni dos minutos. Con su nombre y el número de la referencia, la cosa no pudo ser más sencilla.

La dirección estaba a las fueras de mi cuidad. A casi una hora en coche de donde me encontraba.

Ni una rebeca cogimos. Volando salimos sin saber bien qué buscábamos.

El navegador nos llevó a una pequeña urbanización poco poblada. Y me llamó la atención que era muy parecida a la mía.

Un parque rodeaba un conjunto de coquetas casas adosadas.

Casi nos pegamos un tortazo cuando vimos el coche de mi marido aparcado en la puerta de una de esas casas.

Tenía mucha privacidad, solo conseguimos averiguar que había luz.

Tuve que agarrar a Pilar de los pelos para que no pegara a la puerta.

Necesitaba llegar a mi casa y encontrar respuestas. Serenarme. Pensar con la cabeza fría.

En el camino de regreso, llena de pensamientos enfurecidos, y el corazón queriéndose salir del pecho, comencé a hacer especulaciones. Y ninguna me gustaba. Mi cabeza era una olla *express* con un cocido dentro. Y no sabía cómo quitar la válvula para que saliera el vapor.

Lo primero que hicimos al llegar, fue llamar a Susi.

Es nuestra amiga resuelve todo. Que te falta un papel para el paro, ella te lo soluciona. Que no encuentras un vestido que te gusta, ella te lo encuentra. Que tu telefonía te está cobrando de más, déjala actuar. Te devolverán hasta el último céntimo.

La necesitábamos con urgencia. Llegó con un portátil y un paquete de magdalenas.

Lo primero que hicimos fue buscar pruebas físicas. Las tres registramos toda la casa. No quedó ni un solo rincón sin mirar. Buscamos en todos los bolsillos. En todos los neceseres. En todos los cajones. Pero no dimos con nada que despertara nuestro interés.

Ahora tocaba la parte telemática. Pilar y Susana eran dos expertas en la materia. A mí me costaba encender el ordenador. En cambio, ellas tenían una soltura que yo envidaba.

Rastreamos cada movimiento de la cuenta en busca de algo sospechoso. Pero no encontramos ni media pista. Y muchas veces al no encontrar nada, encuentras las respuestas.

Examinando el extracto de la tarjeta, me di cuenta que las últimas compras de ropa que había hecho mi marido, no estaban reflejadas en el listado del banco.

En la última, la cuenta tuvo que ser abultada. Apareció con un chándal de marca para cada uno, unas deportivas para él, y una falda corta de senderismo para mí. Lo compró el sábado por la mañana,

mientras yo preparaba la mercancía para vender el domingo.

Esa tarjeta, la que estaba ligada a la única cuenta bancaria que teníamos, no se había usado el sábado a ninguna hora del día.

Sí se usó a mediodía, para pagar en el restaurante donde habíamos comido. Teniendo en cuenta que nunca tenía dinero en efectivo, estaba segura que teníamos una pista importante.

Recordé que había guardado el recibo por si no me quedaba bien el chándal. Corrimos las tres a mi mesita de noche.

Con las prisas, me enganché con la silla, tropecé y me caí al suelo haciéndome un daño terrible.

Mis amigas con los nervios del momento y la situación tan ridícula, no pudieron parar de reír.

Cuando miré el *ticket*, me di cuenta que definitivamente, algo no iba bien.

La sorpresa fue mayúscula. El pago se había realizado con tarjeta.

El dolor de la pierna y el brazo que seguramente me había partido, no tenían ni punto de comparación con el que sentí cuando asumí que mi marido tenía otra cuenta que yo desconocía.

Empecé a pensar con claridad, apoyada en las conjeturas que en forma de lluvia de ideas mis amigas lanzaban al aire.

Me paré en la realidad. Dónde estaría ahora y qué estaría haciendo.

Si esa noche tenía guardia, como me había dicho, estaría en la oficina, no en aquel chalet. Podríamos ir a investigarlo con tranquilidad. Tenía que confirmarlo con el trabajo.

En ese momento me di cuenta de que no tenía el número de su oficina. Siempre lo llamaba al móvil y siempre me lo cogía a la primera. Claro que yo, cuando él trabajaba, jamás lo llamaba. Que esposa responsable soy. Recordé que tenía el número de Ana, la chica que trabajaba de secretaria en la oficina.

Hacía algunos años que no hablaba con ella, desde que lo ascendieron. No se sintió muy cómoda y dejó de llamarnos para salir. Fue una pena, porque nos lo pasábamos muy bien en las cenas que preparábamos a cuatro manos, con su marido, los sábados por la noche.

Cuando busqué el número de Ana en mi agenda del teléfono, no estaba. Busqué en los chats archivados, y tampoco aparecía. Me pareció muy raro.

Suerte que tenía una agenda donde anotaba todos los teléfonos. Mis continuos despistes me animaban a ser cauta. Perdería el móvil cualquier día.

Llamé a Ana y tuve que sentarme al oír lo que ella me contaba.

Mi marido llevaba más de dos años sin trabajar en la empresa. Hacía más de dos años que él mismo se había despedido.

Madre del amor hermoso, ¿de qué estaba comiendo yo?

Lo mismo cuando le conté mi pasado, en un acto de sinceridad conyugal sin precedente, le di la idea a imitar.

Que tenía hasta un chalet para guardar. Que me lo encerraban para toda la vida como lo pillaran. Guardaba droga seguro.

Tenía que hablar con él. Podríamos superarlo juntos. O al menos contar con mi habilidad para los escondites estratégicos. En lo bueno y en lo malo dijo el cura. Pues en lo bueno y en lo malo sería.

Mis amigas no lo tenían tan claro. Ellas apostaban a otras cartas.

Necesitábamos un seguimiento intenso. Descubrir toda la verdad. Alquilamos un coche. Era fundamental ir en uno que él no conociera.

Nos pusimos tres pelucas de los disfraces de la clase de mi amiga Marina, y tres gorras discretas que nos prestó Javi, nuestro amigo fotógrafo, que nos acompañó con su cámara en todo momento.

Con tanta risa nerviosa y tantos codazos, íbamos llamando la atención por todos lados. Éramos cualquier cosa menos una unidad discreta de seguimiento.

Dos días nos costó tenerlo todo claro.

Mi marido tenía buen gusto. La chica era preciosa. Rubia, ojos claros, piel blanca, delgada, sin muchas curvas. Todo lo contrario de lo que soy yo.

Morena, con ojos negros y con la piel color chocolate. Y tengo más curvas que la carretera de Ronda.

Dos días con todas sus horas, dónde mis amigas desarrollaron músculos en los brazos, de tanto sujetarme para que no corriera hacía ellos y le sacara los ojos. A él.

No tenía nada contra ella. Me daba a mí que sabía tan poco como yo de la doble historia.

El instinto me decía que no conocía de mi existencia. Era la victima del otro lado.

Con la verdad en mi mano, me quedé bloqueada. Absorta en mi misma. Miraba las fotos que había hecho Javi y las veía lejanas, ajenas a mi vida.

No quería una escena de celos corriente. Tenía que buscar la forma de decirle que lo sabía. Y sacarlo de mi vida a patadas.

Su mentira, montada a lo grande, necesitaba una venganza a la medida. Quería saber más. De qué vivíamos y cómo se organizaba para ir a trabajar y llevar dos vidas paralelas.

La única forma que tenía de conseguir más información era con su teléfono móvil. Analizarlo. Entrar en las aplicaciones de la agenda, del banco y cualquiera que me proporcionara más datos.

Esperamos que se durmiera. Colaboré ofreciéndole una botella de buen vino y unas cuantas copas de su ron favorito, que después de la copiosa comida lo dejaron seco en el sofá.

Cogí su móvil y lo saqué por la ventana. Susi y Pilar lo recogieron

allí. Tenían hasta las ocho de la mañana, algo más si no hacia ruido, para destripar el aparato. Necesitaba saberlo todo.

Pilar y Susana tardaron una hora y cincuenta minutos en averiguar la verdad. Es impresionante la de información que da un teléfono móvil. Lo fácil que es cambiar las contraseñas cuando el código te lo mandan al mismo aparato que lo ha solicitado.

Mi marido tenía otra familia. Pagaba otras facturas. Tenía otra vida. La desarrollaba en los turnos de su trabajo. Las guardias eran las noches que dormía en la otra casa.

La sorpresa mayúscula vino cuando averiguaron de qué vivía.

Loterías del Estado le había ingresado hacía dos años y dos meses un premio por valor de tres millones doscientos mil euros. Mis amigas no me dijeron lo que habían encontrado hasta el día siguiente.

Me conocían muy bien. Temieron que hiciera un cóctel de barbitúricos y se lo hiciera tragar en un embudo mientras dormía.

Lloré de angustia y rabia hasta el mismo momento que mis amigas me hicieron ver que la mitad de ese dinero era mío. Estábamos casados en gananciales. El premio lo había cobrado en nuestro matrimonio.

Laura, nuestra amiga y abogada, lo machacaría sin piedad en los tribunales por la ocultación y la doble vida.

Cuando asumí que era millonaria la historia cambió de color. Pasó de ser negra a verde esperanza.

Todo el dolor que esos días me había nublado la realidad, ahora me ayudaba a levantarme digna, con una sed de venganza que no conseguía calmar en ninguna de las versiones imaginadas.

Quería descubrirlo. Que todo el mundo supiera la clase de persona que era.

Pero no encontrábamos el broche final con una traca sonora y rocambolesca que me hiciera dormir por las noches en paz. Que desbaratara el asunto de manera solemne.

Hasta que nos llegó la invitación de cumpleaños de mi suegra. Una encantadora mujer que nunca aceptó que su maravilloso hijo fuera a parar a manos de una vendedora de mercadillo.

El escenario perfecto. Para la escena perfecta.

Primero pensamos en realizar un montaje de fotos con la otra chica y proyectarlas en la pared, en directo. No tenía sentido utilizar una imagen si podíamos contar con la original.

Teníamos que llevar a la chica allí. A casa de mi suegra. Y lo íbamos a hacer por la puerta grande. En una limusina rosa que nos costaría un ojo de la cara. Pero no importaba, tenía mucha pasta, ahora que lo sabía.

Así que el plan era el siguiente. Mandar un mensaje con un ramo a la chica, en nombre, desde ya, de mi ex marido. Y decirle que pasaría

a recogerla una limusina para una sorpresita, que se dejara llevar.

Imitar su estilo fue muy sencillo.

Una nota y un ramo de flores a la dirección de su casa. Fue suficiente para que mordiera el anzuelo.

En ella ponía la hora que pasaría a recogerla una limusina. La orden para que se pusiera guapa, que iban a una fiesta especial, se escribió de manera dulce.

La pobre también estaba acostumbrada a los detalles que tenía con ella, no le pareció extraño, ni dudó en ningún momento que no fuera él.

Solo me bastó tenerlo entretenido, imposibilitando que mirara el otro móvil que ya sabía que tenía. La fiesta y los preparativos me ayudarían en la tarea.

No encontramos una limusina más hortera. Tenía la puerta de purpurina rosa. Pensamos en dejarle un disfraz a la chica dentro. Desde una conejita de Playboy hasta una bruja. Pero ella era otra víctima. Cuantas más piezas del rompecabezas unía, más claro lo tenía.

No era necesario que pasara más humillaciones.

Le llevé a mi suegra un regalo espectacular. Una faja color piel, de cuello vuelto y una talla más grande de la que necesitaba. No penséis que soy cutre, también me mandó mi madre las bragas a juego, que podías poner a la altura de las axilas.

Todo muy bien envuelto, en un trozo de papel de marca que había guardado hacía años.

Mis amigas estaban fuera, esperando a la pobre alma de cántaro.

Me puse guapísima.

Compré un vestido de Prada negro, con un escote de pico que valía justo lo que ganaba yo en el mercadillo en diez meses. En mis pies, unas sandalias de Hermès. Un ojo de la cara me habían costado.

Mi cascada de rizos estaba suelta, con tres tratamientos nuevos que me habían hecho en la peluquería. Estaba segura que la peluquera, la próxima vez que me viera, me pondría una alfombra roja.

Había pasado horas definiendo rizo a rizo. Me maquillaron como si fuera una novia que va al altar. Nunca me había visto tan bonita.

Por raro que pareciera no estaba nerviosa. Estaba ansiosa. Ansiosa por ver la cara de todos. Por descubrir el pastel y comérmelo a “bocaos”.

La chica debería de llegar unos minutos antes de que se cortara la tarta.

Mis dos amigas la esperaban fuera. Se habían vestido también para la ocasión. Falda estrecha y chaqueta a juego. Todo pagado con la tarjeta de mi marido. Llevaban una rosa cada una.

La celebración había pasado al jardín. Treinta personas que comían

y bebían relajadamente.

Sus hermanos, sus sobrinos y sus cuñadas vestidos de gala. Algunos amigos y vecinos.

El césped que se me colaba por las tirillas de las sandalias me picaba. Una sensación incomoda que me hizo reflexionar sobre lo poco que encajaba yo allí. Qué ajena a todo me sentía.

El mensaje que indicaba que la chica había llegado, me sobresaltó.

Me agarré fuerte del brazo de mi marido, y abrí el portón del garaje con el mando que había cogido prestado minutos antes. Sonó una música de fondo que Susi traía en un altavoz. Esa música invitó a mirar a la puerta, a la brillante limusina rosa.

Vieron a la chica salir. Pilar le dio instrucciones para que entrara en la fiesta.

Con una sonrisa de anuncio de dentífrico, la pobre chica entró en la sala, empujando el carrito con la preciosa tarta de chocolate y frutas del bosque cortesía de Laura.

Cuando mi marido la vio, se le cambió la cara.

Como disfruté ese momento. La angustia que sintió. La chica tardó unos segundos en darse cuenta que algo pasaba. Sus ojos enseguida se posaron en mi brazo rígido pegado al de mi marido.

Para finalizar ese momento de ilustración, toda la familia y amigos, a la vez, empezaron a recibir en sus teléfonos fotos con la misma información.

Una presentación muy bien montada. Donde se mostraba dos vidas comparándose entre sí.

Que invento eso de las listas de difusión. Yo no sabía ni que existían.

Mi marido también los recibió.

Fui tan amable de prestarle mi móvil a la pobre infeliz que no salía de su asombro. En la primera foto, ella y yo. Dos mujeres engañadas. En la segunda foto las dos casas. En la tercera foto el boleto de la Primitiva premiada. Fotos de ella y marido cenando. Fotos de mi marido y yo cenando. Haciendo la compra, paseando y riendo.

Su doble vida se mostró de golpe, gráficamente ilustrada.

La madre se tuvo que sentar, mientras alguien la abanicaba.

La chica rubia no dejaba de preguntar si todo era una broma. Para ella, mi marido era su pareja. Con un trabajo de tres noches y tres días.

Estaba embarazada de cuatro meses.

Cuando me di cuenta, sentí pena por ella. Yo podría pasar página de una manera sencilla. La mitad de mi vida era suficiente para crear una nueva. Pero ella siempre estaría unida a él.

Miré a mi marido a los ojos. Todas las fotos, todas las pruebas, las había hecho junto a nuestro amigo, un detective profesional. El

divorcio sería un mero trámite que Laura llevaría de un modo eficiente.

No solo me iba a quedar con la mitad de su dinero. También me quedé con la satisfacción de hacerlo público.

Antes de conocerlo, guardaba. Ahora ya no me guardo nada.

CAPÍTULO 3

VERÓNICA
EL ÚLTIMO BAILE

Siempre he sido especialista en meterme en líos. No sé si es un error de sistema o algún grupo neuronal que anda bailando rap en mi cerebro. Lo cierto es que cuanto más me esforzaba por hacer las cosas bien, peor me salían.

No tengo mucho control sobre mí misma. Las emociones me pueden. Siempre me han podido. La alegría me desborda y la pena me tumba. No tengo término medio.

Si miro atrás, de todos los embrollos de donde he salido con dignidad, el de la boda, es el primero que aparece en mi memoria. Seguro que es porque hay otras cosas que se han borrado de mi disco duro para que la supervivencia sea factible.

Habíamos terminado el instituto. Queríamos celebrarlo por todo lo alto.

Cenar toda la clase junta. Para cerrar una etapa, llena de sinsabores, que ya empezaba a tomar el tono sensiblero de lo que desaparece con el tiempo.

Muy pronto, cada uno agarraría su futuro con las herramientas que tuviéramos, en rumbos diferentes.

Mi hermana empezaba a trabajar el lunes en una empresa de limpieza. Yo, diez meses mayor que ella, seguía pensando qué hacer con mi vida. Dudando si dejarme llevar o coger las riendas.

Escogimos varios restaurantes. Fuimos a consultar sus menús.

Mi hermana Carmen, ojeando los distintos archivadores, se dio cuenta que el menú de bodas tenía el mismo precio que el menú que ofrecían para las reuniones de grupo. Nos sorprendió que el primero incluyera la tarta y el champán.

Para que vimos más. Era ver algo gratis e ir a por ello. No importaba lo que fuera. Nuestra mente no discernía nada después de la palabra gratis. Tan solo nos empujaba a ello como si no hubiese un mañana. Supongo que es el ADN pedigüeño que se pasea por nuestras venas.

No se debatió nada. Simplemente fue una idea que se comentó en gran grupo, y como una bola de nieve rodó entre los rumores de unos

y las aportaciones de otros.

Hasta hacerse una realidad. Si para tomar tarta gratis y champán gratis teníamos que representar una boda, a por ello que fuimos.

Fue fácil encontrar a los novios. Nieves, una chica preciosa que todas envidiamos por su esbelta figura, fue la candidata perfecta. El vestido de novia de su prima, de su misma talla, la consolidó como la carta ganadora. Nadie se presentó voluntario para interpretar al novio. Eso era más complicado. Estar en esa edad rancia, en la que la búsqueda de la identidad te desvía con todas las tonterías posibles, no ayudó mucho.

La novia tomó las riendas y se decidió por Juan, su mejor amigo. Se sentiría cómoda de su brazo. Eso sí, a las cinco, como cenicienta encantada, la joven doncella tendría que volver al castillo. Que en este caso era el almacén de productos cárnicos de su familia, donde varios cerdos esperaban para ser deshuesados. Debían de estar listos a la hora de abrir las carnicerías.

El trabajo de Nieves con los cerdos, a mi hermana y a mí nos ponía los pelos de punta.

Con un cuchillo más grande que ella, y un impulso que aumentaba tirando de la hoja afilada hacía atrás, los hacía trozos en un periquete. Mi hermana Carmen no soportaba esa visión y se negaba a entrar en ese garaje macabro, donde se descuartizaban el fruto de las matanzas. A mí me tocaba la condena, si la noche antes Nieves había tenido alguna cita. Tendría que estar ahí mientras me contaba los detalles. Me iría a casa con el olor a vísceras y sangre impregnadas en cada centímetro de mi ropa. En eso consistía la amistad. En devolvernos horas interminables de relatos pegajosos.

El proceso fue divertido. Si íbamos a tener una boda, la tendríamos por todo lo alto.

Preparamos el coche, las flores, las invitaciones. Creamos e inventamos a un ritmo vertiginoso. Horas y horas dedicadas a hacer pequeñas biznagas, con pasta de modelar para regalar a las mujeres asistentes.

Compramos puros habanos, para todos los hombres, a sabiendas que no se fumarían nunca.

Pedimos permiso al restaurante para llevar nuestra propia mesa dulce. De golosinas rosas y blancas. Un bufet de caprichos para una boda inventada.

Dos grandes copas, forradas de purpurina plateada, llenas de bombones, lideraban la mesa. Varios ramos de rosas naturales resaltaban las diferentes alturas. Bandejas con malvaviscos. Barquillos de chocolate blanco. Todas las golosinas que pudimos encontrar de color rosa pastel fueron a parar a las diferentes bandejas plateadas.

Si hubiésemos echado cuentas, con lo gastado, podríamos haber

comprado la tarta, el champán y casi el restaurante. Pero nada sabe mejor que lo que no se ha pagado.

Sorpresas bajo la silla para todos los asistentes. Karaokes improvisados que habría que defender con compañeros de mesa.

En el camino dejamos un reguero de risas, de complicidad y de momentos vividos. Todos incrustados en la memoria.

El día del enlace amaneció soleado. Jugábamos en una tarde de junio que prometía refrescar al caer la noche.

Las damas de honor ayudaron a peinar y maquillar a la novia.

El coche, no parecía adornado con las flores desechadas del puesto de los padres de Raquel.

Por suerte, en su metro y medio había una concentración inusual de arte y creatividad. El ramo de la novia no tenía nada que envidiarle a los sofisticados que su madre elaboraba cada viernes por la tarde. Con media docena de rosas, unas cuantas margaritas y un puñado de llamanovios, Raquel había conseguido que la novia llevara la primavera en sus manos. Sencillo, encajando a la perfección con las flores hiladas en el pelo.

El vestido, estilo princesa de color blanco roto, resaltaba la piel morena de la novia. Sus ojos negros habían sido maquillados con delicadeza, haciéndolos más grandes y abiertos.

La falda del vestido la formaban capas y más capas de un tejido bordado con mil pequeñas estrellas. En la espalda, unos botones sencillos enmarcaban el escote generoso.

Estaba preciosa. El novio, con su traje chaqueta azul marino, consiguió ser la mitad de una pareja perfecta.

Una entrada nupcial de película. Aplausos y gritos a los supuestos recién casados.

Un menú que saboreamos con regusto a prohibido.

Hasta el baile, el salón había sido el contexto ideal para la boda más soñada. La complicidad de todos los asistentes, labrado ya por tantos años siendo compañeros, se consolidó en aquella reunión atípica, con esa travesura que nos mantendría unidos para siempre.

Después de la cena, bailaríamos el tema que llevábamos días ensayando en el gimnasio del instituto. Los novios se colocaron los primeros, seguidos por los demás que conocíamos a la perfección cual era nuestro lugar en la coreografía.

La música empezó a sonar. Algo no iba bien. Los novios no se movieron.

En los primeros acordes la novia se desplomó y cayó al suelo “descuajaringá”, sin que nadie tuviera tiempo de sujetarla.

El ruido seco de su cabeza al golpear el suelo se escuchó por encima del ruido del salón. El desconcierto nos hizo perder unos segundos. Treinta adolescentes dando vueltas a la novia desplomada en el suelo,

sin saber qué hacer.

Los dueños del restaurante llamaron rápidamente a una ambulancia. Nieves no respiraba. Su corazón parecía haberse parado y no quería arrancar. El miedo que sentimos en ese momento nos hizo ser torpes, nos desorientó.

En unos segundos eternos, un señor mayor, que nunca supimos de dónde salió, tomó las riendas de la situación. Abrió la boca de Nieves y empezó a soplar en su interior mientras empujaba, de forma rítmica, su corazón con ambas manos. Los minutos más largos de nuestras vidas se vieron interrumpidos por el ruido de la ambulancia.

Se la llevaron en décimas de segundos. Oímos parada, y placas como si del tráiler de una serie se tratara.

Carmen, pidió al camarero que llamara a unos taxis para ir al hospital. El camarero hizo algo mejor, llamó a voces a unos chicos que, sentados en la terraza, apenas habían vuelto a coger los botellines de cerveza, después de asomarse a ver el espectáculo. Con el intercambio de unas palabras, los chicos nos dividieron y nos llevaron al hospital. Estaba a menos de cinco minutos en coche.

Nos vimos allí, en la sala de espera, atentos a la llegada de los padres de Nieves. Sin saber muy bien cómo explicarles que su hija se encontraba dentro. Y que iba vestida de novia.

En el interior se oían los gritos de la pobre. El desespero de su voz nos sobrecogía. Si atendíamos a la intensidad de los gritos, seguro que estaban a punto de cortarla con una sierra mecánica.

Nieves se despertó y se encontró en una camilla. Frente a ella, un gran reloj marcaba las siete de la mañana. Nuestra novia intentó pegar un salto recordando la cara de su padre al ver que no llegaba a tiempo. Intenta quitarse de un manotazo la vía que la une a una botella con un líquido viscoso.

El médico que la calma, que le dice que no se preocupe, que está en un hospital. Ha perdido el conocimiento en el baile de la celebración.

Nieves se levanta, que se tiene que ir. Que ella no se ha casado. Y que como no tenga los cerdos preparados antes de las nueve y media, la que va a ser descuartizada es ella.

La enfermera le inyecta un tranquilizante. Es mejor así, ha perdido la memoria, piensan, necesita relajarse.

El médico sale a informarnos, que está tranquila, no recuerda nada de lo que ha pasado, y necesita descansar, en un par de horas podremos verla. Ha pasado el peligro. Pero deberá de permanecer en la UCI.

Esa noticia nos pone tan contentos, tan exuberantes de alegría que no caemos en la cuenta que el médico no sabe la verdad. Que la novia no es novia, sino una carnicera con carisma de líder.

Nos sentamos a disfrutar de nuestra nueva tranquilidad.

La máscara de pestañas que tantos beneficios prometía nos ha mentido descaradamente y nuestros ojos están emborronados de negro. No era resistente al agua. En el esfuerzo por secarnos las lágrimas de la alegría, hemos ensuciado nuestras caras de un negro ébano intenso.

La luz que se filtra por las grandes cristaleras altas, nos hace ver cómo un grupo de jóvenes derrotados, que posiblemente en algún momento de la noche disfrutaran de un poco de glamour.

Dentro, la novia se ha despertado de nuevo. Intenta explicarle al médico que no se ha casado. Que todo es mentira. Que ella tiene dieciocho años y muchos cerdos por delante. La enfermera le dice que se tranquilice, que ahora solo tiene que descansar. Que la noche de boda tendrá que esperar.

Nieves se desespera. No es que fuera la mejor narradora del grupo. Y cuando perdía los nervios, también perdía la verborrea, cambiándola por una cantidad desmesurada de insultos. La familia de la enfermera y del médico, recibieron insultos para sus cinco generaciones siguientes.

El equipo médico valora esta respuesta como incoherente y la mantienen en observación.

Los padres de la novia, llegan en el mismo momento que sale el médico por segunda vez para informarnos.

Nuestras miradas se cruzan cuando los padres estrechan la mano del médico. La chica no recuerda nada y está muy nerviosa. Había sufrido un paro cardíaco. La mezcla de la medicación que tomaba y el alcohol había sido el cóctel que había parado su corazón. Suerte que el padrino de la boda que se celebraba en el otro salón era médico de urgencias. Se pondrá bien, nos dicen, aliviando a los padres que temían lo peor.

Iban a pasar a verla en unos minutos.

Minutos que teníamos para aclarar la situación. Claro que hubiese sido mejor que se la hubiésemos aclarado al médico también.

Los padres entraron, y la vieron allí, como niña de primera comunión. La calmaron y le dijeron que había sufrido un paro cardíaco, que si no se tranquilizaba, no la pasarían a planta.

Nuestra amiga, ya calmada por la justificación de ausencia demostrada, se reconfortó en los brazos de su madre, y llorando le contó que no la dejaban salir porque creían que había perdido la memoria.

Dos horas le costó hablar con el médico y resetear la situación.

La risa del médico le borró de un plumazo el cansancio de veinticuatro horas de guardia interminable.

Nosotros nos fuimos a descansar después de comernos un chocolate con churros que nos supo a gloria.

Aprendimos que la vida te puede cambiar en un minuto. Y es mucho mejor tener cosas reales a mano, son más fáciles de explicar.

Aun así sigue siendo la boda que más risa nos ha provocado. Es imposible evocarla sin parar de reírnos de nosotras mismas.

CAPÍTULO 4

MARINA
CUANDO EL DOLOR CAMBIA DE COLOR

Los pocos minutos que puedo arañar a la mañana, siempre los gasto en la biblioteca. Con la rapidez que me proporciona conocer todos los títulos y el lugar que ocupan en las estanterías, el trabajo es mecánico, mis manos colocan, mi mente vuela sobre temas cotidianos y en poco tiempo, está todo ordenado.

Aquel día el ruido homogéneo del recreo de los alumnos de secundaria, que entraba por los grandes ventanales, prometía un día tranquilo, sin grandes sobresaltos.

Todos los cuentos de cartón duro estaban desordenados, señal que mi compañera había pasado con sus pequeños alumnos minutos antes. Aún se percibía el olor a añejo de las marionetas que se guardaban en el primer cajón.

Ella entró sin llamar, y no supe calcular si en su cara había alivio o sorpresa.

Su pelo negro azabache, recogido con una cinta blanca, le daba un aspecto infantil. Estudiaba en el último curso.

Improvisó, de manera torpe, una justificación para su estancia allí. Su tutora le había pedido que me echara una mano, colocando los libros que los pequeñitos del cole habían utilizado.

Un silencio espeso nos acompañó por todas las secciones, que ordenamos sin descanso. La sirena del final del recreo nos sobresaltó.

Salió sin ganas de la sala con un «adiós maestra» que resonó triste, apagado.

Durante una semana vino a verme en todos los recreos, y me ayudaba a colocar los libros. Se limitaba a regalarme monosílabos como respuestas a las preguntas con las que intentaba acercarme a ella.

Al tropezarme por las escaleras con su tutora, intenté averiguar algo más. Y lo único que saqué en claro es que nos había engañado a las dos regalándonos el mismo argumento. A las dos nos había dicho que la otra había solicitado su estancia en la biblioteca.

Salí de clase aquel día calibrando diferentes estrategias de acercamiento. Sabía que desde la fiesta de Navidad, un grupo de

alumnos y alumnas me miraba de forma diferente. Bailar flamenco en el coro improvisado, había delatado mis orígenes. Unos orígenes que mi piel canela nunca habían ocultado, pero que mi pelo rubio y mis ojos claros, disimulaban.

Ella fue una de las alumnas que cambió su forma de mirarme. Y aunque tenía la certeza de que necesitaba decirme algo, no conseguía tirar los infranqueables muros que nos separaban. Mi intuición me guiaba a un acercamiento rápido, con urgencia.

«Cuando algo me angustia y no soy capaz de sacarlo fuera, lo escribo», le dije ese lunes por la mañana. Ella me miró con el rostro serio, inexpresivo. Sin que yo pudiera interpretar absolutamente nada en esas facciones tan rígidas.

A la mañana siguiente encontré una carta, dentro de un sobre blanco, en la mesa de mi clase. Era un sobre común, sin adornos. En la parte delantera estaba escrito mi nombre y un pequeño corazón.

Me senté en la silla más alejada del ventanal, para que el ruido no participara en la escena. Abrí el sobre despacio, sin dañarlo. Quería conocer su contenido, pero a la vez intuía su gravedad.

Una letra juvenil, cargada de faltas de ortografía, pedía ayuda en líneas cargadas de dolor, de forma desesperada:

«Cuando era chica, no sabía que estaba mal. Yo pensaba que era un juego. Y jugaba. Pero me fui haciendo mayor y tenía muchas preguntas en mi cabeza. ¿Hacen eso todos los hermanos? Sentía una mezcla de miedo y vergüenza, que poco a poco empezó a darme asco. Me doy asco yo misma. Me da asco mi cuerpo. Me dan asco las cosas que me hace por las noches. A veces llega borracho y me alegro. Se duerme pronto y pasa de mí. No quiero que llegue la noche. No quiero que se apaguen las luces. No quiero que mis padres griten que no hable nadie más. Me quedan menos de dos años para irme de mi casa, pero no creo que pueda soportarlo. No quiero tener que verle la cara después, riéndose de mis pies pequeños. De lo tonta que soy. No quiero mirar a mi madre, que nunca me cree. A mi padre que solo se da cuenta de los cigarros que le quedan por fumar. No quiero vivir esta vida. No quiero aguantar más. No quiero llorar sola».

Agarré la carta con fuerza y me fui al despacho del director. Un sacerdote de mediana edad con el que tenía una relación muy cordial y afable.

Su rostro se endureció tanto al recibir la noticia, que pensé que sentía lo mismo que yo.

Un discurso frío fue la forma tajante de decirme que no me metiera. Defendía que eso era muy normal en nuestro entorno y que nosotros no podíamos intervenir. No daba crédito a lo que oía. La ira y la indignación no son una buena mezcla, así que me fui sin terminar de

escuchar las amenazas que me dedicaba. Era capaz de adivinarlas. Si me interponía y levantaba un escándalo, la que saldría del colegio sería yo.

Llegué a casa secándome las lágrimas con fuertes fricciones, como si al borrarlas, arrancara el dolor de esa niña.

Tecleé todos los organismos oficiales que podían ayudarme en el buscador que se abrió en mi viejo portátil. Hice un listado de todas las instituciones que visitaría, incluida la UFAM de la comisaría más cercana.

Mi hermana, preocupada por mi visible nerviosismo, dejó sus cuentas e hilos de colores y me observó. Su silencio siempre había sido parte de nuestra complicidad. Intuía que algo terrible pasaba con algún alumno, no era la primera vez.

Mi colegio dormía en un barrio lleno de terror y sangre.

Varias veces nos habíamos tenido que quedar en el recinto, hasta que cesaba el tiroteo que mantenía el exterior en un estado de alarma.

Respetaba mis cambios de ánimo lúgubres, donde mi cuerpo y mi mente se separaban en busca de respuestas.

La mañana siguiente esperé ansiosa que la joven apareciera en la biblioteca. Y cuando lo hizo, con la mirada rozando el borde de mis pantalones, me abrazó.

La calidez de aquel abrazo me rozó el alma, me estremeció la vida de golpe. Sus pequeñas manos se juntaban en mi espalda, mientras su mejilla reposaba en mi pecho. Acaricié su pelo, sin ser capaz de articular palabra.

En mi garganta se quedaban las promesas, el no pasará más, el no voy a permitir que te hagan daño.

Su ruego, su plegaria para que no lo compartiera con nadie, para que no la traicionara me desconcertó. Rompió unos esquemas, donde mi principal preocupación era encontrar ayuda. Poco podía hacer guardando un secreto tan dañino. Me sentí tan débil, tan pequeña. Necesitaba encontrar la manera de acercarla al final de su pesadilla.

Nunca podría si no me daba la oportunidad de llevarla de la mano.

Salió apresurada al escuchar la sirena que la devolvía a clase. La paré en seco, cogiéndola por el brazo. Me acerqué a su oído y le murmuré algo que nunca debí decir.

Le pedí que no se dejara. Que no sucumbiera ante los abusos de aquella persona que tendría que haberla cuidado y protegido, en vez de convertir su vida en un infierno.

En mi interior luchaban dos fuerzas. La que me obligaba a buscar ayuda. La que no me dejaría dormir ni una noche más sabiendo que bajo las sábanas ella estaría llorando. Y la fuerza de la confianza. De la traición de la única persona con la que compartía su terrible secreto. Encontrar un equilibrio entre ambas, me animaba a seguir buscando.

A seguir abriendo puertas de profesionales que me dieran la receta mágica para que el dolor desapareciera.

Al día siguiente la puerta de la biblioteca no se abrió. Subí a su clase y su sitio estaba vacío. Ocurrió lo mismo durante una semana entera.

Intente preguntar a las compañeras de clases, a sus primas que estaban en cursos inferiores. Nadie me dio una sola pista.

Mi angustia me hizo tomar cientos de decisiones que se volteaban a cada minuto.

La esperé durante horas en la puerta de su casa.

Fue el lunes de la siguiente semana cuando apareció de nuevo. Nos cruzamos por las escaleras cuando subía a su clase, pude ver como los moratones de su cara no habían desaparecido del todo. Estaba segura que el pañuelo rosa que llevaba en el cuello, tapaba otras cicatrices. Suspiré de puro alivio.

Sonreía como nunca lo había hecho. Se acercó a mí y mirándome a los ojos me dijo:

«Maestra, esto duele menos».

Me señaló su ojo. La huella de los golpes que había recibido al hacerme caso. Los golpes de la resistencia.

Se marchó con una sonrisa.

Yo me quedé con la certeza de que su pesadilla no había desaparecido, solo había cambiado de color.

CAPÍTULO 5

PILAR
REDES OCULTAS

Me gusta madrugar. Me levanto a las seis y media cada mañana.

Cojo las zapatillas a ciegas y voy al baño. La imagen que me devuelve mi espejo, en la semipenumbra del amanecer, me hace sonreír.

Vaya pelos que tengo.

Los rizos, en el traqueteo de la noche, se han desbaratado. Están luchando por no tropezar los unos con los otros, pero el frizz gana la partida.

Tengo el aspecto de haber sido zarandeada por una banda de niños de tres años.

Miro el teléfono.

Pongo música. Siempre comienzo el día con Alejandro Sanz.

Él no lo sabe, pero es el hombre de mi vida. No hay otra banda sonora. Siempre me acompaña la suya.

Mi día está tan cuajado de quehaceres, que tengo que elaborar un mapa mental para organizarme.

Ser tu propia jefa tiene sus ventajas.

Tomarme un café en la terraza trabajando es una de ellas.

De numerosas macetas salen olores que se mezclan con el de la tierra mojada y el mar.

Es el momento más intenso del día. En cada sorbo me bebo el mundo. Lo disfruto con parsimonia.

Con un placer infinito que se me evaporará en cuanto me dé cuenta de las tareas pendientes.

Las redes sociales me esperan. Tengo que subir contenido para veinte empresas. Y solo tengo creado el contenido de una. Así que o me doy prisa, o no llegaré a los objetivos al final del día.

A mi madre le encantan las redes sociales. Tiene casi setenta años, y piensa que es un gran patio de vecinos donde te enteras de todo. A veces sin salir de la cama.

Siente que es fascinante.

No entiende como me puedo ganar la vida bien en este mundo tan divertido. Creo que tiene la sensación de que no trabajo, que es un

hobby que me da dinero todos los meses.

No sabe que yo entro a las tripas. Al almacén trasero de las redes. Mi trabajo consiste en atraer a personas. A que compren, a que visiten, a que usen algo que no sabían que era de vital necesidad en sus vidas.

Antes trabajaba en una empresa. Era una empresa grande, con renombre. De esas que salen en las noticias y que disfrutan de un buen estatus social.

Pero mi jefe se confundió. Primero pensó que yo era una inocente jovencita de un barrio marginal, que le estaría eternamente agradecida por la oportunidad que me había dado.

Y se pensó que se podía cobrar cuando y como quisiera esa gran oportunidad.

Nadie me dio nada.

Completé mi carrera trabajando en un bar por las noches. Y cuidando de mis cinco hermanos por el día. Mi madre necesitaba echar una mano en el bar de mis tíos.

Fui la primera de mi clase. Y en las prácticas pude demostrar mi valía. Si me habían contratado, había sido por la cantidad de clientes que estaban satisfechos con mi trabajo y me demandaban.

Los ordenadores no tienen secretos para mí.

En un momento de mi vida, tropecé con la parte más oscura y eso me permite que ahora tenga una iluminación especial. Puedo ver con claridad en los suburbios más tenebrosos.

La segunda confusión la tuvo cuando me invitó a cenar tres veces. No supo entender que las dos primeras fueron un cordial «no gracias», y que la tercera contestación no tuvo nada ni de cordial ni de amable.

No paró.

En los acercamientos habituales de intercambio de papeleo, no guardaba los límites socialmente establecidos.

Me citaba a horas tardías para terminar un trabajo.

No soportaba los halagos melosos que me empalagaban el ego. Eran poco reales. Demasiado recargados y difusos.

Cuando tuve la certeza de que un final trágico se acercaba, recopilé un listado de los clientes para los que creaba contenido.

Indagué entre las compañeras, por si alguna había sufrido el mismo acoso.

Todas guardaban un silencio más que sospechoso.

Una tarde de finales de noviembre le dije que o me dejaba en paz, o me iba.

Y su respuesta fue muy clara. O complacía sus expectativas o ya me podía largar.

No hizo falta que me detallara en que consistían sus “expectativas”. Su mirada sucia me lo decía cada vez que estábamos los dos a solas en la misma habitación.

No sabía mi jefe que yo estaba en el equipo Laura. Así que el proceso para mí sería sencillo.

Con el asesoramiento de mi abogada y amiga Laura, y un par de horas a escondidas trasteando en su portátil, tuvimos material suficiente para hundirle de un plumazo.

Esa no fue mi intención inicial. Solo quería encontrar algo, que me permitiera defenderme ante un tribunal, cuando lo denunciara por acoso.

Pero el material que encontré en su disco duro era repugnante.

No solo se había grabado teniendo relaciones sexuales con algunas de las chicas de la oficina, también había difundido ese material entre sus colegas y amigos.

No podía permitir que la cosa quedara así.

No sabíamos muy bien qué hacer con todo lo encontrado. Suerte que Miguel, periodista e íntimo amigo de mi amiga Marina, nos ayudó.

Puse una denuncia por acoso. Y en la denuncia hice constar que sabía que nos grababa con su portátil, cuando nos inclinábamos en la mesa de su despacho.

Y que tenía la certeza que no era la única que había sido acosada y grabada.

Laura, con la promesa de que no se arrepentiría, consiguió que el juez aprobara la orden de registro.

El día antes, escribí un correo a todos los clientes de la empresa.

DE: Pilar
PARA: Clientes
FECHA: 15 de Enero de 2020 18:40
ASUNTO: Motivo de mi dimisión en la empresa

Apreciado cliente:

Mi nombre es Pilar y como saben soy su creadora de contenidos.

Lamento comunicarles mi renuncia en esta empresa.

El motivo por el cual abandono mi responsabilidad de forma tan apresurada es mi jefe.

No sabe aceptar un no por respuesta y piensa que las mujeres somos objetos que puede disfrutar a su antojo. Ante la negativa de no querer ceder a sus instintos más lascivos, me mostró como alternativa la puerta de salida de la empresa.

Antes de marcharme, quería agradecerle el tiempo compartido y quedar a su disposición, por si quiere contar con mis servicios para futuras colaboraciones.

Estaba recogiendo mis cosas cuando el energúmeno me tiró el correo electrónico a la cara. Algún cliente amigo se lo había

reenviado.

Por su boca salieron ranas y culebras. Gritos de todas las intensidades existentes. Insultos de todos los idiomas. Amenazas de que no iba a trabajar en la vida. En silencio le miré a los ojos, y continué recogiendo mis cosas.

Unos minutos después la policía se personó en su despacho.

Salí de la empresa sabiendo que me llevaba algo más que una cartera de clientes. Me llevaba la experiencia de saber que nadie, por muy alto que estuviera, me situaría por debajo. Nadie sería capaz nunca de obligarme a hacer algo que no quisiera.

Siempre hay una salida digna, aunque para eso tengas que jugar sucio con la mierda de alguien.

CAPÍTULO 6

PATRICIA
EL ARTE DE DOBLAR CAMISETA

Lo que más me cuesta en la vida es levantarme temprano. Mi cama no quiere soltarme nunca, me agarra fuerte, sobre todo por las mañanas.

Para mí un planazo es levantarme a las tres de la tarde.

Si una quiere tener cierta calidad de vida tiene que trabajar.

El curro que tengo ahora me aburre de una manera severa.

Me paso ocho horas al día doblando ropa que la gente decide desdoblar a los tres segundos de ser colocada en las estanterías.

Mi jefa me vigila de cerca y no puedo mirar a nadie con mala cara. Cómo a mí me gustaría. Es inevitable que de vez en cuando se me escape una mirada de esas que descuartizan en cachitos. Cómo no hacerlo, a esa señora que ha sacado todas las camisetas, de todas las tallas. Y ha desordenado todos los modelos, sin disimulo. Sin que le guste ninguno. El trabajo de una mañana entera lo ha desbaratado en menos de dos minutos. Sin ningún reparo te miran, para que te des cuenta, que eres afortunada, tienes trabajo.

La segunda mirada llega por encima de su hombro, mucho más firme que la anterior. Es la que confirma que si estás ahí, es por personas como ella, que lo desordenan todo para que tu puesto laboral exista.

Mis amigas dicen que es el trabajo perfecto para mí. Que me cultiva la paciencia, justo lo que no he tenido nunca en mi vida.

Siempre fui una niña rebelde, que di problemas de todos los colores y tamaños posibles.

Una vez le metí un lápiz a un niño por la nariz. Era para que lo oliera, pero me pareció muy divertido seguir empujando. Ni al niño, ni a la maestra, ni a la directora le pareció en absoluto gracioso.

Otra vez me senté en el alféizar de la ventana de mi dormitorio. En un cuarto piso. Me había quedado sola en casa, con seis años, y no podía salir por la puerta que estaba cerrada con llave. Así que quise tomar un poco el aire.

Se veía todo muy bonito desde ahí arriba.

Veía el colegio, el patio, la carretera e incluso el parque con los

columpios. Hasta que no vi al bombero venir hacía mí en esa escalera gigante, no me di cuenta que todo el jaleo que había en la calle era por mi culpa.

La policía que había venido enseguida, dio orden a todo el mundo que no me llamara, por si se me ocurría saltar cuando escuchara mi nombre.

También, en otra travesura, le quemé el flequillo a mi amiga. No sé qué ángel de la guarda nos salvó de morir quemadas. Solo tenía cinco años, y lo único que pretendía era que fumáramos un cigarro de chocolate. Ella lo tenía en la boca y yo le prendí fuego. Sin más. El papel ardió rápido y la grasa de la chocolatina hizo lo mismo. En mi defensa tengo que añadir que me quemé tres dedos apagando las llamas que corrían a la cabeza de mi pequeña compañera.

Todavía me duele la paliza que me dio mi madre, delante de la madre de la niña, para calmar la furia de una familia entera.

Fui expulsada más veces de las que puedo recordar. Y hasta el fatal momento que vi las orejas al lobo, había hecho todas las travesuras posibles.

Mis padres se habían rendido en mi educación antes de intentar siguiera imponerme alguna norma. Mis límites no eran las de mis cuatro paredes. Abría la puerta cuando me daba la gana.

Desde los diez años tenía llave de casa y pasaba sola la mayoría del día.

Casi siempre comía bollería industrial y frutas. Nunca me castigó nadie. No recuerdo ningún sermón a mis conductas infantiles. Mis padres estaban demasiado ocupados intentando ganarse la vida, como para ocuparse de mi existencia.

Con la adolescencia la cosa fue a peor. Continuamente me metía en peleas de las que no sabía cómo salir. Acababan siempre con la cara arañada de alguien y un manojo de pelos en mis manos.

La única persona a la que respetaba y quería era a Marina, mi maestra de infantil. Me regaló la sensación más bonita del mundo. Sentirme querida.

Con tres años, no quería que dieran las dos de la tarde para regresar a casa. Con cuatro, pasaba media mañana agarrada a su pierna. Y con cinco soñaba que era mi madre y me llevaba a vivir con ella.

En la primaria todos los problemas que tenía en el colegio iban a parar a Marina. Me castigaban en su clase, hasta que me hacía reflexionar. Me calmaba, me reconducía y me ayudaba a ofrecer una disculpa.

En la secundaria los que se rendían conmigo, se cansaban de soportarme o necesitaban simplemente un poco de paz, me mandaban a infantil a que la ayudara.

A mí me encantaba estar ahí. La atención que me prestaba era para

mí un bálsamo.

Cuando termine secundaria, seguí utilizándola de refugio secreto. Le contaba mis amores fracasados, me invitaba a chocolate caliente con churros y conseguía que sonriera.

El día que me metí en el lió más grande de mi vida, sentí tanta vergüenza que no fui capaz de llamarla. La policía me pidió que llamara a mis padres. Yo solo pensé en Marina.

Estábamos en una fiesta en la playa. La noche de los fuegos artificiales es la antesala que anuncia el principio de la feria.

A mis amigos y mí nos gustaba ir a la orilla. Desde allí el espectáculo impresionaba. Nos encantaba ver las luces reflejadas en el mar.

En un gran escenario tocaba un grupo. Llevábamos nuestras propias botellas y estábamos ya bastante borrachos cuando unos chavales empezaron a tontear con nosotras.

Nuestros amigos les invitaron, más o menos de forma amable, a que se despegaran de nuestro círculo. Pero las chicas que acompañaban a los chavales empezaron a bailar más cerca.

Una me empujo y caí a la arena. Me revolví con un cabreo de mil demonios y la empujé con todas mis fuerzas. En un par de minutos la playa entera se peleaba. Agarré de los pelos a la chica que me dio el primer empujón y le di un paseo por la playa. Ella se agarró a mi pierna y me hincó las uñas. Unas uñas postizas que sentí que me llegaban al hueso.

No me lo pensé. Tal como tenía su cabeza en mis manos, la acerqué a la mía y les di un bocado en la cara. Sentí su sangre en mi boca, pero no era capaz de separarme. El grito de dolor de la chica, en mi oído, me puso más nerviosa y apreté con más fuerza.

Tuvieron que separarnos. Acabé en comisaria. Tenía dieciséis años, y un futuro muy complicado.

No fui capaz de llamar a nadie para que viniera a recogerme. No di el nombre de mis padres, ni de mi hermano mayor.

En la presión de la policía por localizar a alguien me rendí. Y le di el teléfono de mi maestra. Había sido una de las pocas personas que había querido en la vida. La llamé a ella calculando que podría ayudarme a salir del lío. Me anticipaba a lo que sentiría Marina cuando se enterara de lo ocurrido y la tristeza me podía.

Vino en cuanto la llame. Pasó una hora rellenando papeles y moviendo hilos para que me soltaran. No tenía lazos de sangre y no fue fácil. Imagino que el hecho de que al localizar a mi madre, ésta les contestara que le importaba un pimiento donde estaba yo, ayudó a la decisión. Cuando llegó Laura, la abogada amiga de Marina, mi salida ya estaba aprobada.

Me llevó a su casa. Me metió en la ducha y me dejó un pijama de

corazones. Ese pijama fue el signo más fehaciente de estar ante un punto de inflexión en mi vida. Me sentí desvalida. Una niña pequeña de nuevo que estaba perdida.

No me lo puso fácil. No me habló. No me dio nada de comer. Me dejó sola, conmigo misma en el último esfuerzo para que reaccionara.

Pasé toda la noche llorando. Esperando que me consolara, que viniera a rozarme la cabeza como había hecho tantas veces en mi vida.

No vino. Me estaba dando una lección. Las acciones que hagas en esta vida tienen unas consecuencias.

Por la mañana cuando me levanté, sin haber dormido, habló conmigo. Nunca la había visto tan seria. Con el semblante tan duro. Sus palabras me hicieron mucho daño.

Yo había marcado a alguien para siempre en su cara. Le había dejado una cicatriz para siempre. Esperaba que la vida me dejara la misma cicatriz a mí. Que mi herida no sanara, para que me recordara que la agresividad no era nunca la solución. Que no lo olvidara cuando me mirara por la mañana en el espejo.

Se marchó a trabajar y me dejó en el dormitorio. Lloré durante horas, sin poder parar. Lloré por la chica. Lloré por mí misma y por la vida que no era capaz de solucionar.

En mi juicio todo se complicó y salí mal parada. Me tocó hacer terapia y trabajos interminables a la comunidad. En un barrio cercano al mío, en un comedor social.

Abrí mucho los ojos. No quería ser como aquellas personas que cada día venían a que les echara en una bolsa un poco de comida.

Vi a madres que no tenían para darle de comer a sus hijos. Hombres solos que dormían en la calle. Personas que habían apostado por el alcohol y las drogas y lo habían perdido todo.

Vi todo lo que el mundo me ponía en bandeja. Tenía dos opciones. Podía darle una patada a todo y empezar a pensar qué hacer en mi vida. O me dejaba arrastrar por la corriente. Y el final de la segunda opción me aterraba. Lo tenía ante mis ojos.

No fue fácil. La psicóloga me ayudó a controlar mi ira. A sacarla fuera sin herir a nadie. A canalizarla sin que la persona frente a mí la sufriera.

Encontré un trabajo que me estabilizó. Me independicé. Pasaba las Navidades con la familia de Marina, que me acogió como una más. Me dulcificaron el carácter con roscos de azúcar, mantecados y mazapán. El calor que me dio su familia fue mi mejor medicina.

No soy perfecta, el aburrimiento me mata, y me contengo, a veces, para no meter las camisetas de dos con cincuenta en la boca de alguien.

Mis pensamientos controlan mis acciones.

Intento que mis pensamientos tiendan siempre a volar lejos, en el paisaje más bonito posible.

cAPÍTULO 7

carmen
que no te pisen lo “fregao”

Cuando limpiaba el suelo me gustaba mover la fregona con rapidez. Cada azulejo mojado iba tomando un tono distinto al anterior.

El sol apenas había salido. La luz comenzaba a entrar por los grandes ventanales.

Todo debía de estar fregado antes de que empezaran a llegar los trabajadores de las distintas plantas del edificio.

Por el esfuerzo, mis rizos empezaban a caer. Notaba como mi moño estaba a punto de perder el equilibrio.

Mi primer día de mi nuevo trabajo me había robado el sueño. Me regaló unas enormes ojeras y un nudo en el estómago que poco a poco iba perdiendo fuerza.

Un chico joven entró en la sala con prisas. Pisó lo fregado y desapareció entre los largos pasillos.

Limpiar en el centro cívico era una gran oportunidad.

La religiosa que me había atendido en los primeros momentos era una señora encantadora, que resolvió con delicadeza el frío intercambio de trapos y utensilios.

Me quedaba un pequeño trozo de suelo para terminar la entrada principal cuando el chico joven apareció de nuevo. Cargaba con esfuerzo un televisor grande, aparentemente muy pesado.

Resbaló, al apoyar el pie en el suelo húmedo, perdió el equilibrio. El aparato se tambaleó en el aire unos instantes.

Corrí a ayudarle. Elevé la parte trasera, apoyando en mi pecho el resto de la enorme pantalla. Entre los dos, sin hablar, encajamos la postura para llevarlo de forma cómoda.

Lo acompañé hasta la furgoneta, aparcada dentro del recinto, en la misma puerta.

Me dio las gracias con una sonrisa, mirándome a los ojos un poco más de lo necesario.

Me ruboricé. Mis mejillas se sonrojaban a menudo. Suerte que mi tez morena lo disimulaba.

Sor Lucía me llamaba de lejos, y me fui sin despedirme. Corrí con la premura que da el temor de la primera regañina.

No había terminado de recibir nuevas instrucciones para las salas interiores cuando volvió a parecer el chico, esta vez con un televisor más grande que el anterior.

La monja me animó a que le ayudara, agitando sus brazos con un gesto bondadoso.

Llegué justo a tiempo para que el chico abriera la parte trasera del vehículo con comodidad. En el interior había cinco televisores más, algunos cables y hierros.

Regrese a mis tareas con el agradeciendo del muchacho aun haciendo tambalear mi timidez.

Me quedaba mucho trabajo si quería dejar los adoquines limpios. Ni mi energía ni las promesas del limpiador podían hacerlos brillar. El gasto del paso del tiempo se había llevado el brillo, y había dejado una fina capa amarillenta.

Sonreí al recordar que cuando cobrara el primer sueldo, iba a poder comprar algunos regalos. Una buena parte se la daría a mi madre. Así las estrecheces de todos los meses podrían respirar.

Iría al mercadillo el domingo y le compraría a mi hermano pequeño un chándal y unas deportivas nuevas. A mi hermana Verónica le daría el dinero para que se comprara algo bonito. Tenía que dar cuenta a su marido de todo y nunca gastaba dinero en ella.

A la “mama” también le compraría algo. Una manta nueva para que creara ese túnel mágico desde la mesa camilla a sus rodillas. Para que el calor del brasero se quedara acariciando sus pies descalzos.

La “mama” como todos sus nietos la llamábamos, rara vez llevaba zapatos. De niña nunca se los puso y de adulta le parecían una dura condena.

En casa, sus pies morenos arrugados por los ratos que pasaron al sol, nunca se cubrían. Ni en verano ni en invierno.

Cargué el cubo con una sonrisa, recordando a esa anciana que tanto quería. Cinco ventanas y terminaría mi jornada laboral.

Recogía los trapos, doblándolos con cuidado, cuando escuché jaleo fuera.

Dos hombres mayores entraron corriendo. Una vigilante de seguridad les acompañaba a cierta distancia.

Me disponía a cambiarme de ropa cuando dos policías me cortaron el paso. Un azote nervioso me encogió el estómago.

La angustia premonitora de los problemas graves se filtró de golpe por mi piel canela. No alcanzaba a entender lo que ocurría. El reclamo del grupo de personas que gritaban no me dejaba oír con claridad lo que me decía la joven policía. Se dirigía a mí con un trato educado, distante y autoritario.

Perdí los siguientes minutos intentando que las piezas se unieran, estrellándome en el fracaso más absoluto. Alcancé a decir mi nombre,

quizás mis apellidos. Pero el resto flotaba en una nube de hastío y frustración.

Me mire las manos de camino a la comisaria. Estaban secas por el uso del limpiador.

Estirando cada mechón de pelo hacia atrás, para que los rizos se escondieran, causando un efecto de pulcritud.

No conseguía entender qué hacía yo en aquel coche. No era capaz de hilar un argumento que me llevara hasta algún hecho delictivo. La palabra "robo" se repetía en mis pensamientos con crudeza. Intenté ordenar las palabras en mi cabeza, para pedir una explicación. No conseguía crear un discurso coherente. Se enmarañaba con ideas que solo volcaban angustia y desespero.

Entré a una sala oscura, con una ventana de cristal. Frente a mí se sentó la chica joven y me miró con curiosidad. Me preguntó cómo me llamaba. Apenas pude decir un «Carmen» en voz baja.

Querían que les dijera dónde estaban los televisores que había robado mi novio. Todo encajó en mi cabeza en esa frase.

El chico estaba robando y yo le había ayudado.

Una carcajada estuvo a punto de salir, pero se quedó atrapada por el pánico de sentirme partícipe.

Fui consciente de mi culpabilidad en el mismo momento que digerí los hechos.

La mezcla era explosiva. Primer día de trabajo y robo de unos valiosos televisores.

Le expliqué como pude que no sabía que estaba robando. Que no noté nada extraño. Tenía la firme convicción de que a cada palabra el asunto empeoraba.

La policía salió de la sala, dejándome sola. La esperanza no era capaz de entrar en esa madeja en la que me había enmarañado yo sola.

Cuando volvió a entrar, estaba sonriendo. Me dijo que había tenido suerte. Habían podido encontrar la furgoneta con la ayuda de las imágenes de la cámara de seguridad. Podía marcharme.

El chico estaba detenido y había confesado que trabajaba solo.

No, no había tenido suerte. Mi piel canela y mis ojos negros han sido el escenario perfecto para una teoría rápida. Donde era culpable antes de tener la oportunidad de ser inocente.

No, ninguna suerte. Me habían arrastrado hasta ahí para buscar sus respuestas. A que mi miedo se paseara por su sala. Mientras que intentaban encontrar en mí lo que anticiparon.

Salí de comisaria y decidí caminar de vuelta a casa. No podía evitar llorar. La tensión acumulada necesitaba rodar por mis mejillas.

Caminaba con mi pena. La de que al día siguiente seguro volvería a encontrarme con alguien que no sería capaz de ver más allá del color

de mi piel.

CAPÍTULO 8

LAURA
EL FERVOR DE UN CAFÉ BIEN HECHO

Solo necesito tres cosas en mi vida para ser feliz. Huevos, azúcar y harina.

Con esos tres ingredientes soy capaz de elaborar un manjar de dioses.

Combinándolos, en un par de horas, puedo crear más de veinte dulces diferentes. La que dice un par de horas dice un poco más. Las horas pasan demasiado deprisa cuando estoy en la cocina.

Soy capaz de montar a punto de nieve los problemas más difíciles. Y glasear hasta los pensamientos más impuros.

Estudié derecho por una sola razón: podía hacerlo.

Mi sueño era estudiar pastelería, pero mi padre, hombre sabio donde los hay, se sentó una tarde en el sofá de nuestra humilde casa, me miró a los ojos y con argumentos sólidos me convenció de lo contrario.

Sobre el que estaba sentada, dormían dos de mis cinco hermanos. Me hizo mirar alrededor. Mi pobre y gastado salón.

No quería eso para mí. Quería que fuera a la universidad.

Que por una vez, en nuestra familia, alguien triunfara en la vida. Y si después de estudiar, quería ser pastelera, él me ayudaría con sus propias manos a montar mi horno. Sabía que mi padre cumpliría su promesa.

Primero estudié relaciones laborales. Y después, mientras trabaja en el departamento de una empresa de publicidad, me saqué la licenciatura en derecho.

Soy blanda como un merengue y bruta como un arado. Fácil de convencer. Disfruto de igual manera defendiendo a un inocente que diseñando un pastel.

Soy feliz siendo abogada. Me gusta mi trabajo. Tengo mi propio despacho y tres empleados que gestionan la mitad de mi vida, dándome una comodidad abrumadora.

He saltado a la fama por ocuparme de causas perdidas que se mantenían en la cuerda floja de la injusticia más mundana.

Cuando abro la boca la gente se asombra. Mi acento de pueblo

profundo y mi vocabulario llano, al principio rompe esquemas. Luego hace sentir a los clientes más cómodos. O eso creo.

Una de las aventuras más bonitas de mi vida empezó viendo la tele. Un programa de tartas. Una familia al otro lado del mundo diseñaba unos pasteles impresionantes.

Tenía que estudiar allí. Aprender con ellos.

Soy de las que piensan que las cosas no caen del cielo. Puedes visualizar para que la ley de la atracción te ayude a conseguir todo lo que deseas, pero si no pasas a la acción, poco se va a mover tu mundo.

Un año me costó estudiar con ellos. En ese año les escribí un correo diario, todos diferentes. Rogaba, de todas las maneras posibles, una beca para estudiar en su pastelería.

Al final me contestaron por cansina.

En un breve correo, que nada tenía que ver con los que yo escribía, me autorizaban a hacer unas prácticas en sus instalaciones. Podía pasar un mes con ellos.

Mis hijos y mi marido no llegaron a entender nunca lo que se me había perdido a mí en América del Norte.

No los escuché.

Compré los billetes y mi mes de vacaciones y yo nos fuimos a Nueva York.

Subí al avión ilusionada. Mi inglés no era muy bueno, pero me serviría para defenderme.

Era la primera vez que viajaba sola. A otro país.

En el avión ya sentí un pellizco de miedo en el estómago. No era fácil para mí, nativa de un pueblo de dos calles y media, manejarme en una gran ciudad.

Dos horas y tres vueltas de un lado para otro, me costó encontrar el metro adecuado que me llevaba al hotel.

Miraba, remiraba, y siempre acababa cogiendo el metro en el sentido contrario.

Observaba mi alrededor fascinada.

No entendía como la gente se quedaba dormida en el metro y justo en sus paradas se despertaban. Llegué a pensar que tenían un chip interno que programaban.

No me aburría en los largos viajes de ida y vuelta.

Todo me parecía curioso, diferente. Leían apoyando el libro en una pequeña esquina en algún minúsculo lugar.

Cuando yo lo intenté lo único que conseguí es que el libro que me había llevado, acabara en el suelo. Al recogerlo sonreí, mi amigo Pep Bruno, que con tanto cariño me había dedicado el ejemplar, se reiría al saber que sus páginas literalmente se habían dado una torta en suelo estadounidense.

El primer día me pasé la parada. Me di la vuelta y me la volví a

pasar.

Tengo la suerte de conocerme a mí misma y no llegué tarde. Salí del hotel dos horas y media antes.

En un papel tenía apuntado el nombre de la chica por la que tenía que preguntar. Era un nombre hispano, con un poco de suerte hablaría español.

Uno de los momentos más felices de mi vida fue cuando entré al almacén de la gran pastelería. Nunca había visto tanta harina junta. Imaginé que se almacenaría para meses. Al poco tiempo descubriría que el almacén se llenaba y vaciaba a diario.

Me enseñó la fábrica una chica salvadoreña con la que congenié desde el principio. La seguía a todos lados mirando con atención cada detalle.

La pastelería está dividida en tres salas.

El obrador, la sala de los decoradores y la sala de los artistas.

Junto a la pastelería, donde se vendía el producto final, un anexo que se cerraba con doble puerta le daba privacidad a los acuerdos previos.

Los clientes venían, hablaban con el dueño, les explicaban el proyecto que querían y lo diseñaban en la hoja de una libreta. Me llamó mucho la atención que esa hoja, entraba por el obrador, y salía pegada a la tarta final. No abandonaba el proyecto en ningún momento.

La cadena empezaba en el obrador. Allí se elaboraban los bizcochos y las cremas. El olor de esa sala es uno de los recuerdos más indescriptibles.

Dulces internacionales se mezclaban con cremas y bizcochos. Colores, sabores y texturas para satisfacer todos los paladares.

Trabajaban en la primera sala más de veinte personas. Algunas elaboraban las masas. Otras las sacaban horneadas y las ponían sobre el mármol. Un pequeño grupo trabajaba glaseando y decorando.

El trabajo era frenético. Todo el mundo corría.

Dos chicas iguales, que solo se diferenciaban por el color de la cinta del pelo, se encargaban del empaquetado.

Algunos pasteles se metían en cajas de seis unidades y se distribuían por todo el país.

La segunda sala era la de los decoradores. Allí se rellenaban los bizcochos y se cubrían con fondant.

El ritmo era un poco más relajado.

Yo cerraba un equipo de cinco personas.

Al fondo del pasillo estaba la sala de los artistas.

Cada tarta era una obra de arte. Llegaban forradas de la sala anterior.

El papel que le acompañaba era tan gráfico, que no necesitaba de

mucho texto para entenderse. Sí que contaba, en la parte inferior de la hoja, con una ficha donde ponía el nombre del cumpleaños y sus colores favoritos.

Empecé en la sala de los decoradores. El trabajo era muy mecánico y aburrido. Cortar florecitas o lazos con cortadores de diferentes tamaños era lo más emocionante que realizaba.

Estaba contenta por la técnica que había aprendido para forrar las tartas. Necesitaba aprender más.

El día que tuvieron varias bajas en la sala de los artistas y pidieron voluntarios para hacer un proyecto sencillo, levanté la mano sin pensarlo.

Creo que me aceptaron al valorar mi nivel de insistencia, temiendo que me pusiera pesada y lo pidiera a cada rato.

En la sala de los artistas el nivel era impresionante. Cuando miré a mi alrededor y vi tantos trabajos de dimensiones apabullantes, me sentí aterrorizada.

Me arrepentí de haber levantado la mano tan rápida.

Algunas decoraciones estaban modeladas con chocolate plástico. No había tocado el chocolate plástico en mi vida.

Me dieron un proyecto. Corrí a mirar la nota.

Una tarta para un jugador de naipes. Cuatro plantas y una decoración muy sencilla. El precio abajo indicado era de mil doscientos dólares. Casi me caigo de la silla.

Estuve unos minutos pensando en hacer algo original. Alguien que pagara ese dinero por una tarta, esperaba al menos algo impresionante.

Tenía cinco horas por delante. Fui a los grandes armarios, cogí cortadores y herramientas de modelar y empecé.

Supongo que hice algo distinto que nadie esperaba. Le di vida a los naipes, poniéndoles un cuerpo. Con esos muñecos cree una historia alrededor del nombre del protagonista.

Cuando la terminé, el encargado de la sala de los decoradores me llamó a su despacho. Las piernas me temblaban. A mí el resultado final me gustó, pero era algo muy subjetivo.

Me ofreció quedarme a trabajar con ellos. Alabó mi trabajo por estar lleno de creatividad, los terminados eran perfectos y había jugado con los colores con mucha clase.

Podía quedarme a trabajar en la sala de los artistas con un contrato de seis meses. Me puse un poco nerviosa y le contesté que el café de Nueva York era intomable.

Las tostadas con aceite de oliva, tomate y jamón de mi tierra tiraban mucho.

Casi tanto como mi familia. No soy capaz de vivir lejos de ella. De mis domingos de paella. De la tortilla de papas de mi padre, que es la

mejor de este mundo. Sin el día a día de mi madre. Y sin el cariño de mis hermanos.

Con mi marido y mis hijos lejos, no me sentía completa. Tenía un vacío en mi interior que no conseguía aplacar.

La vida es insípida lejos de ellos.

Mis amigas se ríen cada vez que recuerdan la absurda contestación que le di al encargado. Seguro que fue la excusa más original que le han dado nunca.

Siempre que las leyes me dejan mal sabor de boca, intento compensarlo creando algo dulce.

Pasa más a menudo de lo que me gustaría. Suerte que tengo cerca personas con la que compartirlos.

CAPÍTULO 9

MARÍA
NO SE PUEDE UNA FIAR DE LAS AMIGAS

A mí las citas a ciegas me dan miedo.

Con la imaginación tan poderosa que la naturaleza me regaló, siempre soy capaz de calcular una variable de opciones donde te descuartizan, te raptan, o vas directa a un contenedor de mujeres para la trata de personas.

Las aplicaciones y los chats no son para mí.

Pero mi amiga insistió tanto, que no supe decirle que no. Me lo vendió como el candidato perfecto.

Abogado, guapo, encantador, amante de la naturaleza, con una pequeña casita en el campo, y sobre todo, buena persona.

No tenía más remedio que darle una oportunidad.

También es cierto, que la foto que me enseñó, de un chico sentado a los pies de un lago, me pareció una buena carta de presentación.

Quise darle una oportunidad al destino.

Mi amiga intercambió nuestros teléfonos y comenzamos el contacto.

Noté desde la primera palabra que nuestros códigos verbales eran muy diferentes. Y nuestros intereses también.

Tardó muy poco en describirse como un chico moreno de casi uno setenta, con los ojos verdes y cuerpo atlético.

Yo me describí como una chica inteligente, calculadora y con muy pocas ganas de tropezarme con lo superficial de la vida.

Aun así, quedamos para cenar en un chiringuito en la playa, muy cerca de mi casa. Caminando eran menos de cinco minutos.

Me puse un vestido blanco vaporoso, de tirantes finos, que resaltaba mi escote.

A esa altura de verano mi piel morena rozaba ya el marrón chocolate.

Me dejé el pelo suelto, con todos los rizos alborotados dándome un *look* informal a la vez que cuidado.

A las nueve nos veríamos en un pequeño parque frente al chiringuito.

Dos de mis vecinas fueron primero y me dieron el parte. O lo que pudieron ver, porque el chico estaba oculto detrás de un ramo.

Demasiadas risas había en torno al ramo, pero ni aun así estaba preparada para lo que me iba a encontrar.

Cuando me acerqué al banco donde estaba sentado, lo primero que percibí fue el «casi». El casi uno setenta me sorprendió, quedándose en el casi uno cincuenta.

Después de tanto defender que el contenedor no tiene nada que ver con el contenido, tenía que darle una oportunidad.

A él y al ramo de cebollas fresca que me ofreció tras los dos besos de rigor.

Eran las cebollas más grandes que había visto en mi vida. Sus tallos eran casi tan altos como su dueño. Cargar con ellas anularía mi perfume en dos segundos. Pero soy una persona agradecida. Las agarré con fuerza.

Cuánto daño han hecho los filtros de las fotos a las relaciones sociales. Que forma más absurda de crear falsas expectativas, que se rompen cuando te das de bruces con la fea realidad.

Los momentos incómodos del principio, dieron lugar a una charla todavía más difícil. Su sentido del humor rozaba lo cínico, lo que hacía que me distanciara más.

Cuando el camarero vino a tomarnos nota estuve a punto de irme con él a la cocina.

Ilusa de mí, que todavía quedaba lo peor.

En la esquina de la playa, vi a mis dos vecinas con sus respectivas familias comiendo pipas. No perdían detalle, podía verlo en sus caras risueñas.

Me cambiaron por la función de cine de verano a la que iban a asistir, pero no me sentí muy halagada.

El momento cumbre de la cita fue cuando el primer trozo de calamar me salpicó. Saltó de su boca a mi escote. Ahí decidí comerme todo el plato del tirón. Cuanto más rápido comiera, más rápido terminaría la cena. Menos me salpicaría.

Así que me comí los boquerones, los chipirones y la rosada en un asalto. Todo esto mezclado con grandes bocados de ensalada.

Ni por esa me libré de que mi escote recibiera cientos de misiles envueltos en aceite frito.

Cuando se reía, con la boca llena, además de verlo por dentro, la comida salpicaba como si tuviera vida propia.

Le pedí al camarero la cuenta, que guiñándome un ojo no me ofreció ni el postre, sabiendo de sobra que era mi parte favorita de la cena.

Cogió la cuenta, me la ofreció con mucho cariño y añadió un «voy a dejar que me invites» que me dejo cuajada.

Por no alargar más el suplicio, pagué la cuenta y me levanté. Se ofreció a dejar él la propina y dejó dos céntimos.

Dos céntimos que miré incrédula durante unos segundos de más. Esa noche estaba especialmente generoso, me dijo riendo.

Muy cordialmente, le dije que me marchaba a casa, que mi escote y yo habíamos notado que no había habido *feeling* y que adiós muy buenas.

Pensé que sería fácil.

Pues no.

Que me acompaña a casa. En su cochazo. Que no. Que por supuesto que sí. Que por supuesto que no.

Y después de unos minutos de tensión contenida y apretada en el ramo de cebollas, que estaban a punto de saltar por los aires, le dije que me iba a ir sola, y que no me lo iba a impedir.

Y eché a andar muy digna hacia la dirección contraria a mi casa, sin soltar el ramo.

Las cebollas tenían una pinta estupenda. Las cortaría y congelaría, seguro que tendría para toda la vida.

Me tropecé con mis vecinos, que salieron a mi encuentro al verme sola.

Habían disfrutado del final de la historia comiendo unos enormes helados.

Dos meses estuvo llamándome, día tras día, hasta que descubrí el botón de bloquear.

Estuve a punto de bloquear también a mi amiga, que se reía a carcajadas cuando le conté el desenlace. A mí no me hizo mucha gracia, pero tengo que reconocer que con la distancia que da el tiempo, aprendí de la experiencia.

En una cita a ciegas, por mucho que se abran los ojos, cualquier cosa puede caer disparada.

CAPÍTULO 10

SUSANA
LOS SUEÑOS QUE CRECEN DEMASIADO SALPICAN A LOS DEMAS

No es solo el camino que tú escojas lo que te hace llegar a la meta. En mi caso, aunque escogía caminos correctos, en ellos transitaban las personas equivocadas.

Fueron esos senderos llenos de piedras y las personas que las lanzaban, las que me animaron a trabajar de otra manera.

Me gusta hacer cosas con mis manos.

Lo mismo disfruto restaurando un mueble antiguo, que creando un juego de pendientes.

Siempre me había frenado mi inseguridad. Lanzarme me costaba.

Tengo la suerte de tener a alguien detrás que me empuja en todas las aventuras. Desde pequeña me ha acompañado, cuidado, seguido y controlado. Mi hermana es la persona que más quiero en este mundo.

Puedo asomarme a todos los precipicios que desee, que si algo sale mal, ella estará ahí para lo que necesite.

Esa seguridad que me da tenerla en la vida, es mi posesión más preciada.

Conseguí un puesto en un mercado artesano en una zona de alto poder adquisitivo. Y fue el escaparate perfecto para vender mis creaciones. Durante años las había vendido a amigas y familiares. Pendientes y gargantillas de Zamak. Anillos y pulseras de plata. Todos diseñados por mí. Cuidando y mimando cada pieza. Tan solo tuve que crear algunas más y exponerlas en un puesto acunado por la brisa del mar.

Andaba buscando algo más ambicioso. Algo que creara mi propia marca.

Una tarde de agosto nos bañábamos en la piscina. Mi hermana me contó que se había enamorado de un bolso que había visto. Pero que el que había visto era de tela y encaje y ella lo quería para ir a la playa.

Hice varios bocetos, basándome en sus descripciones, y cuando se los mostré, las dos supimos que teníamos un nuevo proyecto entre manos. Dar vida a esos bolsos. A unas cestas para la playa.

Comencé sola. Sin ninguna aspiración más.

Fueron mis amigas, las que venían a casa y me veían coser, las que fueron creando, sin saberlo este proyecto.

Las veía contemplar mi trabajo. Alabar los bolsos. Todas me ayudaban de alguna manera.

Marina difundía en sus redes mi trabajo. Algunas venían y me ayudaban a empaquetar.

Soñé sin buscarlo con un taller lleno de risas y piel canela. Manos que cosían futuros llenos de colores. Trabajos estables al que sí desearas día tras día volver.

Empezamos por escoger proveedoras en otros países. No fue tarea fácil.

Queríamos comprar los materiales a cooperativas de mujeres en riesgo de exclusión. En la India y Marruecos. Pasamos horas y horas buscando, pero no encontramos lo que necesitábamos.

Laura nos dio la solución. Teníamos que ponernos en contacto con ONG que trabajaran en esos países. Que tuvieran proyectos que aportar. Dos meses de correos, llamadas a horas que no existían para nosotras, para conseguir encontrar las proveedoras perfectas.

Ahora hacía falta que entendieran lo que necesitábamos. Mezclábamos tres idiomas, con el consiguiente caos. Usábamos el dibujo como última opción.

No fue todo perfecto. Los primeros bolsos nos lo fabricaron para las muñecas de mi sobrina. Y con las primeras cintas bordadas nos hicimos unas colchas preciosas. Pero poco a poco conseguimos encontrar un equilibrio y crear las primeras creaciones.

Cuando colocaba mis bolsos en el puesto del mercadillo y las personas que pasaban me decían lo bonitos que eran, un cosquilleo en el estómago me llenaba de sensaciones extrañas.

La señora mayor que se llevaba uno para cada una de sus nueras. La madrina que escogía el bolso más coqueto para su ahijada. La señora que amaba lo exclusivo y compraba todos los que le cabía en la maleta de vuelta a casa. Todas me hacían sentir afortunada.

Pasaba horas en mi pequeño taller improvisado en la casa de Marina.

Siempre había tenido una habitación para mí en su casa. Me mude definitivamente.

El cuarto de invitados pasó a ser mi taller.

Todo iba en una progresión ascendente espectacular.

Hasta el día que nos cerraron la vida. Y nos encerraron a todos en ella. Jamás hubiésemos imaginado que se acabarían los sábados. Cerraron el mercadillo.

No podía dormir por las noches. Me había gastado los ahorros, los míos y los de mi hermana. Eso era un peso que me hacía llorar sin consuelo.

Tuvimos que reinventarnos. Si no podíamos ir al mercadillo, abriríamos una ventana en Internet.

No tenía ni idea de cómo hacer una página web. Pero el diseño gráfico siempre me ha apasionado y soy bastante avispada.

No me quedó tutorial por ver. Ni error por cometer. Tres veces la empecé y tres veces que no funcionó.

Lo conseguí con la ayuda de Pili. Lo que yo había tardado días en entender, ella me lo concretó en minutos.

En mi página web ya podría colgar mis creaciones.

Otra cosa era hacerle las fotos a las creaciones. No se podía salir a la calle, así que nos tuvimos que conformar con hacer fotos en el jardín delantero de la urbanización. Para que una foto saliera bien, necesitábamos hacer mil quinientos. Y no es una exageración.

Echaba de menos a Javi, mi amigo y fotógrafo. Y aunque intentaba poner en práctica todo lo aprendido en los viajes juntos, se quedaba en eso, en el intento.

Mi hermana, que siempre ha escrito muy bien, me ayudaba a promocionar las cestas en las redes sociales.

No podíamos creer el cariño con el que nos trataban nuestros clientes. La de historias que compartían con nosotras.

Maridos que regalaban cestas a sus mujeres con la inseguridad que da no saber si uno va a acertar. Nos mandaban fotos de diferentes outfis de sus mujeres y le ayudábamos a escoger el más adecuado.

Hijos que querían sorprender a sus madres. Amigas que en los peores momentos enviaban un bolso para arrancar una sonrisa.

Participar de todo eso era la mejor recompensa a mi trabajo.

Una mañana estaba haciendo unas fotos sobre un macetero en la puerta de la casa. Un señor mayor, extranjero, que pasaba cada mañana, se acercó a ver lo que estaba haciendo. Miró el bolso y sin despedirse se marchó subiendo la calle con esfuerzo.

Al rato llegó con su mujer. Esta venía apoyada en un andador y tenía más dificultad que él.

Me costó un rato entender que quería comprar un bolso a su mujer. Llevaban sesenta años casados. Y todos los meses de esos sesenta años, cuando el cobraba, tenía un pequeño detalle con ella. Al principio fueron unos dulces o galletas. Y cuando su poder adquisitivo fue creciendo también lo hizo el precio de los regalos. Era la primera vez en su vida que el regalo había faltado. Al estar enfermo, no podía ir a comprar nada.

Saqué todos los bolsos y se los mostré. Ella escogió el más juvenil. Entré dentro de casa y cogí un colgante. Lo envolví y se lo metí dentro del bolso.

Ya tendría el regalo del mes siguiente.

Mamasu es un sueño.

Un sueño que rebosa. Necesitaba compartirlo a partes iguales.

segunda PARTE
susana

CAPÍTULO 11

SUSANA

La chica nos ha sentado en un gran círculo y ha pedido alguna voluntaria para leer lo que habíamos escrito. Todas tenemos nuestros textos en la mano.

Mi hermana Marina ha cambiado la expresión de su rostro. La noticia de tener que leer en voz alta lo que había escrito la ha angustiado.

Sospecho lo que ha escrito, por la incomodidad que puedo observar, implica a otra persona de esta sala.

Cuando comenzamos y la chica nos puso el ejercicio, en ningún momento dijo que había que leerlo en voz alta.

Teníamos dos horas para escribir en un papel un hecho importante de nuestras vidas. Una anécdota, o un momento crucial. Podíamos escribir sobre lo que nos apeteciera.

No nos había dicho que tendríamos que compartirlo.

Claro que de eso se trata. Supongo que es una parte importante de este proceso.

Todas están mirando su papel. Calculando el impacto que va a tener en las demás lo que han escrito.

Estoy segura de que sus vidas se entrecruzarán en esas historias. La mayoría nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Soy la culpable de que todas estén aquí. La responsable que estén sentadas en círculo, mirándonos las unas a las otras.

Estoy nerviosa. Pero segura de que no me voy a arrepentir.

Voy a disfrutar de cada relato. Empiezo a relajarme y las escucho. Segura que voy a reír y emocionarme a partes iguales.

CAPÍTULO 12

CRISTINA

Ellas también están nerviosas. Es algo tan nuevo para ellas como para mí.

Las diez nos vemos las caras perfectamente.

Algunas han cogido los cojines del sofá, para que las duras sillas sean más cómodas.

La chica camina entre nosotras, sin dejar de mirarnos.

Ha pedido una voluntaria para leer lo que habíamos escrito.

Marina, mi hermana, ha palidecido. La tengo justo enfrente. Puedo ver perfectamente que ha cogido unos vaqueros de mi armario. Aunque su jersey es largo y le tapa gran parte, los he reconocido.

Se mueve incomoda en su silla.

Lo que cuenta en el papel, es algo comprometido de alguna de las presentes y eso la pone muy nerviosa. Siento angustia por ella.

La mujer se gira y nos mira.

Está en el centro, de pie, hablando de forma pausada. Nos ruega que comencemos. Lo hace de forma dulce, mirándonos directamente a los ojos.

Mi prima Cristina ha levantado la mano la primera. Lo hace de forma enérgica, casi riendo.

Ella es siempre la alegría de todas las reuniones. No hay nadie que no adore a Cristina.

Tiene esa mezcla de ingenuidad y picaresca que nos hace sentir cómodas, reír a carcajadas y disfrutar de su presencia.

Es una mujer luchadora. No se rinde. Es capaz de recorrer el mundo para alcanzar su sueño. Por el camino nos arrastra, nos divierte, nos hace cómplices de sus aventuras.

Las nueve que estamos sentadas, junto a ella, sabemos lo que ha escrito en su papel. Ninguna tiene ninguna duda.

No hay reunión o fiesta donde no salga de nuevo la historia de la pistola de balines. Lo cuenta con tanta gracia, que aunque te la conozcas de memoria, no puedes parar de reír.

Su manera de narrar, salpicando la escena de dramatizaciones y efectos especiales, nos embelesa.

Hace que nadie, por un rato, sea capaz de mirar la pantalla del

móvil.

Cristina es una mujer culta. Su pasión por la lectura le ha dado los conocimientos que consiguen dejarnos siempre con la boca abierta.

Estudió danza contemporánea, lo que unido al arte que tiene en cada poro de su piel, la convierten en todo un espectáculo.

Por si misma.

Con sus manos, su voz y el movimiento de su cuerpo, te sumerge al instante en su cultura, en su mundo.

Viajas con ella por la musicalidad de la "duquela"[1]. Respiras cada "quejío".

---

[1] Sinónimo de fatiga del artista mientras canta.

No puedes dejar de mirarla cuando su sentir se hace tuyo, y el espacio que te separa de ella se vuelve inexistente.

Te fundes en su emoción, sintiendo como tuya la letra de sus canciones.

Nunca sintió mucha simpatía por el uniforme verde de la guardia civil. Y el episodio que estaba leyendo, no contribuyó a la causa.

Si encontraba en la carretera algún control o algún servicio motorizado, se tensaba.

Mi padre, hace algunos años en una comida de cumpleaños, vaticinó que al final acabaría casada con un guardia civil.

Ella lo vivió como una maldición que le caería del destino.

Conoció a Samuel en uno de sus espectáculos.

El pobre se gastó el sueldo de varios meses seguidos en entradas diarias para ver a esa bailaora que en cada movimiento le sacudía el alma.

Hasta que un día se le acercó y con cara de pena, le rogó que cenara con él. Si no lo hacía, seguiría viniendo a verla cada día y no tendría dinero para comer el resto del mes.

Las entradas de agosto eran las más caras.

Ella aceptó excusándose en la buena obra, pero lo cierto era que ese hombre de ojos verdes ocupaba más pensamientos de los que quería admitir.

Estaban cenando cuando Cristina descubrió a qué se dedicaba.

Le acababan de servir la pizza cuando se enteró que el color de sus ojos hacían juego con su uniforme.

Lo miró fijamente, le dijo que era la maldición de su tío. Se levantó y se fue, dejándolo con la palabra en la boca y la cena en la mesa.

Pero el chico la siguió y la cogió del brazo.

Nunca más la soltó.

Se tuvo que agarrar con fuerza, porque ella hizo todo lo posible por deshacerse de él.

Cristina lo cuenta como una anécdota más de su vida, una que se amontona en el repertorio de momentos divertidos para las noches de reuniones tardías.

Cristina ha luchado siempre por la posibilidad de vivir zapateando en el mundo de la música.

En su búsqueda incansable de hacer lo que le gusta, ha recorrido los tablaos flamencos de medio mundo.

Canta, baila y toca la guitarra rozando la perfección.

Pero su padrino es un simple fontanero al que solo conocían en su barrio. No pudo abrirle ninguna puerta que la sacara de ser una más y la convirtiera en una estrella.

Eso sí, hizo que la ceremonia de su bautismo fuera inolvidable.

En el momento que el cura le dio la vela al humilde padrino, y le dijo dirigiéndose a él: "Francisco, practicante..." el buen hombre lo interrumpió, frenando al sacerdote en seco. Que no, que él no era practicante. Él era fontanero.

La iglesia entera estalló en risas. No entendiendo porqué el público se reía tanto, se volvió a hacia él, intentando encontrar la respuesta a tanta risa por su oficio.

En el segundo intento el párroco sí que pudo decir "practicante de la religión cristiana" sin ahogarse en su propia risa.

Cierto es que algunos afirmaron que se escuchó murmurar que practicar, lo practicaba poco. Pero solo son habladurías.

Hace unos años Cristina se fue a China.

Un contrato sustancioso en una universidad le animó.

Su estancia en China fue complicada. Su nivel de inglés le permitía mantenerse a flote, pero era inevitable que de vez en cuando se hundiera en algún lío.

Los horarios, la diferente cultura y un carácter distante la desesperaban. Lo único que le daba vida eran los ratos que pasaba contándonos las travesuras que se permitía, con la defensa inagotable de "no me entero de ná".

Una madrugada que regresaba a casa, en la entrada del metro, un hombre se le acercó y le pidió algo. Ella no alcanzaba a entenderlo. Cuanto más gritaba el hombre, más subía el volumen ella. Hasta que un chico latino que pasaba por ahí, vio la escena, la liberó empujando al agresor, que ya estaba demasiado cerca. Se la llevó agarrándola suavemente del brazo.

Habían intentado robarle. Pero ella no se había dado ni cuenta.

A las dos semanas de esto, su hermano se fue a China con ella. Lo dejó todo para acompañarla en la aventura.

Era mejor ir con ella, que ir a por ella tras una tragedia. Al ver el viaje tan evidente, aprovechó una oferta laboral irresistible. Las clases de Cristina eran muy numerosas y necesitaba un ayudante.

Cuando mi primo Raúl llegó, de cincuenta alumnas que tenía Cristina pasaron a tener ciento veinte. Las alumnas no se movían. Se quedaban como muñecas de porcelana viendo a ese morenazo de metro noventa moverse al ritmo de la música flamenca.

Se quedaron un año.

Hasta que, el amor con tintes genéticos que sufrimos en mi familia por el jamón serrano de pata negra, los hizo llorar de añoranza. Estaban hartos de arroz y echaban demasiado de menos a la familia.

Habían ahorrado lo suficiente para vivir aquí una temporada.

Como causa de ese viaje, los restaurantes chinos no son una opción en nuestras cenas familiares.

Ninguno de los dos ha vuelto a comer un rollito de primavera.

Toda la familia agradece que Italia no haya reclamado nunca el arte de mis primos. Nos encanta la pasta y hubiese sido una pena que los restaurantes italianos también estuvieran vetados.

Sí que vivieron otro año en Alemania.

Una empresa de espectáculos los contrató justo cuando sus ahorros habían menguado y empezaban a jugar al escondite.

El trabajo consistía en un espectáculo flamenco en un parque de atracciones. Los dos primeros meses la empresa los instaló en un hotel de cinco estrellas.

No vieron mucho de Alemania, el bufet desayuno del hotel los tenía abducidos.

El clima era cruel para dos espíritus acostumbrados al sol y su calor todo el año. El frío paralizaba cualquier atisbo aventurero.

Cristina comenzaba el desayuno a las siete de la mañana y terminaba a las diez, cuando lo cerraban y los camareros la obligaban a marcharse.

Pasaba por los tres kioscos donde los chef cocinaban al instante la comida fresca. El de los huevos revueltos, el de los crepes y el de los fritos.

La vida les dio uno de los dones que yo más envidio, comer sin engordar.

En los meses que pasaron en el hotel, ella fue feliz. Una mañana nos mandó una foto de su bandeja. Tenía diez clases de panes diferentes y la firme intención de comérselos todos, además de lo dulce, que siempre iban al final, de postre.

Lo único que tenían pagado era el desayuno, pero no necesitaban más. Entraban en modo camello y la ingesta tan exagerada que engullían en las largas mañanas les duraba todo el día. Un par de manzanas, un plátano y algún zumo que se metía en el bolso sin disimulo eran el resto de la comida del día.

Cuando los mudaron a un gris apartamento de alquiler la cosa cambió.

Alemania perdió el encanto.

La nieve que caía tan a menudo, dejó de parecer divertida a Cristina a la segunda bola que su hermano le estrelló en la cara.

El carácter alemán, que percibían seco y de semblante serio, no era compatible con el suyo.

Sobrevivieron apuntándose a reuniones de compatriotas, donde celebraban paella los domingos y acogían a los hermanos como agua de mayo.

Disfrutar del flamenco fuera de su tierra era una bendición. Los mimaron hasta la saciedad. Eran la alegría de la semana. El momento donde se tocaba con la punta de los dedos la lejana patria.

Les fascinaba la sociedad alemana, tan honrada, sin necesidad de control policial, en cosas cotidianas. Admiraban las máquinas de periódicos, y como los compradores, sin que nadie se lo exigiera soltaban la moneda y se llevaban un ejemplar. Estaban seguros que en su barrio a los cinco minutos no quedarían ni monedas, ni periódico ni máquina.

Cada vez que veía una bicicleta en la calle, sin candando, no podía dejar de asombrarse.

Los campos de flores y fresas, escondidos entre los bloques de viviendas, eran un misterio para ella. Cuando veía a la gente cortar el fruto, pesarlo y dejar las monedas exactas, con una honradez natural, no alcanzaba a entender cómo era posible. Intentaba sin éxito analizar la educación tan curiosa que obraba tal milagro.

Al año regresaron con la piel pálida y el semblante serio. No volvieron a comer ni una sola salchicha más.

No hacía mucho tiempo que los dos me habían comentado las ganas de dejar la noche y con ella el mundo de la farándula.

En el último espectáculo, en un tablao al lado del mar, un extranjero borracho se había subido al escenario donde ella bailaba, le había agarrado los pechos con las dos manos haciéndola caer de espalda.

No le dio tiempo a reaccionar cuando su hermano, con las dos manos también, le dio una manta de palos que llevó directo al hospital a uno y a comisaria al otro.

Estaban cansados de ese tipo de espectáculos que le permitían malvivir.

Personas que en muchas ocasiones solo veían el vuelo de sus volantes al ritmo de la música, pero que no sabían valorar el arte que corría por sus venas.

La miré leyendo la historia de la pistola y no puede más que sonreír. No me cansaba de oírla. Cristina y yo habíamos compartido toda la vida juntas.

Nuestros lazos de sangre no fueron más que una excusa para ser

amigas.

Tenerla allí además de darme tranquilidad, me daba la seguridad que las risas no faltarían.

Podía comunicarme con ella sin palabras. En esa camaradería del roce de los años, nos había convertido en cercanas, en refugios para los malos momentos.

Y nos emborrachamos de los buenos, de los instantes auténticos. Hasta caer exhaustas de tanto reír.

CAPÍTULO 13

beatriz

Esperábamos ansiosas que Bea leyera su escrito. Junto a Cristina es la que tiene el sentido del humor más espléndido.

Con ella es imposible ponerse sería, ni en los momentos más difíciles.

La primera vez que la vi llevaba unos vaqueros que no tenían un trozo sin romper. Una camiseta negra, con un dibujo macabro que no podías mirar sin sentir un escalofrío, era el resto de su atuendo.

Bea llevaba una pequeña maleta en su mano, diecisiete años y una vida por empezar.

Marina le había encontrado una habitación en un pequeño piso de estudiantes.

Las esperé en el coche mientras subían a su nuevo hogar. Cuando Marina salió del portal, suspiró de alivio.

Ahora es la que mayor poder adquisitivo tiene, gracias al cuantioso premio que le tocó a su ex marido y del que obtuvo más de la mitad gracias a la labor de Laura.

Fue un juicio corto, con un resultado favorable. Lo dejó sin nada.

Cuando se enteró de que su ex tenía una doble vida, abonada por más de tres millones de euros que le permitió compartir su tiempo entre dos mujeres, no derramó ni una lágrima.

Se limitó a gastar dinero de forma controlada. Disfrutando en cada compra, del sabor de la venganza.

Los orígenes de Beatriz, como el de casi todas, era muy humilde. Apenas hablaba con su madre y su padre. Solo los visitaba cuando estaban enfermos, cumpleaños y Navidades.

Había contratado a un chico para que ayudara a su madre en el mercadillo. El negocio no generaba para esos gastos. Era su forma de ayudarles.

Tenía un odio declarado a nivel mundial hacía su hermano. Todas en algún momento de nuestra vida habíamos coincidido con él.

A simple vista era un chico majo, pero era imposible ser imparcial. Estábamos condicionadas por ese repudio que emanaba cada vez que el nombre de su hermano salía a coalición.

Al separarse y gastarse un buen pellizco, Bea se aburrió. Así que en

un café en la plaza donde nos reuníamos de vez en cuando, nos comunicó que iba a poner un negocio.

Dos eran los campos que manejaba a la perfección: la venta ambulante y la limpieza. De la primera había quedado más que harta, al practicarla desde niña. La segunda le parecía una oportunidad de negocio. Todo se ensuciaba una y otra vez. El trabajo nunca faltaría.

Necesitaba dos chicas y les pidió ayuda a Carmen y Verónica que la siguieron con los ojos cerrados.

Empezaron trabajando en locales y domicilios particulares. Luego hicieron contactos que les abrieron las puertas de comercios y gimnasios. Todo funcionaba bien hasta que Beatriz tuvo un terrible enfrentamiento con Carmen.

Las dos tenían que limpiar un chalet en una lujosa urbanización de la costa, pero una complicación en otro lugar, hizo que Carmen tuviese que hacerlo sola. Se suponía que la recogerían cinco horas después.

A las seis horas, sin batería, sin teléfono en la casa que pudiera utilizar y sin forma de salir de allí, porque no conocía el código de la puerta, se resignó.

Si Bea no la recogía, tendría que pasar la noche en aquella mansión.

Cuando por la mañana regresaron los dueños de la casa y la vieron durmiendo en el sofá, con una manta y un bol de palomitas volcado en el suelo, montaron en cólera.

La cosa empeoró cuando comprobaron todo lo que faltaba en la nevera. Llamaron a Bea algo más que enojados.

En la versión de Carmen, Bea había quedado en recogerla a las nueve. En la versión de Bea, ella tenía que avisar a Verónica para que la recogiera.

Esta descoordinación, que solo había sido un malentendido acabó con una relación laboral de tres personas.

La discusión nos salpicó a todas las demás, y aunque no quisimos posicionarnos, la tensión en las celebraciones se percibía sin la necesidad de estar atentas.

El tiempo ha ido poniendo capas y capas de olvido.

Ahora su relación es buena. Son capaces de mantener una conversación y compartir unas risas.

Cuando Bea termina de leer su texto, nos mantenemos en silencio.

A todas nos afectó mucho la historia con su ex marido. El que estuviese engañada tanto tiempo, nos pareció una cruel experiencia.

Sabemos que su vida no ha sido fácil. Una niña triste. Que vivió desde muy pequeña ayudando en el negocio familiar. Y que estuvo en la cuerda floja jugando en terrenos muy pantanosos.

Cuando estás acostumbrada a vivir con estrecheces y te presentan en bandeja una oportunidad de dejar de hacerlo, coger de esa mano es

bien fácil. Miras a tu alrededor y ves que todo el mundo lo hace. No ves las consecuencias, y el atractivo aumenta.

Una tarde de frío y manta nos contó cuál fue el desencadenante que la expulsó tan rápido del barrio.

De un día para otro cogió sus bártulos y se mudó a nuestro pueblo.

Todas habíamos escuchado muchas versiones diferentes sobre lo que ocurrió aquella tarde.

La historia fue de boca en boca, creciendo de manera asombrosa en cada casa que paraba a merendar o cenar.

Le ofrecieron guardar una gran cantidad de cocaína. Lo que cobraría por guárdala en su casa un solo día hubiese levantado toda la sospecha de cualquier persona que tuviera un poco de experiencia. Si la cantidad era alta y el tiempo era corto, algún secreto traía oculto. Su inocencia la presentó como la víctima perfecta a los ojos de los narcos de poca monta que operaban por el barrio.

Aceptó, anticipando que con un buen pellizco, podría salir del barrio y comenzar nueva vida.

Era agosto, ocho de la tarde.

El chico que le trajo la droga llegó en la parte trasera de una moto y no se quitó el casco. Debió sentir pánico al ver aquel paquete tan grande y en vez de esconderlo en sus escondites habituales, lo dejó en el patio, lo metió dentro de una bolsa de basura perfumada y la anudó fuerte. Repitió la operación diez veces.

Sobre las nueve de la noche escuchó un ruido fuera, extraño, que la alarmó. Corrió al patio, y tiró la bolsa detrás del muro que compartía con su vecina. La bolsa fue a parar dentro del cubo de la basura de la señora mayor que vivía en la casa de al lado.

Fue una fracción de segundo.

Se vio rodeada de policías que le mostraron una hoja de registro.

Recordaba cómo había quedado la casa con lágrimas en los ojos. Tiraron todos los cajones, sacaron toda la ropa, volcaron todos los utensilios de la cocina.

Ella los miraba con el cuerpo temblando.

No encontraron nada. Estuvieron mirando en el patio. Una policía se asomó a la casa de la vecina. Sabía que podían saltar el muro sin dificultad.

Un segundo la había separado de pasarse unos cuantos años en la cárcel.

Antes de marcharse la mujer policía, se quedó a solas con ella.

La miró a los ojos y le confesó que sabía que era la primera vez que lo hacía. Que tuviera cuidado.

Había sido un chivatazo. Un señuelo. Mientras la policía miraba palmo a palmo la casa, otra cantidad quizás cien veces mayor se movía en otra parte de la ciudad.

En cuanto salió la policía llamó a su contacto, con el arrojo que le dio ver la condena de cerca. Le puso las cosas muy claras.

La droga no estaba en su casa. Si querían volver a verla, tenían que traerle el dinero prometido.

Se lo pagaron y Bea salió del barrio. Se llevó toda su vida en una maleta. Una vida que siempre había estado marcada por el dolor y las pocas fuerzas para luchar contra él.

Se casó joven y volvió a equivocarse de nuevo. Esta vez en el amor.

Como ella misma decía, las equivocaciones de su vida la habían llevado a tener dinero y libertad.

CAPÍTULO 14

VERÓNICA

Cuando Verónica levantó el papel para leer, todas contuvimos el aliento.

Temíamos que hubiese escogido un episodio de su vida que ninguna de las presentes olvidaríamos. Una historia tan terrible que le cambió la vida, a ella y a toda su familia. Una pesadilla que no la dejaba dormir por las noches.

Verónica vivía en la puerta de al lado de nuestra primera casa. Nos hicimos inseparables desde que comenzamos a gatear. El resto del mundo no tenía claro de esas cuatro niñas con el mismo color de piel, quien era hermana de quién. Su hermana Carmen y mi hermana Marina compartían el mismo color de ojos. Las dos tenían un extraño color verde que se oscurecía y aclaraba según las horas del sol. Cuando nos mudamos de casa, no perdimos el contacto. Mi padre, que valoraba la amistad como parte de la familia, hizo grandes esfuerzos para mantenernos unidas. Se convirtió en nuestro chófer particular, consiguiendo que en la adolescencia frecuentáramos las mismas fiestas.

Cuando nos dimos cuenta que había optado por algo divertido suspiramos aliviada.

Sus padres se separaron cuando su hermana Carmen tenía dos meses.

Su madre se había vuelto a casar con un hombre de nacionalidad colombiana. Tuvo un hijo con él. Vero y él se llevaban catorce años.

Todos en el barrio sabíamos a que se dedicaba su padrastro.

Sus largas ausencias, sus vueltas con la alegría exuberante de poder gastar a destajo. Los lujos que se exponían en la plaza para ser disfrutados ante la mirada atenta de todos los vecinos.

Ella se mantenía al margen. Su relación con ese hombre nunca fue buena. Pero la convivencia no era difícil. El carácter alegre de su madre conseguía que su familia hecha de trozos fuera, a ratos, una familia normal.

Los cuidados y cariño de una mujer acostumbrada a vivir para su familia, cubrían los recelos por aquel desconocido del que no recibía más que una mirada fría y distante.

Una mañana de invierno detuvieron a su padrastro en una carretera portuguesa. Llevaba una gran cantidad de droga.

Verónica vio a su madre palidecer cuando colgó el teléfono.

Se secó las manos en el delantal lentamente, mientras se sentaba maldiciendo en voz baja. No dejaba de mirar el suelo. Susurrando mientras comenzaba a llorar en voz muy baja.

Esa misma noche, mientras dormían, cinco hombres a cabeza descubierta derribaron su puerta a patadas.

Armados con cinco palos, patas viejas de una mesa de madera, le dieron una paliza a su madre. Estaba acostada, y no pudo oponer resistencia.

Los tres hijos estaban delante.

Verónica recibió golpes en la espalda al intentar proteger a su madre. Su hermana Carmen consiguió meter a su hermano pequeño debajo de la cama. No le cabía la pena dentro mientras tapaba su pequeña boca que lloraba sin parar.

No dejaron ni un solo centímetro del cuerpo de la mujer sin golpear, sin machacar con fuerza. No le quedó ni un solo diente en la boca. Los ojos ensangrentados parecían que nunca más podrían volverse abrirse. No se quejó. No gritó. Tan solo pedía murmurando que no tocaran a los niños.

La golpearon sin piedad, en silencio. La fuerza de la madera iba magullando cada músculo, rompiendo cada hueso. Golpearon todo el cuerpo con una ira sobrecogedora.

Cuatro de ellos no dejaron de pegarle mientras uno agarraba a Verónica.

De vez en cuando uno descansaba para coger fuerza. Verónica lo miraba gritando espantada. Los gritos alertaron a los vecinos que comenzaron a encender luces y llamar a la policía. No llegaron a tiempo.

Quince fracturas en diferentes partes del cuerpo. Costillas, brazos y piernas. Estaba tan cubierta de sangre e hinchada, que apenas se diferenciaban las extremidades. Dejaron de golpearla cuando perdió la conciencia.

Verónica y sus hermanos, vivieron los minutos más largos de su vida. Los que se repetían una y otra vez en su pesadilla.

Identificó a los cinco atacantes. Eran miembros de una misma familia. Fue fácil hacerlo. Uno de ellos era padre del chico con el que salía. No pudo denunciarlos. Su madre no se lo permitió. El miedo que habían sembrado en ella no la dejaría respirar con tranquilidad el resto de su vida.

Solo tenía dieciocho años cuando ocurrió aquello.

El pequeño se vino a vivir con nosotros. Mi padre tomó esa decisión cuando se enteró de lo ocurrido.

Sin decirme nada, me pidió que me subiera al coche. Aparcamos en nuestro antiguo barrio y pegamos en la puerta de Verónica.

La mirada triste de mi amiga se me clavó en el alma. Su abrazo cálido y sus lágrimas silenciosas se fundieron en mi persona. La pena unida al cariño que le tenía, la acercaron hasta una dimensión desconocida. Su sufrimiento se caló por cada poro de mi piel. Consiguiendo que su dolor fuera el mío.

Su madre seguía en el hospital.

Mi padre le pidió que guardara ropa del pequeño. No hizo falta más. Ella entendió y agradecida preparó una pequeña maleta con sus cosas. Añadió unas bolsas con juguetes.

Mi padre invitó a las dos hermanas a venir con nosotras. Declinaron la invitación agradecidas. Se marcharían esa misma tarde con su padre. Allí estarían más seguras.

Cuando su madre saliera del hospital viajaría lejos, a casa de un familiar.

El mensaje había sido expresado con el código de mayor dureza del mundo. Pero había quedado claro, el padrastro no abriría la boca.

La relación de Verónica con su novio, en vez de romperse, se estiró como un elástico. Cuanto más tiraban para alejarse, más se acercaban después. Estaban enamorados. Los errores de los padres no separaron a los hijos.

El odio que sentía por su suegro, era profundo, áspero y fangoso. En las pocas ocasiones que se tropezó con él, sintió un asco intenso de hiel abierta, que brotaba del sentimiento más oscuro.

Nunca soportaría estar en la misma habitación que él. Nunca dejaría de sentir aversión por ese hombre. Su repulsión y su inquina no se desvanecerían.

Después de un año de noviazgo a escondidas, con el desespero de tener a las familias encontradas, Verónica se quedó embarazada de gemelos.

El día del parto Verónica negó a la familia del padre su participación. No quería a nadie en el hospital. Su madre iba a disfrutar tranquila de los primeros momentos de sus nietos.

Su suegra, que sintió mucho lo ocurrido, entendió perfectamente la actitud de la primeriza madre. La respetó siempre. En ese respeto encontró Verónica una cara amable al otro lado. Inventó un momento donde las dos abuelas se encontraron. Donde descubrieron que las dos eran víctimas de los hombres que habían escogido. Se confesaron cercanas, reconociendo en la otra la desgracia que palpitaba en sus vidas.

Los rezos continuos para que los genes de su abuelo no pasaran a la sangre de sus hijos hicieron efecto y sus hijos crecieron con valores y buenos sentimientos.

Ella nunca volverá a dirigirle la palabra al hombre que sin piedad una noche golpeó su vida. Rompiéndole a sus hermanos la inocencia en mil pedazos. Convirtiendo su vida en un miedo continuo por cualquier situación atípica.

Permite que vea a sus nietos. Solo puso una condición. Sus hijos nunca entrarían a formar parte de los trapicheos sucios de la familia. Y nunca aceptaría regalos caros. Si una de esas condiciones se rompía cogería a sus hijos y se los llevaría a Australia. Buscó en un mapa un sitio lejos, donde nadie la encontrara. Y Australia le parecía perfecto.

El matrimonio se mantuvo en el tiempo, por la paciencia y el aguante que nuestra amiga demostró tener.

Hacía pocos meses que se había separado. Se cansó de las infidelidades de su marido, y mucho más de que presumiera de ellas en las redes sociales.

Era una mujer joven y muy atractiva. Con un melena negra que le rozaba la cintura. Tenía la piel oscura de su madre, y los ojos negros de su padre. Por primera vez navegaba sola y estar sentada allí, leyendo lo que había escrito, era el primer puerto donde atracaba con éxito.

Sus hijos eran el centro de su vida. Después de la separación con el padre las reglas cambiaron. Los regalos caros eran la causa de la mayoría de los conflictos. Los había mantenido al margen de la vida de sus hijos, el tiempo que habían estado casados. Después solo fue la forma de comprar a unos adolescentes que se dejaban querer.

En estos meses solo tuvo una cita. Una relación con un hombre mayor que ella. Relación que duró justo lo que tardo su ex marido en enterarse.

Se presentó en el restaurante donde cenaban y el espectáculo fue lamentable. Gritó, pataleó y lloró hasta que un guardia de seguridad intentó calmarlo. Los refuerzos llegaron cuando ella estaba en el baño, con un ataque de ansiedad.

Cumplió su objetivo, la cena y la relación acabaron esa noche, cuando él se presentó.

Estaba tan cansada para luchar que prefirió respirar, tomar aire y tiempo, hasta que una pobre chica lo creyera, se enamorara de él y consiguiera que se alejara de ella.

Todas seguimos teniendo contacto con ella los años que estuvo casada. Guardando las distancias. No íbamos a celebraciones en su casa. Ni a los cumpleaños de sus niños.

Nosotras estábamos pendientes de sus necesidades. Y ella se había escapado siempre que podía para compartir con nosotros celebraciones y cafés que se alargaban en la sobremesa.

Ahora, separada y viviendo en nuestro mismo pueblo, la realidad había cambiado. Era una casa más donde reunirnos.

Mamasu le cayó del cielo. Tenía un proyecto nuevo, una ilusión que brillaba en su opaca y gris existencia.

Me encanta verla llegar por la mañana. Con los zapatos a juego con su bolso. Ansiosa por descubrir qué la tendrá ocupada todo el día.

Nunca la vi tan llena de vida.

Cuando nuestros ojos se encuentran, lo hace nuestro presente. Y disfrutamos de la suerte de vivirlo juntas.

CAPÍTULO 15

marina

Mi hermana Marina hubiese levantado la mano la primera si la protagonista de su historia no hubiese estado en la misma sala.

Necesitó varios relatos para darse cuenta que no había escrito nombre alguno, nadie iba a saber quién era la protagonista de su relato. Y calculó que le iría bien a la protagonista, por el cariño que había volcado en sus palabras. Mientras predecía las consecuencias, yo podía leer el nerviosismo en su cuerpo.

Marina trabajaba en un colegio en una zona marginal. En una isla dentro de un mundo de drogas, violencia y familias desestructuradas.

Tenía una imagen de la educación propia. Para ella la escuela no era educar a niños y niñas. Era mucho más. Ayudar a los padres, guiarles y motivarles era casi más importante en el proceso enseñanza-aprendizaje.

Uno de sus objetivos principales era la asistencia a clase. La mayoría de los alumnos del colegio no terminaban la secundaria.

Además del colegio, en verano mi hermana contaba cuentos en una biblioteca del centro de la ciudad. Realizaba talleres de animación a la lectura para un grupo de edad variado.

Frente a la biblioteca se encontraba el Centro de Ayuda al Refugiado. La coordinación entre ambas instituciones conseguía que los talleres de verano fueran un jarro de agua fresca para niños que llegaban de realidades muy complicadas. Niños que venían de países en guerra o huyendo de realidades muy duras.

Las actividades de la biblioteca, lúdicas y gratuitas, eran muy demandadas.

Un verano llegaron, con el taller ya en pleno funcionamiento, tres hermanos de corta edad acompañados de su hermano mayor, un adolescente muy tímido. En su voz temblorosa e insegura se notaba que suponía para él un esfuerzo obtener la información para la inscripción.

Marina vio cómo en administración le decían que no habían plazas libres. Mi hermana se llevó la tristeza de esos cuatro niños a casa.

A la mañana siguiente se levantó temprano y antes de empezar en la biblioteca fue a preguntar por ellos al centro de refugiados.

La directora, con la que ya compartía algo más que expedientes, le contó que habían perdido a su madre hace unos días. La habían asesinado delante de ellos y habían tenido que salir del país para salvar sus vidas.

No se lo pensó dos veces y habló con la directora de la Biblioteca. Bajó tres sillas más y puso una mesa grande. Fue a buscar a esos niños y comenzó una historia sin calcular el peso que tendría en nuestras vidas.

Los sábados por la tarde nos turnábamos Marina y yo para llevar a los niños al cine. Nos acompañaba un monitor del centro de refugiados.

Aquella tarde me tocaba a mí, Marina tenía un cumpleaños. Cuando fui a por los niños, no me dejaron recoger a ninguno de los cinco que esperábamos. Todo el mundo estaba muy alborotado y nos pidieron que nos marcháramos. La madre de una de las niñas que nos iban a acompañar esta tarde nos contó la tragedia.

El padre de los cuatro niños recién llegados, había asesinado a su novia, cortándole el cuello con un cuchillo. Su cadáver apareció tirado en la misma calle.

Los niños quedaron desamparados. Acogidos por la Junta de Andalucía. Los tres pequeños fueron juntos a un centro. El mayor acabó en otro distinto. Los dividieron por edades.

El mayor, era el que nos preocupaba más. Separado de cuajo de su entorno, de su familia y de sus hermanos, no era capaz de reaccionar.

Estaba en un país extraño, con la pérdida reciente de su madre, el golpetazo que le había dado su padre y con un horario de visita, implantado con dureza, para ver a sus hermanos.

Una noche nos escribió un mensaje desde la litera donde dormía. El compañero de arriba, con otra historia también desgarradora, se había orinado encima y las gotas de orín cayéndole lo habían despertado. Al grito desesperado de «sáquenme de aquí» Marina lo acogió en su casa, donde vivió tres años.

Los hermanos fueron acogidos, a su vez, por familiares y amigos nuestros, que posibilitaron que pudieran tener una comunicación frecuente.

Me gustaría poder contar que siguen en nuestras vidas, con el final feliz de una película de sobremesa. A pesar de que Marina lo trató como a un hermano y siempre compartió con él todo cuando tenía, él no hizo lo mismo.

Los problemas llegaron cuando el joven empezó a trabajar.

Una noche de un frío enero, el novio de Marina trajo unas pizzas para cenar. Con las prisas olvidó comprar los refrescos. Cenaron con agua.

A la mañana siguiente, cuando Marina entró por el cargador del

móvil a la habitación del chico, encontró seis latas de refrescos en el hueco de la mesita de noche.

Eso la hizo reaccionar. Ella estaba poniendo su sueldo para que los dos comieran. Y él ni siquiera había sido capaz de compartir un refresco. Le pareció muy llamativo y reflexionó sobre las aportaciones de ambos.

Así que esa misma noche expuso una larga lista de gastos que había que compartir. Él tenía un buen sueldo, y no era justo que ella gastara el suyo para los dos. La comida, el alquiler, la ropa, el teléfono, todo lo pagaba ella.

El chico se ofendió. No le pareció bien.

Marina se enfadó. Llevaba tres años viviendo en su casa. Tres años que había pagado su ropa, su comida y sus estudios. Esperaba que al cobrar su primer sueldo, tuviera consideración con los gastos que generaba.

A la mañana siguiente se había marchado, llevándose todas sus cosas. Cosas que en esos tres años ella le había comprado.

Mi hermana tardó en reaccionar. Perdió demasiado tiempo buscando los errores que había cometido. En qué se había equivocado.

Este episodio de su vida le afectó, pero no achantó su bondad por ningún lado.

Cada mañana llevaba al colegio varios desayunos. Una bolsa de fruta y un paquete de zumos pequeños. Cambiaba con disimulo los panes duros con mantequilla rancia que con mucho esfuerzo algunas madres mandaban en las mochilas de sus hijos.

Pelaba fruta a media mañana con la esperanza de que alguna vitamina se retuviera en esos pequeños cuerpos castigados por la bollería industrial y los productos procesados.

Sabía que los pastelitos de chocolate que algunos alumnos traían para el desayuno no eran una elección. Eran el único producto que a bajo precio las madres podían comprar.

Invitaba a Laura todos los años a su clase. Hacían galletas y bizcochos en el microondas.

Marina se había ganado el respeto de los padres en el colegio. Y el cariño de todos los alumnos. No ocurría igual con sus compañeros. Aunque su trato era cordial y fácil, sin poner complicaciones a todos los trabajos que se realizaban en grupo, no conseguía encontrar ningún punto en común con ellos. Era una pieza que se movía con facilidad sin encajar en sitio fijo.

Nunca iba a celebraciones, comidas o reuniones. No acababa de sentirse cómoda. Se sentía más libre con los padres y madres de ese castigado barrio que con sus propios compañeros.

Nunca discutió con ninguno, y nadie podía reprocharle ni un solo desplante. Era la primera para trabajar y su creatividad la llevaba a

renovar todo lo usado con frecuencia.

Entró a trabajar en el colegio siendo una niña. Llevaba muchos años trabajando y ya recibía a hijos de antiguos alumnos. Esos eran los que más disfrutaba. Era más fácil llegar a ellos. Los volvía atrás en el tiempo y jugaba con las referencias de su memoria. Resultaba cómodo crear un mapa para conseguir objetivos.

Mi hermana terminó de leer el relato con lágrimas en los ojos. Lágrimas que compartimos todas.

Una de las chicas la miró de manera especial. Se levantó y la abrazó con fuerza. Supimos en aquel momento con toda seguridad quién era la protagonista de su historia.

CAPÍTULO 16

PILAR

Nadie entiende como Pili no ha sido de las primeras en leer. Es tan lanzada siempre para todo, que nos extraña que en está ocasión se haya contenido.

Pilar es prima de Cristina, pero no es prima mía. Desde pequeña hemos convivido juntas, sin saber muy bien quien tenía lazos de sangre y quién no.

En muchas ocasiones ha bromeado que somos la familia que hemos estado obligados a escoger.

No podíamos haber escogido mejor. Con ella siempre te acompaña la bonita sensación de no estar nunca sola.

Su alegría y su manera desinhibida de vivir el sexo nos escandaliza y divierte a partes iguales.

Es una talentosa de los ordenadores y de las redes sociales.

No siempre había sido así. Hubo un hecho concreto en su vida que despertó el interés por este mundo.

La mensajería instantánea había irrumpido con fuerza y el recién descubrimiento de chatear con tus amigos sin tenerlos presentes, producía un placer adictivo.

Un día recibió una invitación de un chico que no conocía. Tenía veinte años.

La aceptó y al ver que no pertenecía a su círculo lo borró. A los pocos días recibió una invitación de una chica que tampoco conocía y repitió la operación.

Pertenecía a “Más de España” el Club de Fans del cantante Alejandro Sanz, desde que era una niña. Pensó que esas invitaciones eran chicos y chicas que le habían contactado por tener un ídolo en común.

Se olvidó de ello.

Pili tenía su ordenador frente a su cama. En la parte superior de la pantalla venía incluida una cámara web.

A las pocas semanas recibió un correo con un montón de fotos suyas desnudas en su habitación. Empezó a recibir llamadas de un desconocido que le daba datos de su vida. Se asustó mucho. La chantajeó. Si no realizaba delante de la cámara lo que él le pedía

difundiría las fotos y vídeos a todos sus contactos.

El acoso era abrumador. Cada cinco minutos recibía un correo o un mensaje.

Pili pudo comprobar como tenía sus datos bancarios. Descripciones de sus hermanos pequeños.

Entre todas la convencimos para que denunciara a la policía.

El departamento de delitos informáticos vino a su casa, se llevó su ordenador. Estuvieron analizándolo durante semanas.

El tipo era muy listo.

Sus IP se localizaban en diferentes países. Pasaba de Francia a Italia en un solo día, pasando por China y Ecuador.

Aquí fue cuando Pili empezó a investigar. Contactó en foros con hackers que la ayudaron.

Comenzó sus andadas en un mundo turbio, pero con la ayuda suficiente para no caer en el fango.

La Deep Web la atrapó como una gigante tela de araña. La parte oscura de internet le parecía el más fascinante de los misterios.

Cuando la policía le comunicó que el hombre que la acosaba estaba en Marruecos, ella ya lo sabía. Había una orden de detención internacional y la Interpol incluyó su caso en otra investigación abierta.

Si salía del país sería detenido.

Como consecuencia de esto, todas tapamos con cintas las cámaras web de nuestros ordenadores.

Ella siguió descubriendo y aprendiendo. Participaba en retos y aventuras que la mantuvieron muy al límite de la legalidad. Pasaba muchas horas delante de una pantalla.

No hay ordenador que se le resista. Las redes sociales no tienen secretos para ella. Trabaja con tantas empresas que no es capaz de enumerarlas sin olvidar algunas.

Aprendió más en la calle que en la facultad de informática. Llevaba siempre ventaja a sus profesores.

Tuvo la suerte de tropezarse con los mejores, y que estos le permitieran seguir su rastro. Su capacidad de búsqueda y de hallar en esa búsqueda lo que necesita, quitando la paja, es un talento innato en ella.

Solo tenemos que hacer una foto a una prenda que nos guste para que nos la localizara en una tienda. Suele tardar segundos.

Me ha arrastrado a este mundo y contagiado la pasión por los ordenadores, por las redes sociales y el marketing digital. Aprendo a su lado cada día. Las pantallas de su ordenador te abren ventanas en los mundos más insospechados. Puede saber, entrando por un buscador, y saliendo por puertas traseras, información confidencial veraz sobre alguien.

Otro de sus talentos es tener la paciencia suficiente para ayudarnos cuando la necesitamos. Es capaz de darte por teléfono las indicaciones precisas para que formatees tu ordenador en dos minutos. No importa el grado de incompetencia que tengas. No te darás cuenta y lo habrás conseguido.

Ella necesita segundos para solucionar lo que tu llevas intentando todo el día.

Cuando descuelga el teléfono siempre dice un «¿qué se te ha roto ya?" que nos hace sonreír.

Una vez tuve un admirador secreto que me mandaba correos. Nos moríamos de ganas de saber quién era.

Diez minutos le costó a Pili saber que era el tendero de la esquina, un hombre de casi setenta años, con una enorme barriga, casado y con seis hijos.

Mi desilusión se vio eclipsada por las risas contagiosas que se echaron todas. No volví a pisar esa tienda.

Me ha llamado mucho la atención que escogiera, entre todos los capítulos de su vida, lo que le ocurrió con su jefe.

Su vida transcurre a un ritmo tan rápido que casi lo había olvidado.

Sus aventuras están siempre situadas delante de un ordenador, pero aun así no son menos interesantes.

Muchas marcas conocidas confían en ella para su promoción en redes sociales.

Javi, uno de mis mejores amigos, trabaja con ella.

Es fotógrafo y le ayuda a crear contenido.

Pili se cansó de estar buscando fotografías para rellenar entradas de las redes sociales y le propuso a Javi salir de los fogones para dedicarse a lo que realmente amaba, la fotografía.

La siguió encantado. Cansado de las pequeñas cocinas sofocantes donde trabajaba se agarró a la mano que le tendía. Sabía que era una mano que le agarraría con fuerza.

Su trabajo consiste en hacer fotografías de todo lo que le rodea. Crea un banco de recursos con objetos, personas y paisajes.

Ordenadas en carpetas y colores, están disponibles para Pili cuando está creando un contenido, tiene un banco de imágenes que le inspira y de las que puede tirar fácilmente. También realiza fotografías de los productos.

Se compenetran a la perfección. Sin duda su punto en común es la fascinación que los dos sienten por la belleza efímera.

Javi también trabaja en Mamasu. Es nuestro fotógrafo de catálogos. Cada pieza terminada pasa por su cámara.

Su creatividad hace que el resultado, además de profesional, tenga una dimensión diferente.

Javier sabe jugar con la luz y las sombras. Sus creaciones tienen un

sello único, que envuelve de calidad al producto.

Los bolsos y cestas pasan de ser un objeto artesano a un objeto exclusivo.

Además de compañeros de trabajo, Pilar y Javi son grandes amigos. Disfrutan yendo a piscinas públicas de pueblos perdidos, donde respiran aire puro y conviven con personas sencillas.

Con la facilidad de ambos de trasportar su trabajo a cualquier lugar, no es raro que un día estén en una parte del mundo y a los pocos días nos sorprendan en otro.

Javi siempre anda metido en proyectos interesantes que nosotras no entendemos. Nos lo va descubriendo poco a poco, foto a foto. Hasta que descubrimos un trabajo sobresaliente.

Sin duda son una pareja perfecta para captar y difundir la belleza del mundo.

CAPÍTULO 17

PATRICIA

Tras unos minutos de espera porque nadie se atrevía a leer el texto, Patricia se ha animado.

Es la más joven del grupo. Tiene el pelo corto, pero ni aun así se libra de los tirabuzones que se le forman. Uno le cae en el flequillo, dándole un aire de muñeca tierna. Lleva un vestido de flores que casi le arrastra. Se sube las mangas para que no le estorben al leer el papel.

Patricia llegó a mi vida el día que fui a casa de mi hermana y estaba en mi habitación llorando en un rincón. Ni siquiera la sorpresa de mi presencia hizo que parara un instante.

Me acerqué a ella ofreciéndole palabras de consuelo.

Envuelta en su propio llanto, un viaje a su interior la había aislado del mundo. Supe enseguida que sería una alumna del colegio de Marina. Nunca había traído a nadie a casa, así que imaginé que la gravedad del asunto la había llevado a acogerla.

Le preparé un café, un chocolate caliente y un zumo. Se lo llevé en una bandeja con unas galletas y se lo dejé a su lado, en el suelo.

Seguía llorando a gritos. Me partía el corazón no hacer nada. No poder llegar a romper esa membrana invisible que la envolvía en tanto sufrimiento. Los gemidos lastimosos que emitía sin descanso, me contagió de una tristeza que me inquietaba.

Pasó horas llorando. Sin tocar la bandeja, tirada en el suelo. Acurrucada en el rincón, agarrándose las piernas con fuerza. A media tarde un grito viajó de la habitación al taller donde intentaba diseñar. Con malos modos me pedía azúcar. Había olvidado ponerlo en la bandeja. No me moví. Si aceptaba ese grito profundo, desgarrador, que cargaba una orden explicita en una sola palabra, nuestra forma de comunicarnos no sería la adecuada.

Esperé unos minutos atenta a sus pasos. Entró en mi taller. Lo hizo en silencio mirando las cintas bordadas que colgaban de todas partes. Dejó la puerta abierta y el gato vio la oportunidad para entrar en el lugar prohibido. Inmediatamente fui a cogerlo, pero él ya había enganchado con sus uñas en una de las cintas, partiéndola en el centro. Entre las dos pudimos sujetarlo y sacarlo fuera.

Qué bonita era cuando sonreía. Su piel morena estaba pálida. Y su

pelo corto enmarañado. Sus ojos hinchados, y su nariz roja no conseguían emborronar una belleza natural. Miraba a mi alrededor fascinada por los lazos de colores. La invité a salir y fuimos a la cocina.

Preparamos dos bocadillos con aceite, tomate y jamón. Lo que se desayunaba en esa casa a menudo. Las dos estábamos hambrientas. Al terminar le acerqué una caja de galletas danesas que devoró de forma nerviosa.

Me fue contando, con un desorden bastante pronunciado, los acontecimientos de su vida más recientes. Sentía la fragilidad de su existencia como algo que en cualquier momento se iba a derrumbar. Pasaba de un tema a otro sin que hubiese terminado de entender el anterior. Con tan solo asentir, la animaba a seguir dando saltos por su existencia.

Se sentía tan avergonzada por su comportamiento, quizás por su vida, que cuando Marina abrió la puerta se escondió en mi habitación.

Mi hermana, sorprendida por encontrarme allí se disculpó por no haberme avisado de que teníamos visita. Tuve que regresar antes de tiempo de mi escapada de fin de semana, por un pedido que tenía que preparar.

Invitamos a cenar a las chicas, vinieron todas cargadas de bolsas y comida. En un ambiente agradable empezamos a ayudar a Patricia a que ordenara su vida, escogiera sus objetivos y estableciera unas metas. Creo que esa noche fue la primera vez que todas, sin esperarlo, trabajamos juntas.

Patri no lo tuvo nada fácil. Encontrar un trabajo, tan joven y con tan poca formación fue muy complicado. Una frutería fue su primer contacto con el mundo laboral.

No duró mucho. No tenía habilidad para tratar con el público. La echaron a los cinco segundos de tirarle un melocotón a una clienta y ponerle un ojo morado.

Tuvo muchos trabajos diferentes. Su presencia le abría puertas que su carácter le cerraba.

Donde pasó más tiempo fue en la cocina de un bar.

Un señor mayor, con un bar de toda la vida necesitaba alguien joven para sustituir a su esposa fallecida hacía poco tiempo. No tenía hijos y Patricia le pareció la candidata perfecta. La necesidad de trabajar para comer, era según él la mejor garantía para cumplir en el trabajo. Fueron un par de años muy tranquilos. En la cocina no tenía que soportar a nadie y el hombre tampoco le exigía mucho. Las chicas le echaron una mano, le enseñaron recetas rápidas y postres sencillos con sabor a casero que hacían desear que terminara la comida. Elaboró un menú económico y llenaba todas las mesas del mediodía.

No nos contó nada, supimos que había dejado el bar el día que la

encontramos, de casualidad, en unos grandes almacenes. Trabaja doblando ropa. Aunque le aburría, las jornadas no eran interminables. El horario era predecible y eso le agradaba.

Entró en una etapa estable.

Sin duda empezó cuando por orden de un juez tuvo que hacer trabajos a la comunidad.

Maduró de golpe paseando por la miseria humana. Viendo las vidas rotas de todos a los que ayudaba.

Nunca llegué a saber lo que la había quebrado por dentro. Pero tenía tantas piezas de ese puzle, que la imagen se había unido en mi mente sin mi permiso.

Era la que más necesitaba estar aquí.

Inconscientemente todas la cuidábamos y acogíamos con cariño. La ternura que emanaba y su indomable carácter bipolarizaba a la niña que nerviosa leía el relato.

Cuando terminó de leerlo todas mantuvimos el silencio.

Terminamos el día con un sabor agridulce.

CAPÍTULO 18

carmen

A Carmen no le quedaba ya muchas posibilidades de pasar desapercibida. Todas la miramos fijamente, animándola a empezar.

Levanta su papel y lee. Lo hace de forma tímida al principio. Poco a poco se va relajando. Su voz dulce suena en la sala como la de una niña pequeña leyendo un cuento.

Carmen es una persona sensible. Sus ojos siempre están llenos de lágrimas. Llora por el gatito que está durmiendo en la calle. Por el mendigo que vive en la esquina. Ver un telediario es un suplicio para ella. No puede soportar el dolor ajeno.

Desde pequeña tiene un aspecto frágil. Siempre fue el centro de las crueles bromas de todas las mentes malvadas.

En el colegio a menudo se quedaba sin bocadillo. En la calle le desaparecían las muñecas o los cromos. Suerte que su hermana Verónica solo tenía que pegar un grito y el objeto en cuestión aparecía en pocos segundos.

Nunca fue brillante en nada. Ningún adulto la ayudó a desarrollar ninguno de sus talentos.

Era capaz de hacerse invisible. Nadie sabía responder si había estado o no aquella tarde en el grupo.

Tardó mucho en ser Carmen. Siempre fue la hermana de Verónica, a pesar de que solo se llevaban unos cuantos meses.

Era muy bonita. Tenía esa belleza discreta que pasa desapercibida si no la miras con atención. Pero que si cambia de vestuario y se maquilla tienes la sensación de encontrarte frente a otra persona.

Carmen se enamoró con catorce años del primer hombre que la miró de cerca. Era un hombre casado, con varios hijos de varias relaciones.

Fueron tiempos muy duros para su familia, que intentaron por todos los medios que esa relación no siguiera adelante. No tuvieron mucho éxito en los primeros intentos. Probaron con algo más drástico. Mandaron a Carmen a Algeciras con su tía. Pasó allí los dos meses de verano, llorando amargamente. No probaba bocado y se desesperaba por sus pocas fuerzas para seguir.

Cuando volvió su enamorado novio y otra chica del barrio habían

concebido un nuevo bebé.

El primer amor le dejó a Carmen el corazón temblando y la certeza de que las personas mienten para conseguir lo que quieren. Dos argumentos que no ha olvidado con los años.

La segunda vez que se enamoró lo hizo de un chico adorable que trabaja en el hospital materno infantil. Era celador. Conoció a Carmen una madrugada cuando ésta fue a llevar a su hermano pequeño al hospital.

La relación fue bien hasta el trágico día de la despedida de soltero.

Después de un noviazgo de cuatro años Carmen y su novio decidieron casarse.

Ella iría al altar con dudas que la despertaban en mitad de la noche. Dudas que ella misma se justificaba como normales por cambiar de etapa. No las compartió con nadie.

Las chicas habíamos preparado la despedida de soltera dos semanas antes de la boda. Las diez pasamos el fin de semana en el hotel donde trabajaba María. Disfrutamos del spa y de algunos privilegios por conocer a todo el personal.

El novio la celebró el sábado antes de la boda. Le prometió que su despedida sería sencilla, que tomaría algo con los chicos y se irían a casa.

Cinco de nosotras quedamos para cenar esa misma noche.

El destino quiso que al salir del restaurante, nos cruzáramos con los coches de los chicos. Y en esa dirección no había mucho donde escoger. Iban al prostíbulo más famoso del pueblo.

Carmen no podía creerlo, necesitaba verlo con sus propios ojos y nos hizo ir en esa dirección.

Llegamos y en el aparcamiento estaban el coche del novio y el de varios conocidos más.

Carmen perdió los nervios y llamó a sus primas, cuñadas y demás amigas.

En media hora ya éramos diez. A la hora superamos la treintena.

El portero cuando vio semejante lio y viendo peligrar su negocio, nos echó con malos modos. Pero no nos marchamos. Se quedaron en la puerta esperando.

Tres horas dieron para que la ira de todas se macerara en los espíritus de la mala leche. A las que no teníamos pareja la escena nos divertía. Las que tenían pareja en el interior, no encontraban la gracia por ningún lado.

Cuando vimos al primero salir, nos escondimos. Salimos todas de golpe dándoles una grata sorpresa.

La calle se llenó de gritos. Las manos se levantaban y bajaban, frenándose en seco, para no acabar estampadas en las caras de esos maridos y novios que ya se suponían infieles.

Carmen se subió a mi coche, enfurecida por la traición que asumía.

Nos fuimos.

El novio nos siguió. Sabíamos que venían detrás. Los vimos correr demasiado. Paramos. Intentamos que dejaran de correr.

Escuchamos un estruendo justo detrás. Vimos saltar las piezas del coche en todas direcciones. El camión con el que había chocado, se dirigía hacia nosotras empujado por la inercia. Tuvimos el tiempo justo de adelantar unos metros.

Se había saltado un semáforo.

Un camión se los llevó por delante. El coche quedó hecho añicos. El acompañante del novio, compañero de trabajo, murió en el acto.

El novio estaba gravemente herido. Su tasa de alcohol sobresalía hasta de las guías de parámetros establecidos.

Que los acontecimientos acabaran de esta manera tan trágica hizo que la boda nunca ocurriera. Cuando el novio se recuperó, la brecha entre ambos era ya insalvable. No pudieron, aunque lo intentaron, volver a unir los trozos de su relación para crear algo nuevo. Ninguno de los dos lo consiguió.

El vestido de boda de Carmen sigue en su armario. Aunque ha tenido varias relaciones, nunca se ha vuelto a enamorar.

En la treintena, es la única que no tiene una idea romántica del amor.

Sus vivencias le han demostrado que el amor duele más de lo que es capaz de soportar.

Prefiere compartir su vida con Siri, su perro pastor belga. El amor incondicional que vierte cada día sobre ella cubre sus carencias afectivas con creces. Y su trato es mucho más suave que el de cualquier ser humano.

CAPÍTULO 19

LAURA

Después de haberse levantado para abrazar a Carmen, Laura ha permanecido de pie y ha cogido su texto. Está acostumbrada a hablar en público. Lo hace en voz alta y clara. Vocalizando muy bien. Su acento andaluz se pierde entre las palabras que va pronunciando.

Conocí a Laura en el instituto. Teníamos que hacer un trabajo en grupo y me quedé sola. Nadie me llamó para trabajar con ellos.

Mi amigo inseparable, se había marchado hacía unos días y no podía con mi pena. Laura cogió su silla y se sentó conmigo. Desde ese momento nuestras sillas siempre han estado la una al lado de la otra. En celebraciones, en reuniones, en la vida. Siempre acabo sentada junto a ella.

Es la más alta de todas. Tiene la cabeza llena de pequeños tirabuzones hasta la altura de los hombros. Hoy se los ha recogido en una piña alta. Le da un aspecto juvenil. Aunque es la mayor del grupo, nadie lo adivinaría.

Cuando empieza a leer su texto nos sorprende a todas. Pensamos que iba a contar algún episodio de su accidentada infancia.

Nació en un pueblo de la provincia. Sus padres vivían del campo. Cosechaban aceitunas y almendras. Vivió siempre entre gallinas, ovejas y cerdos.

En todas las excursiones nos ha dejado en el ridículo más absoluto. Es capaz de subir la montaña más empinada. Y de sobrevivir en situaciones complicadas. En ocasiones hasta nos ha salvado la vida.

Tuvimos la inteligente idea de irnos de excursión en agosto, un grupo de chicos y chicas, y hacer una ruta a las cuatro de la tarde. Suerte que Laura venía con nosotros.

Nos obligó a llevar toda el agua que pudiéramos cargar.

La chica de la oficina de turismo nos dio un mapa y una pequeña información sobre la ruta. La ruta “El salto del cabrero” era fácil y corta. De unos veinte minutos.

Se equivocó. Ni corta, ni fácil. A las tres horas de caminar al sol, no podíamos ver ni el salto, ni el cabrero ni las fuerzas para volver.

Laura no se rindió.

Sin agua, sin cobertura y sin ánimo, pudo identificar en el suelo las

huellas de “una bestia”.

El poco riego que nuestro cerebro tenía en ese momento, no contribuyó a que pudiéramos ver en esa frase una salida, sino la sinopsis de una película de terror.

La seguimos, aunque yo ya había rogado varias veces, llorando con dramatismo, que me dejaran morir allí tirada en el suelo. Rodeada de moscas que se pegaban a mi piel de diez en diez.

Laura me agarró de un puñado y obligó a caminar campo a través. A los pocos minutos vimos a la bestia, que no era otra cosa que un lindo burrito que descansaba junto a la casa de su dueño.

El señor salió a recibirnos con agrado y nos ofreció su botijo de agua fresca.

Un silencio se hizo en el grupo cuando el esperado botijo se acercó lo suficiente para verlo.

Jamás vimos nada tan sucio en nuestras vidas.

En cuanto lo tuve delante supe que no había forma de salvarme. Moriría deshidratada.

No era capaz de beber ahí.

Tuve la suerte de ser la última y que el botijo se acabara. Con mucha amabilidad el señor nos invitó a que lo llenáramos en un riachuelo que pasaba a pocos metros de la casa.

Laura se ríe siempre que recuerda la escena.

Dice que resucité al bautizarme de nuevo en el río.

Tenía tanta sed, que quise coger el agua con las dos manos, para aumentar la capacidad. Con tan mala suerte que en el momento de inclinarme las piedras en las que estaba apoyada también se inclinaron conmigo.

Caí de cabeza al agua en cámara lenta.

A nadie se le ocurrió ir a recoger la poca dignidad que me quedaba. Estaban todos demasiado ocupados riéndose a carcajadas.

Esa misma noche la vida nos sorprendió con otra aventura peor que la anterior. Los chicos empezaron a sentirse mal. Y algunas de las chicas pasaron de un estado lamentable a no mantenerse en pie. Necesitamos cinco ambulancias para trasladarnos al hospital.

Yo permanecía intacta. No vertía fluidos a raudales como los demás.

Dos estuvieron ingresados siete días. Los demás fueron recuperándose poco a poco. Nunca supimos si fue el paté, la leche recién ordeñada o el botijo. Yo no había consumido ninguna de las tres cosas.

Durante años he tenido que sufrir las bromas sobre aquel bautismo que me salvó la vida. Que el vuelco en esa agua mágica me arrancó de cuajo los virus y bacterias.

Laura, además de una experta exploradora, es una letrada con alma de chocolate.

Nunca tendrá claro si la invitan a los eventos por ser ella misma o por las manos que tiene con la pastelería. Sus manos siempre llegan llenas. Son la excusa que necesita para desarrollar su gran pasión.

Su familia se ha ahorrado una gran cantidad de dinero gracias a sus estudios y nosotros gracias a sus tartas de cumpleaños.

De sus siete hermanos, cinco han tenido problemas con la justicia. Pequeños robos, y líos enormes que ha deshilvanado con mucha paciencia.

Siempre está ayudando a algún vecino o conocido. Su red es tan extensa que llega a todos los rincones de nuestro país.

Conoció a su marido en una fiesta de cumpleaños. Laura había llevado una tarta espectacular.

Una combinación de capas de hojaldre crujiente y dulce de leche casero. Crema pastelera en coquetos recipientes individuales se servían con los trozos de tarta.

La combinación no solo era exquisita, la mezcla de las tres texturas era una explosión de sabor.

Un chico, alto y guapo, se acercó y le preguntó por qué había puesto la crema pastelera aparte y no lo había hecho dentro de la tarta. Pasaron dos horas hablando sobre hojaldre humedecido por cremas que pierden la esencia. Fue el principio de una larga historia de amor.

Laura siempre hace la pastelería de bodas, comuniones y bautizos. Tropecé con el intento inútil de querer pagarlas. Siempre se negó. Defiende que es su aportación al mundo.

Mi abogada está en este grupo pero no lo necesita. No debería de estar aquí. Su vida encaja a la perfección. Tiene un trabajo que ama, y multiplica por diez las horas que le quedan libres.

Es la persona más accesible que conozco. Siempre dispuesta a ayudar a los demás. Después de echarte una mano te regala la sensación de que no ha sido nada. Tan solo ha compartido contigo una tarde de domingo. O una madrugada agradecida. Un tiempo que le sobraba y que está encantada de regalarte.

Laura tiene dos hijos. Dos adolescentes que viven en un anexo de su vida. Sin interrumpirla, sin molestarla con llamadas innecesarias.

Se esmeró en su educación con el equilibrio perfecto de atención, cariño y límites. Ha conseguido tener dos hijos educados en la libertad, con valores sólidos que trasmiten y comparten desde que eran unos críos.

Miro su sonrisa franca y su forma divertida de sentarse. Cruza los pies de una manera tan extraña que tienes que mirarla dos veces para asegurarte que no tiene las piernas de goma.

Nos ayudará en los trámites legales. Que Laura se ocupe de los tediosos papeles nos da seguridad. Es uno de los aspectos más preocupantes para mí.

Instalamos un horno en el taller. Ella lo compró, lo instaló y comenzó a usarlo. Todas aplaudimos la idea.

Pasa mucho tiempo con nosotras. Sentimos como entra siendo una abogada que camina con la espalda recta. Se relaja en el interior y sale siendo ella misma. Sonríe. Pierde la rigidez de sus músculos.

Puede llegar antes que nadie y sorprendernos con un desayuno de calorías incontables que devoramos sin culpabilidad.

Llena cajas de galletas que nos comemos a escondidas.

Prepara cestas de comida para las largas reuniones.

Le encanta vernos comer. Alabar sus creaciones entre pequeños quejidos de placer.

Es el momento donde es ella misma.

CAPÍTULO 20

maría

Tenía claro lo que iba a contar María. La cita a ciegas que le preparó Laura con el abogado contrario de un caso que llevaba. Lo escuchó hablar en una reunión de lo fácil que era ligar con chicas siendo abogado. Que todas se bajaban las bragas cuando veían su coche. Necesitaba toparse con alguna chica con carácter que lo pusiera en su sitio.

El olor que sale del horno la hace acelerarse. Lo lee rápido. Todas tenemos hambre. El olor del hojaldre al hornearse llega a todos los rincones de la sala. Nos hace darnos cuenta que estamos hambrientas.

María tiene que parar de leer varias veces para controlar la risa

Me sorprendió que después de ese episodio siguieran siendo amigas. Una tan vehemente y la otra con muy poca disposición al olvido.

Conocía a María de una forma diferente.

Mi hermana y yo nos apuntamos a nadar a la piscina de un hotel cercano a casa. Era mucho más barato que los gimnasios de la zona donde vivíamos.

Ella era la encargada del spa. Y aunque al principio nos pareció una chica algo cortante, en pocos días bajó ese muro inicial que se interponía entre nosotras y pude asomarme a su mundo con comodidad.

Me colé definitivamente al poco tiempo, dando un salto a su vida, me acomodé y me quedé.

En una de mis fiestas de cumpleaños María conoció a las demás. Nos asombró con la facilidad que se integró en el grupo. Laura, que tenía debilidad por las personas que percibía como solitarias, se encargó de invitarla a nuestros cafés, cenas y compras. Contar con ella pasó a ser natural.

María tiene una belleza que deslumbra. Su personalidad hace que las mujeres de su alrededor no queden eclipsadas. Salpica de encanto todo lo que la rodea. Con frases cortas, comentarios inteligentes y un código verbal acogedor, consigue que toda la estancia sea una prolongación de ella misma.

Como todas las que estábamos sentadas en ese círculo, su vida se había visto salpicada de más prejuicios de los que había merecido

soportar.

María no había tenido nunca suerte en el amor. Su atractivo intimidaba y atraía a partes iguales.

Ninguna entendía cómo no tenía pareja.

Barajamos varias teorías.

La más aceptada argumentaba que era tan guapa que solo se le acercan hombres guapos. Pero ella no era solo un bellezón. Su cabeza estaba amueblada. Y los hombres con la cabeza amueblada de su camino o estaban casados o la veían como algo inaccesible.

A ella no le incomoda no tener pareja. Para nada. Disfruta de su soltería como nadie. Incluso nos da envidia continuamente apuntándose a aventuras que no podemos ni de lejos seguir.

María ha llegado a un punto de su vida que necesita crecer.

En su trabajo a lo más que llega era a calcular la temperatura del agua del jacuzzi sin ningún tipo de medidor. Lo hacía observando el nivel de la condensación que se producía en la sala.

No se atrevía a moverse, a romper ese contrato fijo que no hacía otra cosa que llenar su vida de una continua apatía. No tenía familia que le apoyara.

Esa sensación de soledad la llenaba de prudencia. Sentía que sus pies estaban atados con plomo en el suelo del hotel.

Hemos vivido muchas aventuras juntas. Nos hemos caído en una zanja y hemos pasado horas pensando que íbamos a morir devoradas por cucarachas.

En uno de nuestros viajes acabó con un diente roto.

Habíamos sacado las entradas para el festival de teatro de Mérida. Después de conducir durante cuatro horas y media, y llegar al hotel, nos tropezamos con una sorpresa. El marido de mi prima estaba alojado en el mismo hotel. Con otra mujer que no era mi prima.

Nos escondimos como pudimos tras la puerta del ascensor. Necesitábamos pruebas que demostraran la infidelidad. Nos perdimos la primera función pero estuvimos más que entretenidas.

Al cambiar de posición tras una columna y correr el riesgo de ser descubiertas, María tropezó y me empujó. Perdí el equilibrio y caí al suelo. La enganché con brusquedad, al querer evitar la caída y la tiré a ella.

Tres puntos en la barbilla y un diente roto. Acompañado de un ruido que se escuchó en las doce plantas del edificio.

Yo no sufrí ningún daño, solo el moral tras enseñar las bragas a todos los camareros del hotel. No me dejé a ninguno, se las enseñé a todos volteándome de forma cariñosa. Los del otro lado también querían ver el lamentable espectáculo.

Los camareros cuando nos servían la comida, se decían uno a otro “esto es para las de las bragas verdes”.

No hemos vuelto a contratar pensión completa nunca más.

Lo que más admiro de ella es su forma de disfrutar de la vida. Es hija única y sus padres murieron cuando ella tenía dieciocho años. Con un mes de diferencia entre ellos.

Tiene algunos primos lejanos que no saben valorar a esta mujer que tanto suma en la vida de los demás. Se cansó de mendigar su atención y siguió su camino sola.

Mi hermana tiene un lazo muy especial con ella. Sus dos cabezas trabajando juntas pueden salvar el mundo. Son capaces de crear, inventar y soñar con un mismo palpitar.

Cuando terminó el relato, Laura se levantó, se puso de rodillas delante de ella y le pidió perdón con gestos exagerados. El ruido de las risas de todas me hace sentir un cosquilleo en el estómago.

Estoy segura que vamos por buen camino.

Todas están en torno a la mesa comiendo.

Cuando me doy cuenta solo queda un trozo de empanada. El que han dejado para mí.

TERCERA PARTE
TODAS

CAPÍTULO 21

CRISTINA

Casi siempre soy la primera en llegar.

Me gusta madrugar.

Entro por la puerta que antes era el portón de un garaje. Subo las persianas y abro las ventanas para que entre la brisa fresca del mar.

Nuestro taller está en Benalmádena, un pequeño pueblo de la Costa del Sol.

Ocupa el sótano de la casa de mi suegro. No es muy grande pero hemos conseguido que sea un sitio acogedor.

Un suelo de imitación a madera nos da el calor que nos robaría el hormigón original.

Fue buena idea pintar las paredes de blanco. Lo hace parecer más grande.

En la pared principal pusimos papel pintado con flores pequeñas. Tiene unos colores pasteles que relajan. Hace destacar esa pared entre las demás. Le da un toque de luz distinta.

Un sofá llenó de cojines rosa y verde agua, y una gran mesa blanca son el único mobiliario en la zona de descanso. Las sillas son compartidas en los dos espacios, en la zona de trabajo y en la zona de ocio.

Cuando necesitamos reunirnos o comer, nos llevamos las sillas que utilizamos en las máquinas de coser. Al tener un espacio tan reducido nos pareció buena idea no sobrecargarlo con mobiliario inútil.

Hay seis máquinas de coser, en seis mesas con forma rectangular. Sobre ellas, todas tenemos dos bandejas grandes. En una se coloca el bolso o cesta que hay que decorar. Y en la otra los adornos y cintas que tenemos que añadirle.

Grandes armarios quejumbrosos acogen las cajas de almacenamiento, donde se guardan flecos, pompones y cintas. Están ordenados por colores. En una segunda clasificación dentro de cada color, se agrupan por tamaños. Las cintas más delgadas se ponen en los estantes superiores. Las cintas más gruesas, que son las de uso más frecuente, en los estantes inferiores.

Cuando he aireado la sala, enciendo la cafetera. Las capsulas de café tienen diferentes colores y están expuestas en un dispensador alto

formado por alambres negros.

Siempre escojo la de caramelo. Disfruto del olor mientras mi pequeña taza se llena. Añado dos cucharadas de azúcar moreno y salgo a la calle.

Solo tengo que cruzar una pequeña carretera de pueblo para llegar a la arena.

No importa la estación del año que sea. Ver amanecer con la taza de café en la mano es uno de los placeres a los que no quiero renunciar nunca.

Si no hay colegio, Marina me acompaña. Susana también lo hace la mayoría de las veces.

Las tazas vacías se quedan en la arena y nosotras comenzamos nuestro paseo. Su duración dependerá del trabajo que nos espere. A veces es una hora. Otras veces nos tenemos que conformar con estirar las piernas y volver apresuradas a preparar los pedidos.

En ese rato nos encontramos. Hablamos de nuestra vida, de nuestras familias y amigos. Yo suelo hablar más, Marina suele escuchar. Susana normalmente tiene la cabeza en la distribución de los quehaceres del día y camina concentrada detrás de nosotras.

Desde donde alcanza mi memoria están en mi vida. Nunca hemos tenido una sola discusión. Jamás, ni de pequeñas ni de adultas tuvimos un solo conflicto. Con ellas es difícil hacerlo. Susana sabe escuchar. Marina tiene el don de saber qué decir en el momento adecuado.

Solo una vez no supo qué decirme. No encontró las palabras para consolarme. En esa ocasión me abrazó. En silencio. Mi dolor pasó de mi sentir al suyo, sin salir de nosotras.

Raúl, mi gemelo, y yo veníamos del centro. El cumpleaños de mi madre estaba por llegar y fuimos a comprarle un regalo. Un pequeño espejo de plata. Nos había pedido ese espejo tiempo atrás, cuando lo vio en una publicidad que encontró en el buzón. Contentos por encontrarlo a buen precio, regresábamos a casa.

Íbamos a cruzar un semáforo. Casi llegamos a tiempo, pero tuvimos que retroceder al cambiar a rojo. Estaba subiendo el escalón que me devolvía a la acera, caminando hacia atrás, cuando una moto, con dos tripulantes se posicionó delante de nosotros. No vi por dónde llegaron. Se acercaron demasiado. Uno se quitó el casco y me escupió en la cara. Me insultaron haciendo referencia a algo que no entendí. Aceleraron vitoreando gritos de júbilo mientras se marchaban a toda velocidad.

No supe reaccionar. Mi hermano sacó un pañuelo de papel de mi bolso y me limpió. Contenía las lágrimas con ira, sin decir una sola palabra. Al sentir la humillación que se cuajaba en su rostro no me fue posible contener las lágrimas. Quería dejarlas dentro. No quería que

mi hermano me viera llorar. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero fue inútil.

Mi hermano me abrazó fuerte, y comencé a llorar de forma desconsolada.

Una señora mayor que estaba esperando a nuestro lado para cruzar, los maldecía insultándolos. Intentó consolarme, susurrándome que eran unos racistas sin escrúpulos, que no dejara que me afectara o les estaría dando una satisfacción.

Algunas noches sueño con sus cabezas rapadas. Con el odio que vi en esa cara que se contraía con dureza, que cogía impulso para escupir más fuerte.

Llevo media vida intentando entender ese odio intenso que algunas personas derraman contra otras personas que son diferentes a ellos. Y podría gastar otra media sin encontrar resultados.

Mi pelo rizado, mis ojos negros y mi piel canela me habían hecho vivir muchos sinsabores.

Sentir la saliva caliente de alguien en mi cara fue lo más humillante.

Días después Marina me noto rara, ausente. Se lo conté rabiosa, dolida.

Me abrazó fuerte y callada. Lloró conmigo en la misma orilla en la que tomábamos café cada mañana.

Ese episodio sin duda marcó mi vida. Me dejó muy claro que mi diferencia con los demás podía herirme.

Estaba educada en el respeto, no tenía herramientas para defenderme con ira o maldad.

Lo más seguro que se me ocurrió fue construir una coraza con la que cubrirme.

Me hermetizó para protegerme del miedo que daba cruzarme con personas sin escrúpulos.

Me recompuse con trocitos de mi misma, creando una versión más auténtica.

Mi hermano, que se sentía culpable por no haberme podido proteger, sufrió conmigo.

Su timidez se acentúo y se encerró un poco más en su carácter introvertido. Pasaba horas tocando la guitarra.

A veces entraba a su habitación y cantaba con él. Así empezamos a disfrutar de la música de manera compartida. Versionamos canciones, encontrando un ritmo que nos emocionaba. Nos hacía soñar con lo que podríamos llegar a hacer.

Salir de la habitación al mundo fue fácil. Nuestra familia es grande y siempre hay motivos para celebrar. Empezamos a cantar y bailar en reuniones de amigos y conocidos. Poco a poco fuimos pasando al mundo profesional.

Canalizamos nuestra vivencia abriendo una puerta al arte. Al baile,

al cante.

No he abandonado el mundo de la música. Gracias a este proyecto ahora soy más selectiva. Los ingresos que me da este trabajo me proporcionan una seguridad económica. Ahora puedo escoger donde bailar.

Generalmente actuamos en bodas y pedidas.

Cuando los novios quieren formalizar la relación lo hacen con una fiesta. Una toma de contacto de las dos familias.

El novio, con sus padres, van a casa de la novia. Casi siempre es el padre del novio quien le manifiesta al padre de la novia que su hijo quiere comenzar una relación.

Los novios intercambian regalos. Se reúnen en un lugar acordado previamente para celebrar una fiesta. Al final de esta fiesta, tras la abundante comida, es cuando actuamos nosotros. Cantamos y tocamos la guitarra mientras los novios bailan acompañados de sus familias.

Estas fiestas son siempre en fin de semana. Los días laborables voy al taller con las chicas.

No dudé ni un minuto en aceptar la propuesta.

Venir a trabajar por las mañanas sabiendo que tendrás un clima agradable no tiene precio.

Mi trabajo es muy sencillo. Soy una ejecutiva. Suena a persona con cargo importante, y no es más que el nombre que Marina ha puesto a las que ejecutamos las órdenes de Susi.

Ella diseña los distintos modelos y proporciona a cada una de las ejecutivas los materiales para realizar las tareas. Todos los modelos son distintos. No se hacen bolsos en serie. Ese es uno de los secretos de nuestro éxito. Puede que algún bolso se repita, por petición del cliente, pero nos aseguramos que sean en provincias distintas. Esto supone un gran trabajo.

Hay que subir constantemente todo los bolsos que se van elaborando a la web y las redes sociales.

Javi, nuestro fotógrafo y Marina, la encargada de subir los productos a la tienda online, siempre tienen trabajo.

Javi busca continuamente localizaciones nuevas. Bellos fondos marinos que hacen resaltar las cestas de mimbre. O grandes jardines de ensueño donde los bolsos se mueven con el viento. Su creatividad no tiene límites. Pasa mucho tiempo en el taller. Suele trabajar en la mesa de reuniones.

Donde yo veo sombras él ve el contraste de la luz y la belleza del objeto.

Miro sus fotografías con la boca abierta. Es capaz de captar la cosa más simple, situar el objetivo y algo que es inerte, cobra vida propia.

Cuando una ejecutiva termina una cesta, la deja en la zona de terminados, al fondo de la sala. Con una etiqueta de la que cuelga un

número. Antes de que Javi se la lleve para hacerle la foto, Susana la revisa.

Es nuestro control de calidad más exigente. Comprueba que todo esté en perfecto estado y le pone el precio. Es la parte que más le cuesta.

El número que le colgamos previamente las ejecutivas, no es otra cosa que el número de horas que hemos tardado en elaborarlo. Eso la orientará en el precio a poner. Los bolsos que más horas de trabajo han necesitado, son los que tienen un precio más elevado.

Antes las ejecutivas teníamos libertad para cambiar algún detalle en el diseño inicial. Eso terminó el día que Susi llegó después de una reunión con una tienda franquiciada y no tenía nada de lo que necesitaba para entregar el día siguiente.

Había estado negociando nuevos pedidos.

La tienda había encargado cien modelos que tuvieran en alguna cinta o adorno el color rojo, para complementar con unos bañadores y bikinis del mismo color.

A la mañana siguiente pasarían a recoger los veinte primeros. Los veinte que teníamos que haber elaborado ese día. Cuando llegó Susana había bolsos de todos los colores menos rojos. Nos tuvimos que quedar toda la noche trabajando.

Nos habíamos venido arriba, incentivadas por nuestra gran creatividad y cambiamos todos los diseños que teníamos en nuestras mesas.

Venga a sacar cintas. Y venga a realizar cambios. Disfrutamos de combinaciones exóticas. De variar formas. El día avanzaba y también lo hacia nuestra autoestima. Nadie se dio cuenta que el material que había preparado Susi en nuestras bandejas tenían un denominador común: todos tenían el color rojo.

El grupo de motivadas estábamos muy orgullosas de nuestras nuevas creaciones, que no sirvieron para nada, y que acabaron como regalos para nuestras familias.

El sueño que pasamos esa noche fue un gran aprendizaje. Tuvimos que hacer de nuevo todo el pedido.

A partir de ese momento, cualquier sugerencia de cambio tenía que estar consultada y si no era aprobada, quedaba anulada.

Mi mesa está junto a la ventana y desde ella veo el mar. Cuando estoy muy cansada, dejo por unos momentos el trabajo que tengo entre manos y salgo fuera a tomar el aire.

Aprecio estos pequeños placeres que en un trabajo normal no podría tomarme. Nadie me reñirá por dejar a un lado mis obligaciones. Nadie me preguntará a dónde voy. El efecto más probable será que alguna compañera vaya a la pequeña cocina, abra la nevera y coja un par de refrescos para seguirme.

Juntas, sentadas en la arena tibia cogeremos fuerzas para seguir trabajando. Esa complicidad hace que la comodidad, inusual en otros trabajos, sea una de nuestras fortalezas.

Eso fue lo que dijo la psicóloga cuando terminó de formar el grupo. Escribió en la pizarra blanca todas las fortalezas que nos llevarían a cumplir nuestros objetivos.

Sin duda, formarnos, crear un grupo y aceptar roles, fue un gran acierto. Al estar todo tan estructurado, tan decidido de antemano, el trabajo se mecanizó, se volvió sencillo y cómodo.

Antes nos preocupaba que los conflictos que todas sabíamos que iban a surgir nos ganaran el terreno y rompieran los lazos que nos unían fuera del entorno laboral.

Por eso Susana decidió pedir ayuda externa. Especialistas que nos llevarían por todas las etapas de la formación de un grupo.

Nos creamos, consolidamos y formamos como un todo. Respetando individualidades. Desarrollamos estrategias y recursos para poder resolver los futuros problemas. Además aceptamos que una capitana fuera protegida y apoyada por un equipo directivo. Una idea fantástica a la que vemos resultados de forma frecuente.

En nuestra pequeña isla somos felices. No necesitamos nada más. No tenemos un gran sueldo. Están establecidos previamente. Las que tienen otro trabajo, y lo complementan con este, ganan el tanto por ciento de las horas que dedican.

Todas regalamos horas a este proyecto. Sabemos que vamos a crecer mucho más. Es una apuesta de futuro.

Muy pronto tendremos que irnos a un lugar más grande. Mientras, este viejo garaje es nuestro hogar.

El hogar siempre está donde está tu familia.

CAPÍTULO 22

beatriz

Por primera vez en mi vida vengo a trabajar con una sonrisa en los labios.

Alivia no tener responsabilidades. Tan solo soy un eslabón más de una cadena. Eso me hace caminar liviana, sin prisas.

No soy la primera en llegar.

A mitad de camino paro a comprar el desayuno. Tengo que esperar que la panadería abra sus puertas.

Los diez bollos calientes se vienen conmigo en una cesta de mimbre que Susana diseñó para tal menester. Sé que todo el mundo mira cómo se mueven sus flecos de vivos colores cuando camino.

No trabajo los cinco días de la semana. Descanso uno, que escojo, valorando el volumen de trabajo que haya. Si hay un pedido importante que tiene que salir, espero a terminarlo antes de tomarme el día libre.

Tengo este privilegio porque trabajo los sábados con Susi en el mercado artesanal.

Trabajar en un mercadillo es muy duro, sin embargo, vender en este es una bonita experiencia.

Nos levantamos a las seis de la mañana. Los asientos de la parte trasera de mi Dacia se pliegan hacia delante y los cubrimos con una tela, para que no se manche nada. Es el momento de jugar a los puzles. Los bolsos pequeños y los monederos se meten dentro de las cestas grandes. La parte trasera del coche se llena sin que quede un solo hueco libre.

En veinte minutos ya estamos en marcha.

De nuestro pueblo al pueblo donde vamos hay casi una hora de camino.

Susana no se despierta muy habladora, así que la mayoría de los días es la radio lo único que se oye.

Tenemos que llegar temprano. Es importante para descargar la mercancía. Unos minutos tarde y no habrá sitio libre. Tendríamos que esperar a que alguien terminara y ya no abriríamos a tiempo.

Nuestros vecinos siempre bromean cuando ven que de ese coche tan pequeño sacamos tanta mercancía. Parece imposible que tantas cestas

salgan del minúsculo maletero.

Mientras montamos los hierros que nos servirán de carpa, el ambiente es muy relajado. A nuestra derecha está Trini, una señora mayor encantadora que todos los sábados nos recuerda que somos las mejores del mercadillo. Elabora ella misma la ropa que vende. Es ropa amplia, de vivos colores. Vestidos para ir a la playa, pañuelos que sirven de chaleco, todo confeccionado con mucho estilo y mimo.

A nuestra izquierda están las hermanas inglesas. Venden sus preciosos dibujos. Tienen de todos los tamaños. Grandes, para hacer cuadros que destaquen en salones, pequeños para dormitorios infantiles. Las láminas tienen ternura y belleza a partes iguales. Llevan veinticinco años en ese mercado. Nos regalan todos los consejos que valoran que pueden sernos de utilidad.

Aquí me siento distinta. A pesar de que es lo que he hecho toda la vida, en este espacio me siento una novata. El ambiente no es lo único que es distinto. También lo son las personas que venden en él. Son en su mayoría artesanos y artesanas con talento. Personas que viven de lo que hacen con sus propias manos.

Susi no me deja llamar la atención de nadie. Tengo que esperar que la persona se acerque.

El truco está en estar receptiva a lo que necesita. Las primeras veces le metía la cesta por los ojos a la clienta. A veces las descolgaba para enseñarlas y desmontaba el puesto en dos minutos.

Las veces que me mandó Susana por cambio, cuando no necesitábamos más monedas. Ahora tengo que fijarme en lo que la clienta está mirando y sugerirle sutilmente otro parecido. El "sutilmente" me ha costado un poco. Era un concepto abstracto que no llegaba a captar.

Ella me dice que lo hago muy bien. Yo prefiero que lo haga ella. Me quedo detrás y ayudo. Si hay varias personas, entonces sí, directa me pongo a ello.

No tienen nada que ver los bolsos con las bragas que vendía antes. No hay nada deshonroso en vender bragas, todo lo contrario. Pero era un producto insulso, que a mí no me despertaba, ni una pizca de motivación.

Supongo también, que es una pieza de mi pasado que no quiero volver a encajar. No lo recuerdo a menudo. La última vez fue cuando Marina leyó su texto. No pude aguantar las lágrimas. Nunca imaginé que ella lo hubiese vivido así y la quise todo lo que soy capaz de querer a alguien.

Sé que se sintió muy mal por mí. Nadie sabía esa parte de mi vida. Y lo escribió pensando que no habría que leerlo en voz alta.

Cuando terminó, me levanté, llorando en silencio, y la abracé como nunca la había abrazado. En ese gesto tan sencillo puse todo lo que

tenía a mi alcance.

No me importó que las demás supieran que era yo esa niña que en el silencio de su cama, vivió la más terrorífica de las experiencias. Me querían y mostrar esa parte de mi vida las iba a hacer entender otra también turbia.

Sin la ayuda de Marina yo no sería nada. Posiblemente algún día hubiese acabado con mi vida. Pero ella estuvo siempre a mi lado.

Siendo muy joven me ayudó a emanciparme. Me alquiló una habitación en una casa de estudiantes.

Con la ayuda de Laura movimos papeles para que a mis diecisiete años no dependiera de mis padres. Sería libre para vivir mi propia vida.

Habló con mi madre, le hizo entender que necesitaba salir de esa casa. La convenció para que siguiera trabajando con ella.

El vender en los mercadillos me permitía comer. Marina me traía cestas de fruta, me compraba ropa y sobre todo, me quería. Algo que no había sentido nunca.

Por primera vez en mi vida dormía con la luz apagada.

No fue fácil. Me sentía sola, me enganchaba con el primero que me daba un poco de atención. Normalmente hombres que no se merecían el cariño de nadie.

Poco a poco empecé a salir más con las amigas de Marina, que me trataban como una niña pequeña a la que mimar. Como había chicas de todas las edades me sentía cómoda.

A los dieciocho años, quise irme a vivir sola. Los pisos que podía pagar estaban cerca de la casa de mis padres, en el mismo barrio.

Tuvo más peso la necesidad de una independencia, de un espacio propio, que la pesadumbre de tenerlos cerca. Trabajaba algunas horas en un almacén y por la noche en un bar de copas. Junto con lo que ganaba en el mercadillo podía vivir con decencia.

Un día Susana me llamó para contarme que necesitaban cajeras en un supermercado de su pueblo. Que me presentara a la oferta. Mi objetivo a corto plazo era vivir allí, en ese pequeño pueblo junto al mar.

Rellené la solicitud y me llamaron para una entrevista.

Me dejé el pelo suelto, y me maquillé los ojos con tonos terracotas. Un poco de rubor en las mejillas y brillo en los labios. Una blusa blanca y una falda negra, no demasiado ceñida, a la altura de la rodilla fueron todo mi atuendo. Soy alta y delgada, y tengo mucho pecho, lo que hace que vestirme de forma discreta sea muy complicado. Era importante causar buena impresión.

Me sentía cómoda para ir a la entrevista. No estaba demasiado arreglada, pero tampoco tenía un look informal.

No me hicieron esperar. Llegué y pasé al despacho de la jefa de

departamento. Se presentó, dándome la mano, de forma demasiado formal y seca.

Me pidió que me sentara frente a ella y me examinó despacio, sin prisa. En esos primeros momentos, ya pude leer en su rostro, que no tenía posibilidades de conseguir el trabajo.

Una aprende desde niña a ver el desprecio en la cara de algunas personas y tiende a alejarse rápido. Esta vez no podía huir.

La señora me preguntó mi nombre y mis apellidos. No pudo disimular la sensación de asco con la que recibió mi apellido. No se molestó mucho en leer mi currículum. Seguramente tendría en su mano la mejor redacción de una vida laboral que había visto nunca.

Pilar y Laura tardaron horas en redactarlo, las dos eran expertas en la materia.

Me miró a los ojos, se paró unos instantes y me preguntó si no me daba vergüenza ir a una entrevista de trabajo pintada como una prostituta. Un puñetazo en la boca del estómago no me hubiese dolido más.

Debí coger mi currículum y salir de allí como si me empujara el mismo diablo. Pero la humillación me paralizó. Cómo me ocurría siempre. La vergüenza sonrojaba mis mejillas y las piernas no obedecían a mi mente.

La señora estuvo unos minutos hablándome sobre su conocimiento de “los que son como yo”. Y la de cosas que le faltarían cuando mi familia viniera a comprar. Que en su vida, ella había dado muchas oportunidades, pero que ya había aprendido. Me levanté sin poder evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas.

Me senté en un banco cercano y lloré durante mucho rato.

Un señor mayor se sentó a mi lado, me preguntó si estaba bien y creyó encontrar la respuesta en un desengaño amoroso. El pobre hombre me hizo ver que yo era muy guapa y que ningún hombre se merecía mis lágrimas.

Cuando lo conté en el grupo, las chicas reaccionaron de diferente manera. Tuvimos que frenar a Pili que quería mandarle un virus informático que cobrara los artículos del supermercado a precio de ganga. Y a Patri que directamente quería ir a partirle la cara.

Pero a Marina no la pudimos frenar. Fue a hablar con la jefa de departamento. Se presentó sin cita previa y exigió verla. Esperó un par de horas en una pequeña sala de espera.

Entró al despacho, y no medió palabras con la señora.

Sacó su teléfono, y puso el manos libres. Llamó a Miguel.

Miguel es uno de los mejores amigos de las dos hermanas. Trabaja en el periódico más importante de nuestra provincia.

Con un tono amable le contó al periodista que tenía una noticia muy interesante para él. Una cadena de supermercados que en la

selección de su personal dejaba mucho que desear, manteniendo unos barómetros racistas que podía demostrar con varios testimonios. La desagradable señora se mantenía de pie, escuchando atónita la conversación.

Miguel le prometió que se pasaría por el supermercado para hablar con el director del incidente. Marina se fue de allí con un montón de disculpas vacías que prometían tener una continuidad en mi persona.

A los dos días, después que Miguel los visitara, me llamó el director para disculparse. Me convocó a otra entrevista. No quise repetirla. No quería ese tipo de personas cerca.

Me encantaba hablar con Miguel. Cuando venía con nosotras siempre me sentaba a su lado.

Con sus gafas y su maletín pegado a él, pareciendo incluso parte de su propio cuerpo, podías ver a tres kilómetros que era un intelectual.

Marina lo había conocido cuando fue a hacerle una entrevista en la biblioteca donde trabajaba. Sus actividades eran muy llamativas y con frecuencia tenían un espacio en los medios de comunicación. Se vieron en varias ocasiones y mi amiga le regaló un cuento donde él era el protagonista. Miguel se enamoró de la capacidad de dar que tenía mi amiga. Y la quiso en su vida. No tuvo la valentía de decírselo, y perdieron el contacto.

Se volvieron a encontrar en otro momento, donde por otras circunstancias, volvió a entrevistarla.

Miguel me contaba historias de su periódico. Siempre me hacía reír hasta las lágrimas.

Contaba sus errores como si fueran grandes aventuras.

La que más me hacía reír era una crónica del desfile procesional de la Purísima Virgen del Pilar. En los titulares cambió una sola letra en la palabra “purísima”. Que culpa tendría él de que la letra “t” esté muy pegada a la “r”, me decía entre risas. Después de publicar “La putísima Virgen del Pilar”, no lo habían despedido de puro milagro.

Se disculpaba diciendo que el presupuesto era bajo y que el que tenía que corregir esa noche el periódico entero era él.

En otra ocasión el error consistió en cambiar dos fotos. Una era del ganado porcino y la otra del Rey de España. A la de los cerdos le puso el texto de “el rey de España”. Y nunca nos llegó a revelar lo que puso en el pie de la foto del Rey.

Cuando Miguel llega al taller las máquinas se paran. Nos encanta escuchar cómo nos cuenta las noticias. Sin filtro, al natural, sin manipular.

Con él hemos aprendido, que una misma noticia puede tener varias caras, según el color político que la alumbre.

Soy una de las ejecutivas. La más lenta de todas. Mi trabajo no necesita nunca retoques. Cuido mucho las terminaciones, que no haya

ningún hilo que asome ni un poquito.

Me divierte mi trabajo. Cuando Susi me pone en las bandejas las cintas, flecos y pompones para decorar mi bolso, no soy capaz de ver el resultado final. Siempre me sorprende.

El orgullo que siento al mirar lo que he hecho con mis propias manos, es algo asombroso. Me llena, me hace sentir plena y sobre todo me hace quererme.

Este último paso ha sido necesario. En el momento que me he querido un poco más, he cambiado la percepción del cariño que me tenían los demás.

Puede que sea más lenta, pero estoy segura que soy la que más disfruta. Cada creación lleva un poco de mí. Mis manos le dan forma a lo que en mi cabeza aún no existe. Disfruto más el camino que la meta. Es menos solitario, más cálido.

Yo encontré mi meta caminando.

CAPÍTULO 23

verónica

Estaba tan cansada de limpiar casas ajenas que acepté incluso antes de que se formalizara la propuesta.

En un principio pensé que habían pensado en mí para limpiar el taller. Mi sorpresa fue mayúscula cuando querían que formara parte de las ejecutivas.

Nunca destaqué por ser habilidosa. Los trabajos que se realizaban a mano no habían sido mi fuerte.

La alegría de compartir con ellas una gran aventura eclipsó todas mis inseguridades.

También echo una mano en preparar los pedidos, cuando el volumen es muy alto. Me toca envolver y empaquetar. Lo hago con agrado.

Mis horarios cambian cada dos semanas. La custodia de los niños me hace tener dos semanas donde puedo tener el horario más amplio y dos semanas donde solo puedo tener el horario que me permita llevar a los niños al instituto.

Mis compañeras no ponen impedimentos a esta flexibilidad que a mí me abre las puertas a la independencia.

Cuando trabajo en mi máquina de coser me siento útil, una sensación totalmente novedosa.

A veces, cuando termino una cesta y Susana la sube en alto, para que todas puedan ver como ha quedado, me sonrojo. Es una sensación nueva que no sé gestionar y me sale en forma de color bermellón por las mejillas.

Antes de trabajar aquí lo único que había hecho había sido limpiar casas. No demasiadas. Tenía una casa fija de una señora mayor, amiga de la madre de Pilar, que era encantadora. Iba cada mañana tres horas.

Esa misma mujer me recomendó a la hija de una vecina, Milagros. Todo iba bien, hasta el día del móvil.

El primer día, Milagros me contó que estaba muy contenta. Todo había quedado a su gusto. Al día siguiente limpiaríamos a fondo la cocina. Llegué, me cambié y me puse a limpiar con mucho interés. Dos casas me ayudarían a tener un sueldo apañado y no tener que vivir

pidiéndole a mi marido.

Al terminar me volvió a felicitar. Notaba que no se separaba de mí, pero pensé que al principio hasta que coges confianza era algo normal.

Dos semanas después me olvidé el móvil en la habitación donde me cambiaba.

Me di cuenta al llegar a casa, después de coger dos autobuses, una hora y media más tarde. Llamé con el teléfono de mi hijo y me lo cogió la señora. Le dije que cuando llegará mi marido iría a recogerlo.

Me esperaba en la puerta. Me dio mi móvil y le presenté a mi marido. Pude ver en sus ojos el recelo. Lo miraba con una mezcla de miedo y rechazo.

A las dos horas me llamó para que no volviera al día siguiente, que no iba a estar. Ya me llamaría ella. No me sorprendió la llamada. Había visto en sus ojos esa mirada. Esa que me hacía huir cuando niña para evitar los problemas. Esa que tantas veces me había alejado de mi objetivo.

Cuando mi marido se enteró empezó el verdadero calvario. Algo habría hecho yo. Así limpiaba de bien que no duraba ni tres días. Un argumento tras otro iba lastimando mi autoestima hasta quebrarla en trozos irreparables.

Siempre había sido así desde el principio.

Me convirtió en su saco de boxeo, el lugar donde descargaba todas sus frustraciones.

Llovían gritos diarios que me acusaban de ser la peor madre, la peor amante, la peor cocinera.

Nunca me puso la mano encima. Sabía que si me dejaba una sola marca mis amigas lo denunciarían. Conocía la forma de pelear de Laura en los tribunales. Marina había sido maestra de nuestros hijos

Vivíamos frente al colegio donde ella daba clase.

Una tarde de primavera, se disponía a coger su coche para regresar a casa. Nos oyó gritar y tirar muebles.

No se lo pensó dos veces, llamó a la puerta, insistió, entró en la casa, y de un empujón se lo llevó a una habitación.

Dos horas estuvieron hablando. Dos largas horas donde lo calmó y le dejó claro algunas cosas. Era nuestro primer año de casados.

Ninguno de los dos me contó nunca lo que habían hablado, pero pude intuir que Marina había sido muy tajante.

La conocía y sabía que si me tocaba un solo pelo ella se encargaría de que su vida fuera un infierno. Marina tenía el conocimiento y las agallas para hacerlo.

Siempre había admirado ese carácter tan luchador de mi amiga. No le tenía miedo a nada. Ni a nadie. Podía enfrentarse a los delincuentes más peligrosos, ella sola. Sin necesitar compañía. No necesitaba la fuerza. Conocía todos los secretos de aquel barrio.

Muchas personas le debían favores a Marina. Madres agradecidas de sacar a sus hijos de problemas. Padres desesperados que no sabían por dónde tirar.

Bromeábamos con que había hecho correr el rumor que si algo le pasaba, iría a parar a la policía un diario con los secretos más profundos de todas las familias del barrio.

Nunca me puso la mano encima. Muchas veces pegó un puñetazo a la pared. O al sofá. O estrelló la olla del puchero en el suelo. También hubo mucha ropa destrozada. Demasiadas faldas muy cortas. Vestidos demasiados pegados.

No era feliz. Me agarré a un palo que ardía para salir de un fuego que abrasaba.

El palo al menos me decía que me quería.

La única vez que se me ocurrió pedir el divorcio, me calló la boca y me cerró el paso con una sola frase. Me miró a los ojos tranquilo. “Tú te vas, pero los tuyos no vuelven a dormir tranquilos en la puta vida”. Sabía que no se quedaría en una sola amenaza.

El cuerpo se adapta a todo. Y la mente se va doblegando hasta hacerse invisible. No te das cuenta que tu cuerpo y tu mente se han separado completamente hasta que llega alguien, te toca el corazón y te haces de nuevo un ser corpóreo.

Mis días estaban llenos del amor de mis hijos. Niños buenos que me hacían sentir orgullosa. A pesar de los gritos y los llantos que habían mamado, se perfilaron como niños dulces, educados y llenos de alegría. Buenos estudiantes y cariñosos. Si hubiese soñado con ellos, no los hubiese podido imaginar más perfectos.

Evitaba todo confrontamiento para que los gritos fueran escasos. Tenía la casa limpia, la comida en la mesa. Cuidaba que el punto justo de sal no hiciera saltar la ira. No olvidaba nunca las cervezas y cuando venían sus amigos era la perfecta anfitriona. Pizzas, hamburguesas y ensaladillas que eran exigidas entre maldiciones al árbitro y gritos sobre la manía que tenían a su equipo.

Mi marido me fue infiel siempre. La primera dolió. La vi de frente. Me golpeó estando embarazada de ocho meses.

Me topé en un centro comercial cuando comía con ella. Era más joven y más guapa que yo. Posiblemente más tonta, también. Podía escoger algo mejor.

Llegó a casa y se encontró las maletas hechas. Le dije que se fuera, que no quería volver a verle.

En un primer momento me llovieron una cadena de insultos entrelazados por acusaciones de ser celosa y paranoica. Luego le enseñé las fotos que había tomado y el discurso cambió. Se hizo más agrio, más áspero. “No es nada, es una amiga, me estaba ayudando a comprar ropa al bebe. No te lo he contado, ya ves cómo te pones”.

Pasé la noche en casa de Marina. Ante la negativa de marcharse, cogí mi bolso y me marché yo.

Al día siguiente, tuve contracciones y me ingresaron. Estuve una semana en el hospital y me provocaron una cesárea. El trabajo de reconstrucción que hizo fue digno de un Oscar. Esos hijos necesitaban un padre. Y si me quería ir, los niños se quedaban con él, por las buenas o por las malas. En ese mismo momento me di cuenta que mi vida estaba condenada al más oscuro de los pesares. A la sumisión del miedo.

Sufrí en mi propia familia las consecuencias de lo que podía llegar a hacer. Muchas veces estuve tentada a coger mis cosas y huir lejos con mis hijos. Tendría que llevarme a mi madre y mis hermanos. También a mi padre y mis cuatro abuelos. A mis tíos y mis primos. Lo que era inviable. Estaba atrapada por una red de araña que nunca me dejaría escapar.

Presumía de las mujeres con la que salía. Compartía sus aventuras en las redes sociales.

Colgaba fotos que lo único que conseguían era decirle al mundo que mi marido no tenía el más mínimo respeto por mí. O algo peor. Que yo no lo tenía por mí misma.

Las chicas hablaban conmigo a menudo. Intentamos buscar soluciones mil veces.

Hasta que hallamos una. Al principio nació como inverosímil. Pero poco a poco fue coagulándose como la peor de las venganzas.

Diez cabezas la estudiaron. Creamos un plan completo con un mapa de mentiras en una pizarra blanca.

Si yo no podía salir de mi cárcel, tenía que conseguir que el carcelero lo hiciera.

Conseguir que pasara el menor tiempo posible dentro de mi jaula.

Si lo empujaba fuera, ese tiempo lo pasaría con otra.

Un poco de suerte y otra abeja reina querría que el zángano se quedara con ella, para siempre.

Un café en la casa de Pili nos bastó para arrancar con todas las ideas claras.

De manera gradual todo lo bueno que había en mi hogar se tendría que ir desvaneciendo.

El aseo de la casa tenía que desaparecer. Tenía que descuidarme poco a poco. Un día sería la casa sin barrer. Otro día los platos sin fregar. Nada de limpiezas profundas.

En mi cuidado personal ocurriría igual.

Las niñas me compraron dos vestidos de estar por casa en el mercadillo, dignos de una señora de setenta años bien cumplidos. Marina habló con mis hijos. No me sorprendió su apoyo. Al crecer sufrían con la forma en que su padre me trataba. Pasarían todo el

tiempo en su habitación y no intervendrían.

Dejé de limpiar. Poco a poco. Mi casa era cualquier cosa menos un sitio agradable.

Y llegó el golpe de efecto final. Me puse enferma.

Una enfermedad inventada que me provocaba unos dolores horribles en los huesos.

Dolores que me volverían apática.

Mis amigas me prepararon. Y fue muy divertido. Mi vida se convirtió en una gran obra de teatro. Con el papel de víctima incomprendida que lo intentaba, pero no podía. Mi hermana venía a limpiar de vez en cuando, y se pasaba la tarde sentada en la cama conmigo.

Lloraba desconsolada ante todo aquel que me escuchara.

Pasaba muchas horas en pruebas interminable de médicos. Fotocopias que Laura y Pili me falsificaban. Ese tiempo lo pasaba en la casa de la que estuviera libre.

Poco a poco vino a casa menos. Le cansaba tener una mujer enferma que solo hablaba de sus dolores. Sus amigas eran mucho más divertidas.

Podría decir que se me hizo largo, pero no. Fue tan divertido tomarle el pelo de esa forma que los días tenían su gracia. A veces me desmayaba en el salón y perdía la conciencia hasta el mismo momento que él decidía llamar a la ambulancia.

Me pintaba grandes ojeras y con un peine de púas anchas me deshacía los rizos que tanto le gustaban.

Usaba una base de maquillaje tres tonos por debajo de mi tono de piel. Cuando estaba en casa le pedía ayuda para bañarme, para levantarme o para ir a la compra.

Dejé de ser divertida. Útil. Atractiva.

El día que me dijo que quería el divorcio, fue el día más feliz de mi vida. Le lloré le imploré que no me dejara. Le hice aborrecerme a base de mensajes a las tres de la mañana llorando. Implorando siempre que lo necesitaba, que no podía valerme por mi misma.

A las dos semanas mi amiga y abogada tenía el divorcio preparado. Lo firmamos y yo lloré de pura felicidad. Cogí mis cosas y mis hijos y empecé una nueva vida.

Sabía que no todo sería tan fácil.

El día que se enteró que salía con alguien, casi lo mata. Tengo confianza en que el tiempo todo lo borra, y llegará el día que no se molestará ni en venir a buscarme. Mientras ese momento llega, paso mis horas entre estas cuatro paredes. Cuatro paredes que huelen a mar y pasteles. Donde se respira un aire puro, limpio, sin prejuicios.

Aquí quiero vivir. Incluso si me apuras, tampoco me importaría morir...

CAPÍTULO 24

MARINA

Mi trabajo en Mamasu es muy sencillo. Tan solo aporto los dos o tres ratos diarios que me sobran.

Actualizo los productos en la página web.

Las manualidades se me dan bien, como digna maestra de infantil que soy, pero no me pongas a coser. No se coser ni un botón. Por el contrario, si me das una pistola de silicona soy capaz de construir los materiales más innovadores. Supongo que tiene mucho que ver que mi madre fuera una magnífica costurera, y que yo no tuviera ninguna necesidad de aprender.

Yo aporto muy poco, me limito a subir las fotos, que Javi tiene listas, a cada categoría.

También le echo una mano a Susi en la parte creativa. Aunque ella es mucho más elegante que yo, poco a poco, voy aprendiendo.

El colegio se lleva la mayoría de mi tiempo. Lo sé, lo sé, los maestros trabajamos solo cinco horas y a casa. Pero si eso fuera así habría más maestros que *Influencers*, y la realidad es otra. Las clases tienen un trabajo detrás. Un trabajo que nadie ve. Preparar una clase es gastar (y no perder) una gran cantidad de tiempo en buscar y crear. En una misma mañana necesitas muchas actividades. Y no te pueden faltar. No puedes llegar al punto "y ahora que hacemos".

El controlar a una clase de tres años pasa por captar su atención continuamente. Y para eso necesitas saber en cada momento lo que viene después.

Mi trabajo es muy bonito. Pero es agotador. Solo tienes que quedarte con los amigos de tu hijo cinco horas un día, haciendo actividades sin parar para darte cuenta. Atender a veinticinco niños provoca el cansancio acumulado con el que llego a casa.

Cuando entro al taller, el ambiente siempre está relajado. Nunca hay música de fondo. El ruido de las máquinas de coser y el canturreo de algunas de las chicas es lo único que se oye.

Siempre hay bandejas de pasteles en la pequeña cocina rosa. Está separada del resto de la sala por un muro, que por el otro lado tiene papel pintado. Solo hay dos muebles pequeños de almacenaje, un fregadero, un horno, un microondas y una nevera con un gran

congelador.

El horno fue aplaudido por todas. Laura podría hornear y comeríamos pasteles a menudo. Los dos muebles pequeños además de vasos y platos, están llenos de batidoras y utensilios de cocina que nuestra pastelera amontona uno encima de otro.

El congelador también es muy grande. No era fácil almacenar helados para todas. Cuando el calor apremia, hacer una pausa con algo dulce y refrescante es más que necesario.

También suelo ayudar recogiendo o limpiando la sala. Eso solo ocurre si tenemos algún pedido grande que mantuviera a todas las chicas en las máquinas de coser.

Todas las que trabajan en Mamasu son parte de mi vida. Algunas cayeron de bruces, metiéndose en mi mundo de un día para otro. Otras llegaron poco a poco, pasando por diferentes roles.

Encontrar personas valiosas que se queden en mi vida para siempre, no se me ha dado del todo mal. Cuando pequeña fue más complicado. Mientras que Susana era alegre y extrovertida, yo era seria y muy tímida.

Recuerdo el primer año en mi nuevo colegio. Era mayo, y no había sido invitada a ningún cumpleaños de los que se habían celebrado en mi curso.

Mi tía Carmen me ayudó a preparar las invitaciones con goma Eva y purpurina de colores. Las repartí en la clase. Quería que vinieran todos. Aunque mi casa era pequeña, habíamos despejado el salón sacando los muebles.

Mi madre había hecho dos tartas preciosas. Y en cada lado había dos bandejas grandes llenas de bollitos redondos de una textura muy suave. No podía separar los ojos de los que estaban rellenos de crema de chocolate.

Cumplía ocho años. Mi madrina me había regalado un vestido rosa con corte marinero. Tenía un lazo de raso en la parte de delantera que yo no podía dejar de tocar nerviosa. Unos zapatos rosa a juego me daban el aspecto de un pastelito de fresa. Un pastelito muy feliz ante la perspectiva de un día emocionante.

Llevábamos en el barrio nueve meses.

La tarde fue pasando y no llegó ninguna niña. Ningún niño. Miré las invitaciones por si no habíamos escrito bien la dirección.

Salí a la calle varias veces, por si alguien se había perdido.

A mi fiesta de cumpleaños no vino nadie. Ni un solo compañero de clase. Vi pasar las horas contemplando esa mesa llena de comida. Sentía tristeza por ser la niña más solitaria del planeta. A eso tenía que sumarle la pena de mi madre, que susurraba a mi padre para que yo no la oyera.

A mi corta edad sabía que mi familia era diferente. Y que esa

diferencia no traía cosas buenas. Las mujeres agarraban con fuerza el monedero cuando, mi madre y yo, entrabamos en la tienda a comprar. Veía el desprecio con que nos miraban algunas personas cuando íbamos los cinco juntos.

A las dos horas me encerré en mi cuarto a llorar. Mi hermana, que por aquel entonces tenía cuatro años entró a consolarme.

Estuve llorando un par de horas, con una pena agarrada a mi inocencia. A las siete de la tarde, pegaron a la puerta.

En menos de media hora mi casa se llenó de gente que me cantaba cumpleaños feliz. Mis padres habían llamado a mis tíos, y no tardaron en llegar con mis primos.

Me sequé las lágrimas y disfruté de la fiesta con diez niños que me abrazaban y me besaban. Yo era la mayor de todos, pero no me importaba. Sabía que estaba rodeada de los que me querían.

Mi padre, cuando terminó la fiesta se sentó a mi lado.

Me cogió mi pequeña cara morena y me dijo: “Esto es la familia, los que siempre están contigo para lo bueno y para lo malo. Tus amigos necesitan un poco más de tiempo para conocernos y querernos. Pero no dudes que lo harán. Y algunos te querrán tanto que se quedarán contigo toda la vida”.

Entendí perfectamente las palabras de mi padre. El barrio tardó mucho en aceptarnos. Algunos no lo hicieron nunca. Pero mis padres, que siguen viviendo ahí, son unos vecinos apreciados. Todo el mundo adora a mi madre, esa mujer alegre que tiene siempre tiempo de pararse a hablar con cualquiera que necesite una pizca de amabilidad. Y a mi padre, ese hombre que devora libros a la velocidad de la luz.

Al contrario de mi madre es reservado, pero su exquisita educación y su saber estar es reconocida por los más de cien vecinos que conviven en el mismo bloque de pisos.

Fue precisamente él quien me contagió desde pequeña el disfrute por la lectura, y sin querer, mi mano se contagió por el amor hacia las letras. Con nueve años escribí mi primer cuento y gané un concurso en el colegio.

Me encantaba leer de una manera obsesiva.

El conflicto era continuo cada noche a la hora de dormir. Quería seguir leyendo y mi madre me apagaba la luz.

Se solucionó cuando mi primo Raúl, a escondidas, me regalo su linterna.

Experiencia que me resultó maravillosa hasta que se me acabaron las pilas. Conseguir más en el mercado negro no fue sencillo. Mi prima Cristina me consiguió unas cuantas. La hucha alargó un poco más el invento. Pronto encontré una solución definitiva.

Tuvo dos fases. La primera, ante los ojos de mi madre, enamorarme de los bocadillos calientes que vendían en el colegio. La segunda fase

me dejó sin desayunar una buena temporada. Con ese dinero compraba pilas en las diferentes tiendas del barrio.

Hasta que mi padre encontró doscientas trece pilas amontonadas en mi cajón todo fue perfecto.

Tenía un diseño nocturno tienda de campaña, montado con libros de tapa dura, que me permitían leer debajo de las sábanas y las mantas. Tan solo la destapaba por la parte que daba a la pared para que de vez en cuando me entrara aire.

Eso sí, antes de montar el chiringuito tenía que asegurarme que mis padres estaban dormidos.

Los días que alguna de las dos estábamos enfermas el invento no funcionaba. Mis padres entraban a la habitación a menudo para controlar la fiebre.

Un día cogí del bibliobús, un autobús que cargado de libros aparcaba en mi barrio durante dos horas a la semana, un ejemplar muy interesante. “Las mil y una noches”. Cuando mi madre vino a llamarnos para ir al colegio me di cuenta que había pasado toda la noche leyendo. No había dormido nada. A media mañana llamaron a casa para que viniera a recogerme. Me encontraba enferma. Me había quedado dormida en mi pupitre.

Dos de las que comparten aventura hoy conmigo, me han sufrido como maestra. He compartido con ellas un tiempo valioso, que ha sido el piso perfecto para seguir construyendo. Nos llevamos poco más de veinte años, pero no se nota. Su aprendizaje en la vida ha sido tan duro, que son unas supervivientes. La vida las hizo madurar a base de golpes.

Me siento afortunada de participar en este proyecto.

Susi es lo mejor que me ha pasado en la vida. Tengo la suerte de tener a una de las mujeres más bondadosas de este mundo de mi lado. Me cuida y me mima con todo lo que está al alcance de su mano.

Cuando empezó a trabajar en el mercadillo artesano, su vida cambió. Encontró a un grupo de personas que soñaban con lo mismo que ella, ser su propia jefa, y disfrutar con lo que hacía.

Durante muchos años trabajó en una empresa de *marketing*. Su relación con los clientes era telefónica. Sin duda era la mejor de su equipo. No es que lo valorara yo, lo hacían las cifras que alcanzaba.

La jefa de su departamento se esforzó en hacerle la vida imposible. En la lucha cuerpo a cuerpo, Susi perdía las fuerzas. Hasta que no pudo más y dejó el trabajo. Un trabajo estable que adoraba. Perdió demasiada energía en encontrar las respuestas. En buscar las equivocaciones cometidas.

Nunca las encontró. No existían. El tiempo le puso delante historias que se repetían. Cuando otra chica la sustituyó y obtuvo un poco de éxito, la despidieron sin explicación.

Esto sucedió innumerables veces a lo largo de los años. Las compañeras que quedaban sabían que permanecerían trabajando siempre que su mediocridad las hiciera invisibles.

No es que mi hermana tuviera una habilidad especial para vender en el mercadillo. Nunca lo había hecho y no era capaz de atraer a los clientes con chascarrillos.

Su mercancía era atractiva. Sus bolsos y cestas destacaban por su colorido. El diseño era su fuerte. Tiene un don especial para combinar colores y texturas.

El que todos los bolsos fueran distintos le sumó un extra a su estrategia comercial. Las personas que querían algo único lo tenían al alcance de la mano.

Había hecho una gran inversión. Y los mercadillos cerraron por la pandemia. La vi llorar en el taller que había improvisado en el cuarto de invitados. Las cestas, los bolsos y los capazos la miraban impasibles.

Ella nunca se rinde. La capacidad que durante todos estos años había desarrollado para resolver los problemas de los demás, se puso a su servicio. Pasó noches sin dormir viendo tutoriales para poner una web

Con un empujoncito de las chicas lo consiguió.

El grupo de seguidores que me acompañaban en Twitter fue la clave para comenzar a vender. Confiaron en ella y se saltó la parte más complicada. Los primeros compradores. En la medida que iban creciendo sus ventas, también lo hacían sus sueños. Hasta que consiguió que todas participáramos de él.

En tiempos tan complicados no se limitó a mejorar su web. Ayudó a todo aquel que estaba pasando por lo mismo, y necesitaba abrir una ventana al mundo. Colaboró con un centenar de persona para que abrieran una tienda *online*.

Algunas veces venimos los domingos al taller. Comemos juntas y exponemos ideas. Anotamos esas ideas en papeles de colores que pegamos en la nevera. Papeles de colores que son el principio de nuestro próximo arco iris.

CAPÍTULO 25

PILAR

No puedo dejarlo todo y meterme de lleno en la aventura.

Me encantaría. Seguro me acostaría con otro sentido del humor.

Dejaría de mirar estadísticas y tablas.

Mi vida se basa en eso. En medir cosas que previamente he creado. Comprobar si han funcionado.

Llevo las redes sociales de Mamasu. Aunque Marina es nuestro punto fuerte, en cuanto a promoción se refiere.

Tiene una audiencia sana en sus redes sociales. Un público que la sigue y la amplifica a partes iguales.

Ha conseguido lo que pocas personas consiguen en las redes, ser trasparente.

Con sus anécdotas ha ido perfilando un personaje que la delimita a la perfección. Aprovechar esa conexión me pone muy fácil mi trabajo.

Al principio yo tenía mis dudas. No creía que esto funcionase. Demasiadas personas para trabajar por un objetivo compartido.

Me asombró la inteligencia con la que Susi anticipó ese problema y le puso solución. Una solución que nunca hubiese imaginado.

La base que ha conseguido crear con todas nosotras es fuerte y me atrevo a decir que indestructible.

Esta niña tiene una capacidad de resolución de problemas superior a la media.

Es un don natural. Es capaz de ver todas las soluciones posibles a un problema de forma gráfica. Sin pensarlo durante horas como el resto de los mortales.

Cuando decidí venir a vivir a Benalmádena, donde viven todas, me ayudó a buscar casa.

Quería una casa pequeña, cerca del mar. Encontró un anuncio con la casa perfecta. Llamó a la inmobiliaria y fuimos a verla. Nos enamoró. Era una casa pequeña con una terraza enorme. A cinco minutos andados de la casa donde vivía Carmen y pocos más de donde vivía Verónica.

Tenía entrada por la calle, pero debajo había otra casa exactamente igual. Daba la impresión de haber sido una casa de dos plantas que cortaron de cuajo. Estaba adosada a otra, con las mismas

características.

No tardé ni dos minutos en decidir que quería vivir ahí. No fue difícil. Mi volumen de facturación me avalaba.

La inmobiliaria nos citó para firmar el contrato con la dueña a las cuatro de la tarde. Llegamos un poco antes y el señor, con un traje de chaqueta clásico, nos esperaba en el interior. Nos estaba explicando que la dueña vivía abajo cuando vimos a una señora mayor parada en la puerta.

Nos observaba muy quieta.

Su aspecto delataba que no era española. Su piel clara y sus ojos azules, unidos a su porte inglés, nos dio algunas pistas de su país de procedencia.

No entró. Pidió al chico de la inmobiliaria que saliera con un inglés autoritario.

Hablo inglés con soltura así que puede entender perfectamente como le decía que "no iba a alquilar la casa a personas como nosotras".

Y sin decir mucho más se marchó.

El chico de la inmobiliaria no sabía ni que decirnos. Se disculpó y nos acompañó al coche. Mientras nos prometía que nos buscaría una casa por la zona, nos dimos cuenta que la casa de al lado se vendía. Era exactamente igual que la anterior.

Nos la enseñó y supe que iba a vivir ahí el resto de mi vida.

Al entrar por la puerta y salir hacia la terraza sentí que era mi sitio en el mundo.

El aire puro, el sol y el espacio para plantar mis flores eran suficientes para mí. La cocina y el salón abierto, mucho más moderno que su vecina, le daba mucha más luz.

Le dije al chico que me la quedaba.

Nunca me había planteado comprarme nada. Pero la casa me acogió, la sentí segura, llena de proyectos en mi cabeza.

En tres semanas los papeles estaban arreglados, la hipoteca concedida y yo compraba macetas para mi nueva terraza.

Cuando fui a presentarme a la señora inglesa, con una tarta de manzana que me había hecho Laura, la mujer se quedó de una pieza.

En estos años los acontecimientos le han dado una buena lección y se ha tragado sus prejuicios.

Ha estado en cama, sin poder valerse por sí misma, y he sido la única persona que la ha cuidado.

Tengo que reconocer que también me tuve que tragar los míos. Descubrí una mujer inteligente, amable y cariñosa, que tenía el mismo nivel de miedo a lo desconocido que un chiquillo a la oscuridad.

Alquiló su casa a una pareja que nos hizo pasar unos momentos inolvidables.

Mis nuevos vecinos llegaron dos días después de instalarme. Solo estarían un mes, era una estancia corta.

Se esforzaron por no relacionarse con nadie. No se escuchaba música ni ruido ninguno.

Tan solo los veía, a través del calado del muro que nos separaba, desayunar en la terraza.

A la semana no los volví a ver. En la terraza había una jarra de zumo, y dos platos con una rebanada de pan.

No se veía a nadie. El coche seguía aparcado en la puerta.

Las chicas y yo disimuladamente, mirábamos tras las ventanas que estaban abiertas.

Nos parecía un misterio que abandonaran el desayuno en la terraza.

En el salón había una bandeja con fruta cortada.

A la semana empezamos a crear teorías que iban aumentando de dimensión al pasar de boca en boca. Empezamos a preocuparnos si el gas o alguna bebida había sido el causante de algún accidente.

No tenía yo muchas ganas de mirar de cerca a la que pudo ser mi casera y no fue.

Teníamos un misterio que resolver.

Pasaban los días y veíamos como las moscas y hormigas se comían el pan.

La fruta del salón se pudría.

El día que vimos a la casera pegar a la puerta, las cinco que estábamos en casa en ese momento ordenando mis últimas cajas, pegamos cinco vasos a la pared para intentar escuchar lo que pasaba.

Imposible. El ruido de nuestra propia risa no nos lo permitía.

La señora se fue. Y no volvimos a tener nuevo capítulo hasta que fue la policía la que vino.

Cuando vimos la patrulla llegar, Verónica y yo estábamos recién levantadas y con nuestros respectivos gorros de dormir de satén para que nuestros rizos no se deshicieran.

Nos lo quitamos de un tirón las dos y nuestros nudillos chocaron.

La policía se paró en nuestra casa en primer lugar, al escuchar nuestras risotadas.

No nos dio tiempo a arreglarnos un poco, cuando pegaron a la puerta.

Las dos en pijama, con todo el pelo recogido arriba en una piña. Y con una risa, que más que agradable, parecía sospechosa, abrimos la puerta.

Cuanto más intentábamos estar serias, más risa nos daba. Tuvimos el ataque de risa más grande de nuestras vidas. Al final los dos policías, tuvieron que hacer un gran sobreesfuerzo para permanecer serios.

Nos preguntaron si habíamos visto algo raro, que nos hubiese

llamado la atención.

Le contamos de forma desordenada la misteriosa desaparición.

En una hora empezaron a llegar coches y coches de policía científica.

La señora casera estaba tan asustada que tuvimos que darle una tila en casa.

Nos enteramos por los periódicos que eran dos delincuentes muy buscados. Nada más y nada menos que por pertenecer a banda armada.

La vida le dio a la señora inglesa un guantazo en la cara sin manos.

No volvió a alquilar la casa hasta que le recomendamos a Javi, que por aquel entonces necesitaba un nuevo sitio para instalarse.

Tener a mi amigo puerta con puerta es un privilegio.

Es maravilloso poder saltar el muro que separa nuestras terrazas cada vez que me dejo dentro mis llaves y no le he devuelto las de repuesto que olvidé el día anterior.

Vivo mucho más tranquila, y he ahorrado seguramente una gran cantidad de dinero en cerrajeros.

Puedo ir andando al taller. Solo tengo que bajar una enorme cuesta hasta la playa. Cuesta que luego me subirá alguna de las chicas, porque estaré sin fuerzas y sin ganas.

Puedo tardar unos cinco minutos en bajarla. Pero subirla me costará más de veinte.

Al principio solo Marina y Susana vivían en el pueblo, y al final hemos acabado todas creando un hogar aquí. En estas casas blancas adornadas con macetas de flores rojas y rosas.

Es un lugar donde puedes perderte en la calles, y siempre llegas al mismo sitio. Al mar, que te espera con su espuma blanca y agua transparente.

La gente nunca tiene prisa. Los que están de visita van despacio para disfrutar de los detalles. Los que vivimos aquí no podemos hacerlo de otra manera.

Tienes que dejarte llevar por su aroma, por las plantas que cuajan sus balcones. Por las tradiciones que te embaucan y enamora de manera irresistible. Disfrutar de sus terrazas, de sus chiringuitos. De las sardinas que despacio se asan en las barcas en la orilla.

Del olor a sal y azahar que se cuela por tu ventana. De la mezcla de idiomas que andan por sus calles, salpicando de diversidad sus rincones.

Este pueblo, de forasteros que buscan lo auténtico, es el contexto perfecto para nuestro proyecto. Un sitio donde volver a escribir una página en blanco.

CAPÍTULO 26

PATRICIA

Susi reunió a las chicas un día en su casa para contarles su proyecto. Yo ya lo sabía. Algunas tardes cuando terminaba de trabajar me iba a ayudarle. Conocía lo que tenía en su cabeza. Soñaba en secreto con participar. Apenas lo podía disimular cuando estaba a su lado.

Mi meta era acercarme lo más posible. Aprender de ella. Quería que me enseñara con la esperanza que si era buena, algún día contaría conmigo.

Empecé con los envíos, copiaba su forma de envolver los paquetes. Doblaba el papel de seda con el mismo mimo que ella lo hacía. Miraba durante horas como escogía las cintas, como realizaba los diseños en un papel.

Me dejaba que la mirase. Intentaba no molestarla. Mantenerme callada hasta que ella con una sonrisa me pedía mi opinión sobre algo. Me sentía tan importante, que no alcanzaba a contestarle algo coherente. Durante toda mi vida había sido invisible para los que me rodeaban. No me costaba estar en una estancia sin que notara mi presencia.

El día que me dijo que contaría conmigo cuando Mamasu creciera fue el más feliz de mi vida. La gran sorpresa fue cuando en la reunión descubrí que no pensaban en mí como una asalariada. Quería que formara parte de la cooperativa. Tarde un rato en procesar la información. Nunca había formado parte de nada.

No tuve que pensármelo. Era un sueño trabajar con ellas. Aunque tuviera que doblar millones de cintas bordadas, siempre lo haría en un ambiente más agradable.

No quise dejar mi trabajo hasta que terminara mi contrato. Doblar turnos no sería difícil, ninguno de los dos trabajos eran muy cansados y podría ahorrar algún dinero.

Me mudé al pueblo donde vivían todas. En la mudanza me di cuenta lo poco que tenía en la vida. Dos cajas, con la ropa de verano e invierno. Una pequeña con los utensilios de la cocina, y una maleta de viaje medio vacía con libros y algunos regalos que las chicas me habían hecho años atrás. No tenía mucho que llevarme. La tristeza de tener tan pocas posesiones se esfumó como vaho al sol. Evocar

pensamientos de mi nueva vida me animó. Llevar tan poco equipaje para un nuevo viaje era una ventaja.

En este pueblo, en invierno las playas están tranquilas y puedes pasear a cualquier hora. En verano no hay un trozo de playa para extender una toalla. Todas podemos ir de casa al taller andando.

Espero que este trabajo dure para siempre. Aquí me siento protegida, me siento fuerte y no tengo miedos.

En la cocina del restaurante donde trabajaba también me sentía bien. Hasta que todo se torció de forma equivocada y me salpicó de lleno.

Paco, el dueño del bar y yo nos entendíamos bien.

Era un viejo cascarrabias que hablaba poco y susurraba mucho. Siempre pensé que fue una costumbre que adoptó con su difunta mujer, por lo que me habían contado, debió ser una señora de armas tomar.

Pensé que me presentaba a una entrevista para camarera.

Necesitaba el trabajo para pagar el alquiler. Un techo que me cobijara era en aquellos días mi único objetivo en la vida. No me importaba comer, o tener para comprar ropa. Lo importante para mí era poder pagar un alquiler que me alejara de la calle o de tener que mendigar un trozo de espacio en la casa de nadie.

En el mismo momento que el señor me dijo que necesitaba una cocinera, me convertí en especialista en la materia. Mentí descaradamente.

Compré una pequeña libreta y un bolígrafo y me presenté en casa de Laura. Era la que mejor cocinaba, y estaba segura que me ayudaría sin dudarlo.

Al día siguiente tenía que elaborar las tapas de un bar y mis dotes culinarias se limitaban a macarrones con queso y a *pizzas* precocinadas.

Laura estaba en chándal. Le expliqué lo que necesitaba y comenzó a dar vueltas por el salón de forma nerviosa. Caminaba como si le quemaran las plantas de los pies al contacto con el cálido suelo de madera. Repetía mientras caminaba un “madre mía, madre mía”, que empezaba a asustarme. Se paró de repente, con la solución invisible gestándose en su cabeza. Cogió el teléfono e hizo tres llamadas cortas, con un mensaje claro. Necesitaba ayuda urgente.

Pocos minutos después Pilar, Verónica y Marina, discutían acaloradas sobre lechugas y cremas de calabaza. Yo era una mera espectadora que tan solo movía la cabeza para seguir la conversación que pasaba de una a otra.

Entre las cuatro elaboraron un menú del día semanal. Una carta con diez tapas y cinco platos combinados. Además de bocadillos creativos que yo miraba sin creer que nadie tuviese el valor de comérselos.

Lo complicado sería enseñarme a elaborarlo en tan poco tiempo.

Dos bajaron a comprar al súper y las otras dos comenzaron a explicarme las nociones básicas.

Marina iba anotándolo todo en una libreta grande. La mía se quedó pequeña al segundo plato del menú.

Empezamos con dos primeros, dos segundos y dos postres diarios.

Lo simplificaron al añadir, en el primer plato, una de las opciones como ensalada mixta o ensalada de patata que cambiaba de nombre según el ingrediente estrella. Una idea que aplaudí. Y el menú se consolidaba con un segundo plato que sería carne o pescado, con guarnición de verduras o patatas. A escoger. Así podría tirar la primera semana hasta que la chef que llevaba dentro se desarrollara y me permitiera hacer lentejas, gazpachuelos y pucheros.

Con el robot de cocina que formaba parte de mis herramientas lo tuve muy fácil. Trituraba y cocinaba a la vez. Elaboraba masas y con solo verter los ingredientes hacía unas natillas caseras que cada vez que probaba, menguaban a la mitad. No podía dejar de comerlas.

La sencillez de los menús de la primera semana se compensó con raciones generosas y una presentación de restaurante de cinco tenedores.

Sacaba los platos de la cocina orgullosa. Paco los miraba incrédulo, dudando si esa torre de diferentes lechugas con tanto colorido sería del gusto de sus sencillos comensales del barrio, que habían pedido una ensalada mixta de toda la vida.

Metí la pata un par de veces. Sin importancia. Errores de no saber cuál es el recipiente de la sal y el azúcar. El chocolate caliente fue espurreado por tres clientes al mismo tiempo.

Por primera vez en mi vida disfrutaba creando. Con la confianza de saber lo que hacía me fui permitiendo la licencia de cambiar, de probar, de inventar.

Ante el éxito palpable en la caja del día, no le quedó más opción a mi jefe que la de comprarme la vajilla blanca, de platos grandes que le había pedido con insistencia.

Paco nunca se metía en la cocina. La ventana que me comunica con la parte trasera de la barra, era nuestro único canal de comunicación. En poco tiempo me dio libertad de elección para escoger proveedores y género.

Tuvimos que comprar dos mesas más, quitar varias máquinas tragaperras antiguas que ocupaban un sitio valioso. Quitando polvo a ocho sillas ganamos un nuevo mobiliario.

Aproveché para darle un toque de decoración a las mesas con unos bonitos jarrones con flores naturales que cambiaba cada tres días.

Empezaron a venir a desayunar personas del barrio que nunca lo habían hecho. Le propuse ampliar los desayunos con grandes tostadas

que presentábamos con pequeños recipientes de cerámica de mantequilla, mermelada, paté y queso de untar. El éxito nos hizo salir al exterior y montamos una terraza. Un chico comenzó a trabajar con nosotros desde las nueve de la mañana a las tres de la tarde.

Un lunes, después de los almuerzos, a Paco le faltó dinero en la caja. Se enfadó muchísimo. El chico no estaba, los únicos que habíamos tenido acceso a la caja éramos él y yo. Faltaban dos billetes de veinte euros y uno de cincuenta.

Me dijo que si volvía a faltar dinero me iba a la calle. Ese día regresé a casa cabizbaja. Masticando la ira que me provocaba ser acusada injustamente. Dejando en mi paso rápido una buena dosis del coraje que me hervía la sangre.

Con la sensación de que nada me salvaría de un final trágico. Sin forma de defender mi inocencia y sin fuerzas para hacerlo en voz alta, me di por vencida. Si faltaba dinero de nuevo, no podría demostrar mi inocencia. Y lo que es peor, ni siquiera me daría la oportunidad de ser inocente. No había tocado nada ajeno en mi vida.

La segunda vez que faltó dinero, la cantidad fue mayor. Yo le había pedido que guardara los billetes en un lugar seguro, pero llevaba treinta años haciendo lo mismo, metiéndolos debajo del cajón de la caja registradora.

Ni yo ni nadie iba a cambiar eso.

Me llamó ladrona delante de unos clientes. No tuve tiempo de defenderme. Volaron las mismas palabras que me habían llovido desde que era una niña. “Todos sois iguales”, “no podéis estar sin robar” y “mordéis la mano que os da de comer”. A gritos. Una señora mayor tomaba un café mientras me miraba. En una esquina, una pareja de enamorados paró su historia de besos interminables para ver cómo me acusaban.

Me quité el delantal bruscamente, me acerqué a mi jefe, quizás demasiado. La furia que sentía en mi interior empezaba a dominarme. Le tiré el delantal a la cara con un grito que solo contenía rabia, indignación.

Ni una sola palabra. Un gruñido prehistórico que emanó de mi interior y se liberó en la fuerza con la que lancé el delantal. Salí de allí y no volví nunca más, ni para cobrar el resto del sueldo que tenía pendiente.

Llegué a casa, me senté sobre la cama, doblé las piernas y las agarré fuerte mientras lloraba. Estuve toda la noche llorando. Sintiéndome la mujer más desgraciada del mundo. Sintiendo una soledad que me calaba hasta el espíritu.

Tenía ahorros para poder pagar el alquiler un año. Pero eso no calmaba la inseguridad que me daba estar sin trabajo. Perder esa pequeña cocina, donde mis manos no paraban de jugar con la comida,

me dolió más de lo que fui capaz de calcular.

No se lo dije a nadie. Verbalizar la experiencia sería volver a vivir el dolor que me producía y no estaba preparada.

A los dos meses Paco me llamó. Le volvieron a robar. Pensaba que era la chica que limpiaba, pero se guardaría mucho él de volver a acusar a alguien.

No quise volver. Ya estaba doblando las camisetas en mi nuevo trabajo.

Guardaba en esa monotonía todo mi hastío. Todo mi pesar.

Deseaba con todas mis fuerzas que Susana cumpliera su promesa y que cuando necesitara a alguien me llamara.

Mientras, pasaba media vida en el pequeño taller que improvisó en su casa.

Abría la puerta con el cuidado que necesitaba para que no se me colara ninguno de los tres gatos que vivían en esa pequeña y coqueta casa.

Cuando Mamasu me abrió sus puertas, entré sin preguntar nada. Sin preguntar cuanto iba a cobrar. Cuantas horas iba a trabajar. Nada me importaba, salvo estar allí.

Me hubiese conformado con ser una asalariada. La chica de los recados hubiese sido suficiente.

Aunque me cuesta lo inconfesable levantarme temprano, ahora lo hago con gusto. Me voy sin desayunar para hacerlo con las chicas. Disfruto con cada bocado de pan. Con cada pastel que hornea Laura.

Es lo más parecido a tener una familia que he tenido nunca. Me miman y me cuidan. Ese cariño me da un calor en las noches tristes. En los días largos donde siento el apego como un cosquilleo de emoción en el estómago. Que cuenten conmigo. Que me quieran. Sentir eso me eriza cada poro de mi piel. Me llena los ojos de lágrimas.

Lágrimas que escondo para que no las vea nadie.

En Mamasu me encargo de preparar los pedidos.

Cuando entra un pedido, la clienta ha seleccionado una mensajería para su transporte. En un mismo día puede haber pedidos para seis empresas diferentes.

Susana imprime las etiquetas que van en la caja, y la hoja del pedido. Me deposita las dos hojas unidas con un clic en una bandeja.

Es un trabajo fácil, sencillo.

Tengo que prestar mucha atención. Algunos modelos son muy parecidos. Puede cambiar un detalle o un color.

Los envuelvo en papel de seda. Luego en papel de embalar, y por último en papel del burbujas.

Una vez perdí mis tijeras. Pasé todo el día buscándolas. Las había mandado a Cuenca, dentro de un pedido.

Otra vez me equivoqué y cambié dos bolsos. El rojo cuyo destino era Almería. Fue a parar a un pueblo de Ávila. Y el de Ávila se quedó en Almería. Tuvimos que mandarlos recoger y volverlos a mandar a sus destinos.

Llego cada día con una sonrisa, y me voy sabiendo que al día siguiente, si llego con otro humor, me lo cambiaran.

Respetan mi espacio, mi forma ruda de relacionarme con el mundo que me rodea.

Es imposible que no te rías, que no te contagien con sus risas.

Al principio, cuando me dijeron que una especialista en formación de grupos nos iba ayudar me asusté.

Sentí un miedo infantil.

Pensé que lo mismo se daba cuenta que yo era una persona problemática, que tenía dificultad para trabajar en grupo.

Cuando le conté a Marina mis miedos se rió. Me cogió la cara apretando las mejillas con picardía.

“No hay nadie en este grupo que vaya a trabajar en grupo mejor que tú. Por qué no hay nadie en este grupo que lo desee más”.

Marina me conocía mejor que nadie en este mundo.

CAPÍTULO 27

CARMEN

Si la luz del taller está apagada, sé que las niñas están tomando café en la orilla del mar.

Entro a oscuras, no pulso el interruptor. Puedo ver la sala con la luz de la farola que entra por la ventana.

Meto una cápsula, de café de chocolate, en la cafetera aún caliente y salgo a buscarlas.

El viento es lo único que las hace desistir de esta costumbre. La lluvia las cubre de brillantes chubasqueros, pero no las empuja al interior.

Algunos días encuentro tan solo las tazas descansando sobre una toalla. Sé que están dando un paseo.

Apuro mi dulce café y camino para encontrarme con ellas. La cala es muy pequeña, no necesito más de diez minutos a paso rápido para encontrarlas.

Siempre me ha gustado caminar. Encontré en este hábito una forma de canalizar mi energía y esconder mis pesares.

Tengo que superar los diez kilómetros al día para dormir bien. Suelo hacerlo sola, escuchando un audiolibro. Antes era mi momento del día. Ahora que comparto parte del día con las chicas lo mejor del día es, sin duda, trabajar con ellas.

Desde que me vine a vivir al pueblo, voy y vengo andando. Eso ya supone cuatro kilómetros. El paseo que doy con ellas redondea a cinco. A última hora de la tarde termino de completar los kilómetros que me quedan. Esto me proporciona uno de los placeres que dan sentido a mi vida. Comer todo lo que me apetece, antes de las tres de la tarde. Después de esta hora sólo como alguna pieza de fruta.

Siempre fui una niña gordita. Que unido a mi timidez fueron el binomio perfecto para ser la perfecta diana.

Me disparaban desde todos los frentes. Siempre estaba herida.

Mis padres, para que me espabilase, me repetían una lista interminable de cosas que tenía que mejorar.

Los compañeros encontraron en mí la muñeca que manipular y doblegar sin disimulo. Y mis maestras, no se dieron cuenta nunca que esa niña que se sentaba en la primera fila sufría.

Si a todo esto le unes que tu piel tiene tres tonos por encima de las demás, tu infancia se convierte en un infierno.

Comenzaba a primera hora de la mañana. Y terminaba cuando en mi cama me mortificaba por el día que vendría mañana.

Amaba los viernes por la tarde. Tenía la tranquilad que descansaría dos días de las humillaciones, vejaciones y ofensas.

Mis recuerdos del colegio son como una nube que flota. Algunos se han quedado tan fijados, que cuando los evoco me hacen sufrir con la misma intensidad. Manteniéndose en suspense.

Sigo teniendo pesadillas. Pesadillas donde no puedo respirar y me ahogo.

Mis compañeros del colegio coincidían en una obsesión enfermiza con que me lavara. Recibía a diario todos los insultos en torno a la falta de higiene que existían en castellano.

No lo entendía, en mi casa nos duchábamos cada día.

Aun así todos parecían ponerse de acuerdo en que tenía que lavarme más. Me obsesioné tanto que empeoraba el asunto con grandes cantidades de perfume, volviendo a llamar la atención al respecto.

Eso me hizo soportar situaciones agresivas. Siempre a escondidas, evitando multitudes y mayores. Casi siempre eran los mismos. Seis alumnos que se divertían viéndome bajar la cabeza y llorar en silencio. Echarme una botella de agua en mis libretas, sobre mi cabeza o sobre mis pies.

Una de las chicas, la líder, destacaba por combinar su inteligencia con una maldad superlativa.

En la noche lloraba castigándome a mí misma por ser cobarde.

Todo cambió cuando tenía once años.

Me obligaron a hacer algo que me cambió la vida.

Me acorralaron en el baño, a la hora del recreo. Mi hermana Verónica, que iba a un curso por encima, estaba enferma en casa.

Los seis orinaron en un inodoro. Primero recogieron el orín con una botella para obligarme a beberlo. Pero no consiguieron abrirme la boca. Lo volvieron a intentar metiéndome la cabeza en el retrete.

Al sentir el líquido en mi cara vomité. Recuerdo el estruendo de sus risas. Me levanté e intenté huir. Me agarraron entre todos y me metieron la cabeza de nuevo, esta vez mojándome la cabeza entera.

Al sentir el orín en mi cara de nuevo, me impulsé para atrás con todas mis fuerzas.

Mi cabeza chocó contra la cabeza de unas de las niñas que me sujetaba. Su nariz empezó a sangrar, aproveché el desconcierto para soltarme.

Empecé a repartir patadas, arañazos y golpes. Con una furia que no sabía que existía, pero que emanó como un volcán en erupción. Ya

podía huir, pero no lo hice.

Seguí pegando, a todos.

No reaccionaron ante una agresividad que les llegó de forma desprevenida.

Necesitaron tres maestros para sujetarme.

Cuando me llevaron a la clase de Marina, para que me custodiara mientras atendían a los heridos y me miró a los ojos, me derrumbé.

Me dio la calidez suficiente para empezar a hablar. Para sacar fuera lo que me había estado matando por dentro. Pasé una hora llorando a gritos, mientras mi cuerpo temblaba, contando a voces cada una de las humillaciones que había sufrido en silencio.

No fue fácil. Ellos negaron lo que me hicieron. Dieron la vuelta a los hechos, dando su versión. Pasé de victima a verdugo.

Pero la superioridad numérica y el testimonio de otras niñas que habían tenido vivencias parecidas, creó una duda razonable.

Mi hermana Verónica no alcanzaba a entender cómo no le había pedido ayuda.

Inventó una venganza a la altura de las pocas luces que alumbraban su edad. A sus once años se creía la mayor justiciera del planeta.

Lo primero que hizo fue pegar un cartel en las mochilas de los niños que me habían acosado. En ellos se podía leer “soy un saco de mierda”. Después dedicó el resto de su edad escolar a que pagaran por lo que habían hecho.

Era su forma de proteger a los demás y que nadie cayera más en sus abusos. Verónica fue expulsada del colegio más veces de las que pude anotar en mi corta memoria.

Las trastadas que aislaban y ridiculizaban a los acosadores no paraban.

Manipuló y organizó al resto de compañeros en una cruzada que ganaba en batallas diarias.

Yo, que quería disfrutar de un anonimato invisible, me veía arrastrada en cada uno de sus éxitos, dentro y fuera del colegio.

La líder del grupo, se convirtió en su enemiga. Las peleas con ellas llegaron muchas veces a dejar heridas en las dos.

No hace mucho nos sorprendimos al verla en la televisión. Formando parte de un partido político de reciente creación.

Mi hermana bromea que si algún día la veía llevando un bolso de nuestra marca se moriría de un infarto. Cosa muy probable, con nuestro crecimiento.

Creo que si se la encontrara de frente le devolvería el dinero y se quedaría con el bolso.

Cada vez son más las *Influencers* que tienen cestas y bolsos de nuestra marca.

El número de comercios que quieren tener nuestros bolsos hechos a

mano, crece en una proporción asombrosa.

Lo disfruto. Disfruto este éxito en mi pequeño rincón.

No necesito ser invisible en mi mesa. Puedo tener la dimensión que se me antoje.

Formo parte de las ejecutivas y también organizo la limpieza.

Tomé las riendas sin darme cuenta, de manera espontánea.

Ahora decido qué y cuándo hay que limpiarlo y todas asumen mi autoridad con agrado. Susana en la última reunión agradeció mi gran labor en este ámbito y me dio el cargo oficial. Cuando una chica ha terminado la tarea, o tiene que esperar alguna cosa, yo soy la que le digo lo que hay que hacer, lo que queda pendiente por limpiar.

Todas cuidamos las instalaciones comunes, y he organizado la limpieza de los baños en un cuadrante, cada día lo hace una.

Tengo otro cuadro organizativo con suplentes. Si la persona a la que le toca tiene un proyecto entre manos, no puede dejarlo para limpiar los baños. La suplente lo hará. Y si estamos todas ocupadas, ya se limpiara al día siguiente.

Lo que más disfruto de esta aventura es la libertad de no tener un jefe encima. Alguien a quien tener que obedecer sin ni siquiera poder expresar tu opinión.

En Mamasu podemos expresar lo que pensamos. Lo que sentimos, lo que deseamos.

Discutimos, y si no llegamos a un acuerdo, lo votamos. Si seguimos sin desempatar, Susana tiene la última palabra.

Nos parecido justo cuando lo establecimos en las normas iniciales.

Ella levantó con su esfuerzo esto. Y aunque tuvo la generosidad de regalarnos una parte, todas seguimos percibiendo en ella a la capitana del barco donde navegamos.

Estoy segura que llegaremos a buen puerto.

CAPÍTULO 28

LAURA

Siento no tener más tiempo para estar entre esas cuatro paredes.

En su interior mis músculos se relajan y mi personalidad se afloja, disfrutando de la tranquilad. Empiezo a ser yo misma a los pocos minutos de atravesar la puerta.

Las capas que durante el día me van cubriendo, se separan de mí cayendo como las de una cebolla hervida.

Intento ir todo lo que puedo. Y cuando no, las visito virtualmente.

Pili ha instalado un monitor en la parte de arriba conectado a Internet.

Puedo verlas a través de una aplicación parecida a la de una empresa de seguridad. Con la diferencia que ellas también pueden verme a mí.

"Charlie", como las chicas llaman a este tercer ojo, es una idea muy útil.

Las que no pueden estar físicamente, pueden ver lo que ocurre de forma virtual.

Susi la utiliza para ver cómo va la producción, si está de viaje o sale apresurada de alguna reunión.

Yo puedo comunicar aspectos legales o simplemente preguntar cuantas se quedan a cenar para preparar más o menos empanada.

También las ejecutivas que no trabajan ese día o en ese horario pueden comprobar si se las necesita.

Me encargo del papeleo. De las nóminas y todo lo que se necesite plasmar en un papel. Presupuestos, ofertas y redacción de contratos. Una parte tediosa que llevo a cabo con agrado.

También me gusta ser ejecutiva. Aunque no tengo tiempo suficiente para ello, alguna que otra noche sí que me arrimé a terminar algún pedido que tenía que salir a la mañana siguiente.

Podría hacerlo toda la vida.

Cada bolso es distinto. Cada creación es única.

Una pequeña obra de arte que amontona un trabajo manual delicado.

Nuestros bolsos están completamente hechos a mano. Mujeres de otra cooperativa de Marruecos, apoyadas por un proyecto

internacional de apoyo, nos los hacen. Llegan aquí para que nosotras los decoremos. Puede encontrar los bolsos más baratos. Admiro la determinación de Susi. Sus objetivos no son solo monetarios y eso me asombra en la misma medida que los disfruto.

Nos los ofrecen continuamente. Incluso a la mitad del precio que los compramos. Y los rechaza con decisión. Tiene muy claros sus objetivos.

Las demás los asumimos como nuestros. Con el respeto que da que fuera ella la que con su propio esfuerzo levantó esto y quiso compartirlo. Nadie le hace sugerencias al respecto. Estamos de acuerdo con ella.

Me eduqué en valores sólidos. Pero no tengo su generosidad. No soy capaz de hacer esa proyección tan hermosa.

Mi familia vive bien, con un nivel económico desahogado, gracias a mi trabajo de abogada. Mis padres siguen en el campo que los vio nacer.

Mis hermanos están repartidos por el mundo. El más pequeño, el que más quebraderos de cabeza nos ha dado, está estudiando en Londres.

Esa seguridad económica que puedo proporcionar a los que quiero, indudablemente es el refuerzo superlativo de mi trabajo como abogada. Por eso no puedo abandonarlo. No por ahora.

Estoy arriba. En la cumbre. Soy de las mejores. Lo sé y lo disfruto sin un ápice de modestia.

Puede que mi hermano tenga parte de culpa de esto. Su caso fue tan sonado y me dio tanta visibilidad, que me costó muy poco seguir subiendo.

Demostrar su inocencia, durante algún tiempo fue el único objetivo de mi vida.

Mi hermano nunca agredió a nadie. Ni en su infancia aún cercana. Era un niño noble, bondadoso, al que le encantaba compartir lo poco que tenía. No discutió nunca ni con sus amigos cercanos.

La investigación se centró en él.

No hubo ninguna otra línea que desviara ni un poco la atención que se le prestaba.

Lo condenaron los medios de comunicación mientras yo sentía el peso de la impotencia.

El proceso fue muy angustioso. Y me ofuscaba la idea de que tenía que demostrar una inocencia. Cuando no había pruebas que demostraran su culpabilidad.

Una tarde de verano, mi hermano y Beatriz fueron al estadio a ver un partido de fútbol.

Habían aparcado el coche en un barrio complicado. Junto al estadio. Uno de los barrios con más delincuencia de la ciudad.

No encontraron en otro lugar y como Bea conocía muy bien la zona, no fue difícil encontrar un sitio amplio para estacionar.

Al regresar decidieron parar en la plaza, para comer unas hamburguesas.

El barrio es muy barato. Por tres euros podían comer una hamburguesa completa, patatas fritas y un refresco. Tres euros que salieron muy caros.

Estaban sentados en una de las mesas de la plaza, todavía no le habían servido la comida, cuando empezaron a oír voces que provenían de varios focos distintos.

La gente empezó a correr. A refugiarse. Se oyeron disparos y mi hermano y mi amiga se metieron en el local. Se escondieron debajo de la barra.

Nadie se movió durante un buen rato.

Oyeron a personas que entraban al bar nerviosas. Buscaban un lugar para esconderse.

Cuando la policía llegó, los hizo salir a todos con las manos en la cabeza.

Mi hermano estaba escondido en una esquina de la barra, que correspondía al fregadero. Estaba solo en ese cuadrado pequeño. Al mirar para levantarse se dio cuenta que tenía en sus pies un arma. Con un acto reflejo, cuando la vio, la cogió y la lanzó a la mayor distancia que pudo, arrastrándola al final de la barra.

Pensó que si la policía la encontraba a su lado asumiría su pertenencia.

Cometió el mayor error de su vida.

Había cogido, arrastrado y lanzado lejos, delante de un policía que lo observaba apuntándolo con un arma.

Minutos antes esa arma había sido disparada. Un tiro dirigido al aire. Pero atravesó la cabeza de un señor que se asomaba a mirar que ocurría.

Lo mató en el acto.

Se llevaron detenidos a todos los que estaban en el bar.

Fueron puestos en libertad a las pocas horas. Mi hermano no.

El único que tenía la piel oscura.

El enfrentamiento había sido entre dos familias rivales.

Durante mucho tiempo habían estado enfrentados. En esta ocasión no se tenía claro el motivo.

No se le realizó ninguna prueba. Hasta las setenta y dos horas no pasó a disposición judicial.

EL juez decretó prisión sin fianza.

Las únicas huellas que se encontraron en el arma fueron las de él.

No le hicieron ninguna prueba de pólvora, ni siquiera nos hicieron saber en qué parte de la pistola se encontraron las huellas.

Varios testigos situaron a mi hermano bajo la ventana del señor asesinado.

En mi desesperación por encontrar algo que le ayudara le pedí ayuda a Marina.

Trabajaba en ese barrio y conocía sus entrañas.

No fue fácil encontrar respuestas. Nadie quería hablar. Pero varios ex alumnos lo hicieron. Conseguimos saber quiénes eran las familias, y quienes dispararon.

Dos miembros de la misma familia.

El proceso fue largo. Mi lucha muy mediática. Pilar hizo de las redes sociales un escenario gigante donde encontrar justicia.

Sentía en mi propia angustia que todo era condenadamente ridículo.

El hombre que murió era el padre de un policía.

Nos costó demasiado tiempo sacar a mi hermano del lío en que se había metido. Y cuando salió no era el mismo.

Sus miedos le habían paralizado la vida. Lo habían sumido es una especie de estupor que lo había hecho desaparecer por completo. Se perdió dentro de sí mismo.

Tuvo que cambiar de aires por dos motivos. El primero por la necesidad de salir del círculo en que lo único que encontraba eran preguntas de cómo se encontraba.

Y el segundo porque había muchas personas interesadas en que se declarara culpable.

Tú vida pueda cambiar en un instante, con la acción más ridícula de este mundo. Puedes decidirla tú o no.

Lo veo cada día en mi trabajo.

Personas que deciden coger el coche cuando el alcohol debería de haberles frenado. Personas que estrellan su ira en cuerpos ajenos.

Golpes que rompen la fragilidad de alguien hasta la muerte.

Entrar en el taller de Mamasu es entrar en otro mundo.

Un mundo de cintas de colores, donde la mayor preocupación es si la materia prima llegará a tiempo. Si las manos de las chicas serán rápidas para llegar a la meta.

Tengo mi propio rincón. Con un horno moderno, grande y efectivo.

Me encanta hornear galletas que luego guardo en latas. Galletas que nadie reconoce comer pero que al día siguiente han desaparecido.

Me gusta coger la toalla y cruzar la carretera.

Nos bañamos como niñas pequeñas que se empujan unas a otras.

Mis hijos cuando llego a casa, saben, por el semblante de mi cara si he pasado por el taller o no. Nunca se equivocan. La tensión se evapora entre las bromas a “Charlie” y los disfraces que las chicas improvisan con las cintas.

Me divierte ver como empiezan a crecer. Cómo se hacen necesarias las unas para las otras.

Buscando la felicidad en su interior. Sin necesidad que nadie te la ponga en bandeja. Construyendo una autoestima que en algunos casos, ha tocado los fondos más grises, de los tonos más oscuros posibles.

Siempre digo que cuando me jubile, cogeré una silla y me sentaré en un rincón. Ellas son mejor que cualquier serie televisiva.

Entre risas me amenazan, en encerrarme en la cocina. Eso sí con una lluvia de promesas, de utensilios que me regalaran para hacer tareas reposteras fáciles a mi avanzada edad.

Aunque ahora solo sea una espectadora de esta bonita historia, sé que al final, seré una protagonista más.

CAPÍTULO 29

MARÍA

Al entrar por la puerta siempre siento lo mismo. Quiero estar aquí. Tengo que dejar el hotel.

No tengo la valentía suficiente para agarrarme a este proyecto con fuerza. El miedo me paraliza.

Algunas lo han hecho, tienen la suerte de tener una familia o pareja que las respaldan.

El miedo de no poder pagar el alquiler o de no tener donde vivir siempre ha conseguido paralizar mis sueños.

O quizás al hotel me aten más cosas de las que soy capaz de reconocer.

Este año la temporada terminará antes. Podré dedicar más horas a este trabajo que me encanta, me hace feliz.

Cuando tengo turno de mañana en el *spa*, voy al taller por la tarde.

Todas están trabajando en sus proyectos. Lo primero que hago siempre es ordenar las cintas. Sobre las bandejas de las chicas quedan restos de cintas que se guardan para futuros proyectos. Un trozo de fleco puede servir para adornar un bolso pequeño vaquero. Esos son mis favoritos. Son divertidos, discretos, pero da un toque de color muy alegre.

Me siento en mi mesa y mi proyecto está preparado. Susana ha dejado en una bandeja el bolso, con las cintas que lo adornan.

Por la mañana me mandó la foto con el orden que van combinadas.

Es lo que hace Susana todas las mañanas. Pone los flecos, los pompones y las cintas encima de los bolsos para que sepamos el orden en el que van. Y nos hace una foto. Luego nos manda nuestros proyectos a nuestro móvil. Es una forma de saber de antemano lo que te toca ese día. Normalmente ella lo distribuye diariamente. Puede sufrir cambios si llega un encargo que hay que entregar de forma apremiante, si alguna tienda nos pide bolsos que hay que elaborar rápidamente. Entonces todas nos ponemos con ellos.

A este proceso de cambio le llamamos “Chance”.

Tener un “Chance” significa que tenemos que dejar lo que estamos haciendo. Y comenzar una nueva tarea.

Nos encanta que esto ocurra y lo celebramos con alegría. Es un buen

síntoma de nuestra salud.

Esto nos ayuda a ver cómo vamos creciendo.

Cada vez son más las tiendas que nos piden bolsos.

Desde que empezamos, con la empresa ya funcionando, no nos ha faltado trabajo. Podríamos decir que todo lo contrario. Cuando no tenemos pedidos vamos preparando la colección siguiente.

Si el volumen de trabajo sube, la organización interna será distinta.

Está dispuesto que trabajaremos en dos departamentos. Uno se centrará en preparar los pedidos. Otro en confeccionar la nueva temporada. El objetivo es tener suficientes bolsos hechos para toda la temporada. De esta manera la venta en la web al usuario final, será también el escaparate para la venta al por mayor.

Soy una de las ejecutivas, más concretamente la de refuerzo.

Además de mis propios proyectos voy ayudando a las chicas que se quedan retrasadas.

Casi siempre ayudo a Beatriz, aunque si Patri tiene muchos pedidos *online*, también le echo una mano.

Patri envuelve cada pedido en papel de seda celeste cielo. Luego en un papel marrón muy tosco que ayuda en su embalaje, protegiéndolo de golpes. Por último lo cubre con plástico de burbujitas.

Siempre mandamos un pequeño regalo en nuestro pedido. Van cambiando, pero generalmente son unos pequeños pendientes que Susi ha elaborado con Zamak.

Normalmente soy la última en marcharme. No tengo a nadie en casa que me espere. Es una soledad extraña a la que no consigo acostumbrarme.

Salgo del taller y me inunda una pena que no soy capaz de verbalizar. Vive conmigo como una hermana que no disfruto.

Mis amigas tienen sus familias. Yo las tengo a ellas. Son mi único refugio.

En las fiestas que se celebran en familia siempre tengo ofertas. Algunas veces me cuesta decidir. No soy capaz de sentir el agradecimiento que esto supone. La mayoría de las veces estoy demasiado ocupada compadeciéndome de mí misma.

No me es fácil tener pareja. Quizás sea porque tengo demasiado claro lo que no quiero. O porque soy capaz de ver señales de alarma en todos los hombres que he conocido.

Soy el resultado de un gran fracaso.

Recordarlo me duele casi tanto como verlo cada día.

Trabaja de jefe de sala en el restaurante, en el mismo hotel donde trabajo. Mi corazón le da un empujón a mi estómago cada vez que voy a comer al salón del personal.

Cada vez que sus ojos azules se encuentran con los míos soy incapaz de dejar de mirarlo.

Intento evitarlo cada día. Es una lucha que nunca voy a ganar.

Estuvimos tres años juntos.

Los tres primeros meses fueron la experiencia más bonita de mi vida.

A los tres meses quiso presentarme a su madre. La señora, viuda y con un enganche emocional con su hijo que rozaba lo patológico no me aceptó. Nunca lo hizo.

Desde el primer momento que me miró, vi el desprecio en sus ojos. Esa forma de contraer los músculos cuando algo te repugna.

Estoy acostumbrada desde niña a que me miren con superioridad. A esa mirada fría que te hace empequeñecer.

Al mirarla a los ojos la reconocí. La esperanza de que cuando me conociera todo cambiaría, pronto se esfumó. No calculé en ese primer instante lo que iba a sufrir por su culpa.

Todos los prejuicios que hasta ese momento había sufrido, no tenían nada que ver con el infierno que esa mujer había preparado para mí.

El día que me conoció, cuando se acercó a darme dos besos en el saludo, ya me hizo una declaración de intenciones.

Me animó a que cambiara el perfume barato que utilizaba porque apestaba. Me lo dijo al oído. Todo lo bajo que pudo, para que nadie excepto yo lo escuchara. No llevaba perfume.

Intenté evitarla todo lo posible, pero su plan ya estaba trazado. Yo era su objetivo.

Invitaciones a almorzar, meriendas de domingo y fiestas de cumpleaños donde su centro de atención era yo. Si las rechazaba con excusas, aumentaban.

La segunda vez que la vi, fue en una boda familiar. Beatriz me había prestado un vestido negro de Padra y unas sandalias de Hermès a juego.

Me recogí el pelo en un peinado precioso que mi peluquera tardo dos horas y cuarto en elaborar.

En el primer minuto que nos quedamos a solas me recriminó que hubiese venido a la boda con ropa de mercadillo. Lo hizo de una forma dura, rozando una crueldad que nadie se merece.

Pasé toda la noche apática, disgustada. Lo que ella aprovechó para volverme a recriminar delante de todos que se me notaba que no estaba en mi ambiente, que parecía que estuviera en un funeral, no en una celebración alegre.

Cuando le contaba a Samuel los desplantes de su madre, le quitaba importancia. No era capaz de trasmitir lo que me hacía sentir. En el camino de mi boca a su oído perdían la maldad para convertirse en una anécdota sin importancia.

Nunca calculé que acabaría con la relación.

Fue poco a poco rasgándola por los lados, como papel adhesivo que

empieza a envejecer.

Todos los días, directa o indirectamente sufría de su acoso y derribo.

Mentía, manipulaba y creaba entre nosotros un abismo cada vez más grande de superar.

Una tarde llevé una empanada de jamón y queso a una merienda con sus primos. Su madre encontró un horrible pelo en mi empanada. E hizo que todo el mundo devolviera el trozo de empanada para tirarla.

Si llevaba comida comprada, siempre estaba pasada o era incomible, aunque me agradecía el esfuerzo de ir a comprarla.

Laura me preparaba con esmero espectaculares pasteles que yo llevaba con la esperanza de no volver a ser humillada.

Ni una sola vez algo mío pudo ser comido, aceptado o disfrutado.

Cuando me presentaba con las manos vacías aprovechaba para herirme, para dejarme en ridículo por mi ineptitud en la cocina.

Hice un esfuerzo por acercarme, quedar a solas para que entendiera que amaba a su hijo. Con la guerra solo conseguíamos herirlo. Se rió de mí. Su hijo nunca se casaría con alguien como yo.

La vez que más he llorado en mi vida fue cuando en un bautizo, delante de todo el mundo, afirmó que desde que vivía con su hijo me lavaba a diario. Me defendí bastante áspera. Ella aprovechó de nuevo mi desaliento para volver a dejarme en ridículo.

Esta vez enumerando los cambios que había experimentado desde que estaba con su hijo. Dejar de comprar ropa en el mercadillo, cambiar el perfume barato, y sobre todo alababa lo guapa que estaba desde que me peinaba.

Tiré la servilleta y me marché. Estuve tres días sin hablar con Samuel. No entendía mi enfado cuando su madre lo único que hacía era hablar bien de mí.

Cuando pensaba que no podía inventar nada peor, empezó a faltar dinero cada vez que la visitábamos.

Al final de cada estancia, echaba de menos algo en su cartera, que casualmente estaba cerca de mí. Al llegar a casa, mis enfados volvían a chocar con su pasividad. Justificaba cada una de las acciones de su madre.

Y me recriminaba mi dificultad para esforzarme por ser una persona normal. Lloraba amargamente mientras él dormía.

Intenté alejarme, no participar en nada más. Era agotador. El desgate con Samuel, que necesitaba a su familia era mucho peor.

Que se acercara las Navidades me llenaba de ansiedad. No podía dormir por las noches. No era capaz de hablar con nadie lo que me ocurría. Me ahogaba en mi propia piel.

Llegué a creerme culpable del rechazo que me aislaba de su mundo.

Quería encajar en él. Ser una más. Relacionarme de forma adecuada.

El día que me vi llorando en la cama, mientras Samuel gritaba lo cruel que era con su madre, lo difícil que lo hacía todo y lo que me esforzaba por complicar las cosas, tuve claro que esa relación no llegaba a ningún sitio. Lo amaba más que a nada en la vida. Pero nunca conseguiría ser feliz con él.

Lo había conseguido. Rompimos una tarde de octubre en la orilla de la playa que tantas veces nos vio pasear.

Discutíamos sobre una comida familiar a la que no quería ir. Me acusó de querer que él estuviera tan solo como estaba yo en el mundo.

Algo se quebró dentro al escuchar eso.

El punto final había llegado y los dos lo supimos en el mismo momento que esas palabras salieron a la luz.

Cada uno tomo una dirección en la vida. Yo volví a mi pequeño apartamento en el pueblo. Y él volvió a casa de su madre.

Recogimos las cosas sin querer rozarnos. Sin querer compartir ese espacio tan pequeño donde habíamos sido, a ratos, tan felices.

Para mí la ruptura fue muy difícil. Estaba sola. Los días se me hacían largos y las noches interminables.

Sobrevivía con los caldos y pasteles que me traían las chicas. Me sentía una enferma que se dejaba llevar por su enfermedad.

Suerte que tenía personas a las que les importaba, que no me dejaban regodearme en mis nefastos pensamientos.

Nos veíamos todos los días en el trabajo. Al principio fue una tortura. Un volver a empezar después de los dos días que descansaba.

Me traía cada día una copa alta, donde me gustaba beber el agua. Me la dejaba delante, sin mirarme.

Nunca hablábamos. En fiestas y celebraciones del ámbito laboral intentábamos sentarnos lo más lejos posible.

El día que lo vi con otra chica, también del trabajo, me di cuenta que había amores que no se marchitan con el paso del tiempo. El mío era de esos.

Me dolió tanto verla tocar su pelo, sonreír ante su risa. Sentí un dolor profundo, casi físico.

Era una espectadora que moría por dentro.

Aun así vivo con la certeza que el amor que un día sintió por mí, está dentro de él.

Tan vivo como escondido en el último rincón, donde no haga daño.

No me he vuelto a enamorar, y dudo que alguna vez lo haga.

Ahora, ya se lo que es el amor, y no puedo conformarme con un sucedáneo que me calme el cuerpo o me caliente la cama.

Sigo acostándome cada noche soñando despierta. Que pega a mi puerta y me dice que no puede vivir sin mí, que me quiere más que a nada en el mundo. Con eso hubiese bastado.

Cuando cierro el taller siempre pienso lo bello que sería volver a casa y tener a alguien con quien compartir las bromas de Cristina o las ideas locas de Pilar. Se quedan en mí, guardadas en mi pequeña vida. Rodeadas de la esperanza de que algún día, mi soledad se irá para siempre.

Mientras, disfruto en estas cuatro paredes. De mis amigas, una de las cosas que más valoro en el mundo.

Sin ellas yo no sería ni la mitad de lo que soy. Y con su compañía seré el doble de feliz algún día.

CAPÍTULO 30

SUSANA

A ratos tengo miedos. A que no salga bien. Que cometamos algún error y nos condene al fracaso.

Me siento responsable. Algunas han dejado sus trabajos para seguirme. Cambiando sus nóminas abultadas por una incierta que sube y baja cada mes.

Esa angustia que vivo en soledad y que no comparto con nadie, me mantiene muchas noches en pensamientos brumosos que despejan mi sueño.

Por la mañana, mi pensamiento tiene otro color. El color de la libertad escogida. El del mar que vemos despertar.

No todo es perfecto. Tantas horas juntas hace que tengamos roces. Que perdamos los nervios de puro cansancio. A veces los modelos que tenía en mi cabeza, no son los que crearon con sus manos.

Le doy vueltas y más vueltas. Hasta que lo llevo al punto donde ser original marca la diferencia.

Todas han sufrido y reído en sus vidas a partes iguales. Incluso a veces a la vez.

Mi sueño se ha hecho realidad, y tenerlas a ellas cerca, me hace disfrutarlo mucho más.

El humor está presente siempre. Hemos cogido los prejuicios que siempre han adornado de manera cruel nuestros caminos y hemos cosido unas alfombras rojas con ellos.

Desfilamos por ella con la cabeza alta. Con nuestra piel morena como único vestido. Y el brillo de nuestros ojos como las joyas más brillantes.

He participado y sentido como mías cada una de las historias de estas chicas.

Caen y se levantan una y otra vez.

Sin la ayuda ni el apoyo de la sociedad que las rodea.

Una falta de integración que no debe buscar culpables, sino soluciones.

Si en estas cuatro paredes se sienten cómodas, es porque no hay nada que marque la diferencia. Unas tenemos el tono de piel más aceituna. Otra la piel rozando el marrón chocolate. Pero todas hemos

aprendido que queremos valores que nos defiendan. Que nos den un lugar en el mundo. Que no nos sometan.

Somos voces que gritarán por la libertad, por el derecho a ser como somos sin sentirnos inferiores a nadie.

En nuestras familias, se defienden unas tradiciones que lo único que hacen en algunas ocasiones, es anular el valor que tenemos. Queda mucho para que la igualdad se imponga.

En muchas ocasiones nos han ofendido. Ese desprecio nos ha trasformado en mujeres fuertes.

No vamos a cerrar las puertas al mundo. No es un requisito para trabajar aquí tener la piel de un determinado color. Sí lo es el respetar las diferencias y aceptarlas como algo valioso.

Gritaremos las veces que sea necesario hasta que nos oigan.

Somos voces color canela que nadie va a callar.

Queridas chicas de Mamasu,

Ha sido un placer trabajar con vosotras.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba con un grupo tan agradable como el vuestro.

Al principio, tengo que reconocer que yo también tenía mis prejuicios.

Pensé que si me habíais llamado era para resolver duros conflictos que no os permitían avanzar. Nada más lejos de la realidad. Estabais en el mejor momento posible.

Decidí empezar fuerte, para valoraros como grupo. Por eso empecé con los escritos que tanto trabajo os costaron.

Os pedí que escribierais un momento importante en vuestra vida. Algo que os marcara u os dejara un buen sabor de boca. Algo que os hiciera pensar o simplemente disfrutar.

En los diez años que llevo formando grupos, creando cooperativas, nunca me he encontrado con algo igual.

Volcasteis sensibilidad, risas y lágrimas con una sencillez abrumadora.

Escogisteis compartir momentos que nos llevaron de la risa al llanto, del dolor a la ternura.

Sin censuras.

Fuisteis tan generosas con vosotras mismas, que me sentía dentro de un privilegio. Un momento mágico lleno de calidez.

Me di cuenta, que en esa sala había más calidad humana junta que en cualquier otro lugar del mundo.

Ha sido muy fácil hacer mi trabajo. Es muy fácil cocinar con buenos ingredientes.

Si en la primera parte del proceso me sorprendí, no ha sido menos en la parte final.

Para evaluar mi trabajo necesitaba saber cómo os sentíais dentro de la cooperativa.

En los últimos relatos, donde os pedía que reflexionarais sobre lo que Mamasu había sido para vosotras, de nuevo superasteis mis expectativas.

Estáis más que preparadas para todo lo bueno que os queda por vivir.

Solo me queda desearos Suerte. Me da que no la necesitáis. Tenéis algo más importante.

Tenéis los lazos que os unen. Ese cariño incondicional que ha hecho que una a una os agarréis de la mano.

Esa seguridad, ese amor y vuestras ganas de trabajar os harán tan grande como os merecéis.

Os echaré de menos.

María Molina

Asesora especialista en Cooperativas

NOTA DE LA AUTORA

En primer lugar quiero agradecerte que hayas leído estas páginas, escogiéndolas entre muchas otras.

Seguro que en este momento te estás preguntando si este libro está basado en hechos reales.

Todas y cada una de las humillaciones que han vivido las protagonistas de este libro, en la tercera parte, las han sufrido mujeres y hombres en la vida real. He sido fiel a cómo ocurrieron y sobre todo como se sintieron sus protagonistas.

El resto del libro está adornado por letras. Letras que esconden historias duras, que han pasado, en algún momento, cerca de mí.

A veces tan cerca, que las he sentido como propias.

Si eres maestra, educador, profesora, animador o cualquier profesión que te permita trabajar en el ámbito de la educación, y quieres trabajar racismo, integración o igualdad, en mi blog encontrarás un material complementario con actividades, a las historias que acabas de leer. Puedes encontrarlo en www.lolacabrillana.com

Mamasu existe.

Benalmádena, el lugar donde está el taller, también es su ubicación real.

Aunque en el momento en que escribo estas letras en Mamasu solo hay tres personas trabajando, el proyecto que describe este libro es el objetivo final al que aspira.

Y gracias a ti, está más cerca.

El cincuenta por ciento de los beneficios de este libro será destinado al crecimiento de este gran proyecto de bolsos y cestas artesanales.

Gracias por formar parte de esta aventura.

Y por último quiero pedirte, si te ha gustado este libro, que lo valores en la web donde lo compraste.

Un par de minutos de tu tiempo, es importante para que este proyecto pueda seguir creciendo

Gracias.

lolacabrillana@outlook.com

agradecimientos

A mi padre,
Que siempre me empujó a que persiguiera mi sueño.

A mi madre,
Que me dio la seguridad que en ese camino no estaría sola.

A Susana,
Por demostrarme cada día que soy lo más importante en su vida.

A mi tía Mari Carmen,
Soy lo que soy gracias a los libros que me ha regalado durante toda mi vida.

A Francis,
Por vivir conmigo historias que forman parte de este libro.

A Javi,
Por apoyarme en todas las locuras. Por la foto tan preciosa de la portada.

A Pili, Mari Carmen, Alex, Manolo, Maru ,
Este libro no sería lo que es sin vuestras sugerencias.

A Marina,
Que es mucho más que mi prima. Gracias por apoyarme siempre.
Por ser la portada y protagonista de este libro.

A mi familia,
Que siempre está conmigo. Por su apoyo y cariño.
Gracias a mis primos por el apoyo.

A mis amigas Cristina, Beatriz, Verónica, Patricia y Laura,
Por acogerme y apoyarme siempre.

A Juan y Jesús,
Por vuestro apoyo, el tiempo no existe para nosotros tres.

CONTENIDO

Capítulo 1 9
Capítulo 2 19
Capítulo 3 37
Capítulo 4 47
Capítulo 5 53
Capítulo 6 59
Capítulo 7 67
Capítulo 8 73
Capítulo 9 81
Capítulo 10 87
Capítulo 11 95
Capítulo 12 97
Capítulo 13 107
Capítulo 14 113
Capítulo 15 121
Capítulo 16 127
Capítulo 17 133
Capítulo 18 137
Capítulo 19 143
Capítulo 20 149
Capítulo 21 155
Capítulo 22 165
Capítulo 23 175
Capítulo 24 185
Capítulo 25 193
Capítulo 26 202
Capítulo 27 212
Capítulo 28 217
Capítulo 29 225
Capítulo 30 235